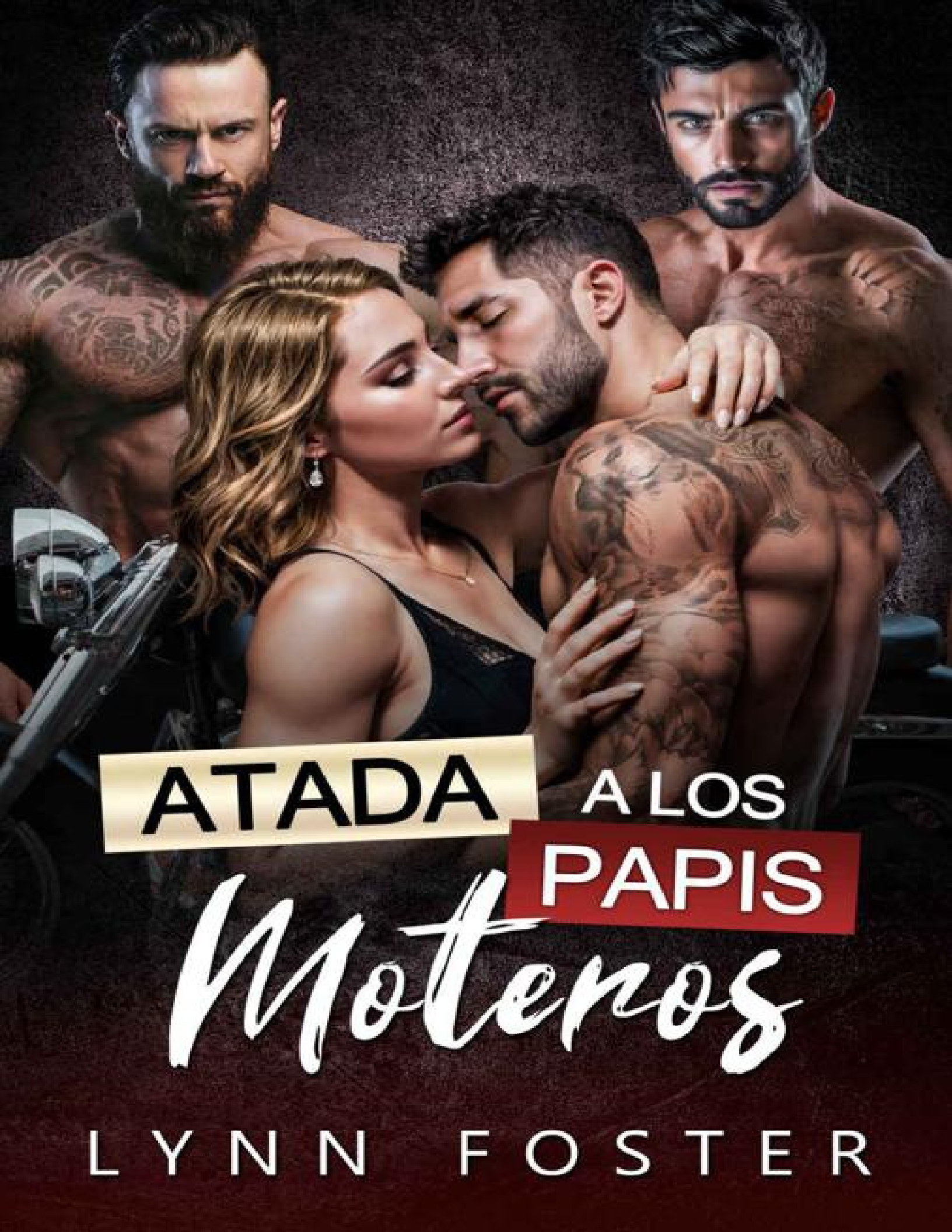




ATADA

**A LOS
PAPIS**

Moteros

LYNN FOSTER

Atada a los Papis Moteros

Un Romance Militar Invertido con Diferencia de Edad

(Harén inverso de papis para mujeres afortunadas)

Lynn Foster

Copyright © 2024 by Lynn Foster

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law

Contents

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Jamie

—Joder, eso se siente tan bien, nena.

Nena. Mi centro palpita ante el término cariñoso que sale de la boca de Teddy. Suena como si estuviera destinado a llamarme así.

Aprieto mi mano alrededor de su dura polla, deleitándome con la forma en que gime ante mi toque, incapaz de evitar que sus caderas se muevan hacia adelante, follando mi mano.

Mis gemidos salen ahogados mientras Arjo empuja en mi garganta, apenas dándome la oportunidad de respirar.

—Maldita sea, lo estás tomando tan bien —gruñe Arlo, respirando pesadamente mientras empuja profundamente en mi coño. Siento que mis dedos se curvan al borde de la cama.

Mirar de un gemelo al otro, sus rostros idénticos contorsionados de placer mientras hacen lo que quieren con mi cuerpo, envía un escalofrío pecaminoso por mi columna.

Hay algo extra perverso en follar gemelos al mismo tiempo, y Arjo y Arlo son los gemelos más calientes del planeta.

Mi coño palpita de necesidad. Los estoy consumiendo mientras ellos me consumen a mí, y mientras nos movemos al unísono, el momento es absolutamente perfecto.

—Dios, esto es tan jodidamente caliente —murmura Arjo desde arriba, empujando mi top y sujetador bajo mis pechos.

La mirada de Arlo cae sobre mi pecho, hipnotizado por el rebote de mis tetas mientras empuja dentro de mí.

Nunca he estado más excitada o desesperada por hacer que los tres se corran.

Teddy extiende la mano, su mano áspera apretando y acariciando mi pecho expuesto.

—Esa es una buena chica —dice Arlo, con voz baja y ronca. Agarra mis caderas, mirando fijamente su polla entrando y saliendo de mí—. ¿Vas a hacer que nos corramos todos, Jamie? ¿Dejar que usemos tu caliente cuerpecito porque nos perteneces?

Sus palabras son sucias, degradantes. Pero solo me hacen sentir más caliente y necesitada.

Asiento, tomando a Arjo más profundo en mi garganta, moviendo mis caderas con más fuerza contra Arlo y acariciando a Teddy más rápido.

Los tres hombres echan la cabeza hacia atrás al unísono, gimiendo hacia el techo, y la vista y el sonido de ello me hacen sentir más poderosa que nunca antes.

Soy yo quien hace que estos hombres grandes y poderosos giman mi nombre. Me desean, y yo quiero complacerlos de cualquier manera que pueda.

Un minuto después, estoy lista para estallar. Mi interior se siente como calor líquido, los empujes castigadores de Arlo empujándome cada vez más alto.

Tomo a Arjo hasta la base de su polla hasta que me atraganto, y él maldice, acariciando mi cabello.

—Qué buena putita eres, Jamie. Sabes exactamente cómo me gusta.

Mi orgasmo me atraviesa como un rayo ante sus palabras sucias y la sensación abrumadora de sus manos sobre mí. Mi coño se aprieta alrededor de Arlo, y él agarra mi cintura, su polla pulsando dentro de mí mientras se corre junto conmigo.

Arjo y Teddy son los siguientes, Arjo disparando su carga por mi garganta, mientras la mano de Teddy se cierra sobre la mía donde está envuelta alrededor de él, y dispara chorros de semen sobre mis pechos.

Grito mientras pinta mi pecho, todos mis sentidos zumbando de placer. La habitación se queda quieta, nuestra respiración pesada es el único sonido.

Si alguien me hubiera dicho hace dos meses cuando volví a casa, que esto era lo que pasaría, no lo habría creído...

¿Cómo llegué aquí?

Capítulo Uno

Jamie

—¡Ey, Jamie! ¿Cómo va todo? —La voz burbujeante de Nancy se filtra a través del teléfono.

—¡Nancy! Ey, ¿cómo estás? —Me río de su entusiasmo. Cualquiera pensaría que hace siglos que no sabe de mí.

Mi coche ronronea suavemente mientras conduzco por las tranquilas calles arboladas del barrio residencial. Giro la llave en el contacto al aparcar. Las casas aquí son encantadoras, cada una con su propio carácter único, desde los pintorescos bungalows con sus jardines bien cuidados hasta las casas más grandes y modernas con líneas elegantes y amplios ventanales.

El sol de la tarde proyecta largas sombras, y la luz dorada se filtra a través de las hojas, creando un patrón moteado en el camino frente a mí.

—Estoy bien, Jamie. ¿Cómo va tu mudanza?

Había bajado las ventanillas durante el trayecto, dejando que la suave brisa trajera el aroma del césped recién cortado y las flores en flor. Era un entorno pacífico, un fuerte contraste con el torbellino de emociones que recorría todo mi cuerpo.

Mi teléfono está colocado en el salpicadero, conectado al Bluetooth del coche, y la voz burbujeante de Nancy llena el vehículo, trayendo consigo una sensación de familiaridad y confort.

—Uf... —gimo, echando un vistazo al espejo retrovisor donde un par de cajas están apiladas desordenadamente en el asiento trasero—. Pensé que sería muy divertido, pero no parece ir en esa dirección.

—Ay, pobre Jamie, solo necesitas un poco de emoción en tu vida.

Suspiro profundamente.

—Ya lo sé. Ahora, la pregunta es, ¿dónde encuentro esa emoción?

—Bueno... tal vez deberías dejar que venga a ti —dice con empatía—. A veces pasan cosas geniales cuando no estás prestando atención.

—Bueno, tú lo sabrías. Tu vida está llena de tanta emoción que serías la persona perfecta para escribir un manual sobre eso —afirmo, con la voz ligera de risa.

—Simplemente lo vamos descubriendo sobre la marcha, como cualquier otra persona.

—Tal vez, pero lo estáis descubriendo maravillosamente. Por cierto, ¿cómo estáis todos? ¿Cómo está mi sobrina? ¿Y el nuevo bebé?

Hablamos un rato antes de que termine la llamada con una ligera risa, tratando de enmascarar el agotamiento que pesa sobre mis hombros.

—Hablamos luego, Nancy —me despido, con voz alegre y despreocupada.

Exhalo ruidosamente tan pronto como termina la llamada y apoyo la cabeza en el volante.

Lo que no le he contado a Nancy es la verdadera razón por la que quería volver. Odio mentirle a mi mejor amiga, pero ella está en un momento tan bueno que odio lanzarle mis problemas ahora mismo. No tiene por qué saber que estoy aquí por el abuelo.

Mi abuelo... Freddie Long, es el fundador de Jaguar, la banda de motociclistas más poderosa de la ciudad.

Tenía sesenta y cinco años cuando lo vi por última vez hace siete años. Es un hombre estricto, una persona que nunca me ha sonreído ni una sola vez en mis veinticinco años de vida. El abuelo y yo nunca nos llevamos bien. Con sus antecedentes algo cuestionables, tampoco hablaba mucho de él a otras personas. Quiero decir, ¿quién iría por ahí hablando de familiares que se dedicaban a actividades notorias?

Nancy, mi mejor amiga, no tenía ni idea de mi propio pasado criminal. Pensaba que yo era solo otra chica con una familia complicada. Nunca pensé que tendría que volver a este lugar lleno de recuerdos de conflictos y angustia.

El abuelo y yo nunca nos entendimos. Yo siempre fui la niña mala, la oveja negra, la rebelde. Le di muchos problemas. Después de irme a los dieciocho, no había vuelto a casa hasta ahora.

Por alguna razón, yo era el contacto de emergencia del abuelo, así que el hospital me había

contactado. Todavía me sorprendía porque si alguien debería haber sido su contacto de emergencia, debería haber sido mi hermana, Temple.

Temple, que solo tenía dos años cuando vinimos a vivir con el abuelo, era la niña buena. Siempre le había resultado más fácil seguir las reglas, tal vez porque era todo lo que había conocido. Ella era la que no podía hacer nada mal a sus ojos, la que siempre parecía hacerlo sentir orgulloso.

Recuerdo el día que me fui. Temple me había visto escabullirme, con las maletas hechas y el corazón pesado por dejar todo atrás. Ella estaba allí, con los ojos abiertos de confusión y preocupación.

—*Jamie, ¿adónde vas?*

Me quedo paralizada en la puerta principal, con el corazón acelerado por la pequeña voz que acabo de escuchar y que me ha sobresaltado.

Me doy la vuelta y encuentro a Temple, de doce años, allí de pie.

—*¿Por qué te vas, Jamie? —pregunta.*

Mirando hacia la puerta, considero irme sin explicarme. Simplemente marcharme sin dar una respuesta. En su lugar, me apresuro a volver con mi hermana, sujetándola por los hombros.

—*Lo siento, Temple. No puedo vivir más con el abuelo, así que me voy a ir y vivir por mi cuenta. Te quiero, y siempre puedes llamarme o enviarme un mensaje de texto sin importar lo que diga el abuelo, ¿de acuerdo? —Le revuelvo el pelo.*

—*Asegúrate de hacer siempre lo que diga el abuelo. Sé una buena chica y obedécele hasta que tengas dieciocho años. Entonces no te enviará a un internado y te tratará mejor de lo que me trató a mí.*

Sorbo por la nariz al recordar su cara triste. Temple había hecho lo que le dije, sin embargo. Había sido obediente y, por lo que me contaba en nuestras ocasionales llamadas telefónicas, el abuelo la quería muchísimo. Era mucho más suave con ella de lo que había sido conmigo.

Pero supongo que seguir las estrictas reglas del abuelo había sido asfixiante, incluso para ella. Una vez que cumplió los dieciocho, Temple no perdió tiempo en irse también. A diferencia de mí, que solo dejé la ciudad en la que crecí, Temple dejó el país.

Por lo que sé, Temple todavía tiene una gran relación con el abuelo, aunque ella también se haya ido. A diferencia de mí, a ella le habían dado permiso para irse, con la excusa de viajar para encontrarse a sí misma antes de empezar la universidad. Ahora estaba fuera en un viaje de autodescubrimiento, sin acceso a internet. Solo enviaba cartas y postales de vez en cuando. De vez en cuando, llamaba desde un teléfono público. Así que no había forma de contactar con ella.

Supongo que por eso me llamaron a mí.

En realidad, había perdido la llamada el primer día. Era fin de semana y estaba en la cama, recuperándome de mis travesuras del viernes por la noche.

Esa semana, había renunciado a mi trabajo en el jardín de infantes donde había estado trabajando. Me había inspirado el drástico giro que había dado la vida de Nancy, encontrando repentinamente el amor con un padre soltero, su hermano y su amigo. También había dado a luz y vivía felizmente con los tres hombres. Ver su relación me hizo desear más para mí misma.

Pero *esto* no era lo que tenía en mente.

Después de que el hospital llamó el sábado, el abogado del abuelo me llamó el lunes. Así fue como me enteré de lo que le había pasado. Había hecho las maletas en un aturdimiento emocional y regresado al hogar que había dejado atrás todos esos años antes.

Sacudo la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos y volver a enterrar toda esa basura. Mientras salgo del coche, el familiar crujido de la grava bajo mis pies me provoca un escalofrío en la espalda. La casa se ve igual. Está un poco más vieja, pero aún en una pieza.

La pintura que una vez fue vibrante se ha desvanecido a un tono apagado y nostálgico, y las contraventanas cuelgan ligeramente torcidas. Respiro profundamente, aferrando la llave en mi mano mientras camino hacia la puerta. La incertidumbre me carcome con cada paso.

Hago una pausa, la llave fría y pesada en mi mano. Los recuerdos inundan mi mente, no deseados e implacables. Recuerdo la última vez que estuve aquí, gritándole al abuelo que nunca volvería.

—Bien, vete si quieres —había gritado el abuelo en respuesta a mis amenazas, su voz llena de ira y decepción—. Ve y sé una delincuente, arruina tu vida, haz lo que quieras. Pero cuando vuelvas, no esperes que la puerta esté abierta para ti.

Sus palabras me habían herido profundamente, y me había ido, jurando nunca regresar. Pero aquí estaba, de pie en el corazón del lugar que una vez llamé hogar, preguntándome si la puerta se abriría para mí.

Miro la llave en mi mano, con el corazón acelerado. ¿Habría cambiado las cerraduras? ¿Realmente se había asegurado de que nunca pudiera volver? Parecía algo que él haría, prueba de su determinación de mantenerme fuera.

Con manos temblorosas, inserto la llave en la cerradura. Gira suavemente y se abre con un silencioso chirrido. La conmoción se extiende por mi cuerpo, junto con una sensación agri dulce. A pesar de todo, el abuelo aún no había cambiado las cerraduras.

¿Quería que volviera después de todo? Me pregunto.

Mis dedos rozan el pomo para abrir la puerta cuando de repente se abre de golpe, y me encuentro con un amplio pecho que se acerca, acompañado por la fragancia embriagadora de una deliciosa colonia. Mis ojos se abren de par en par, observando el cuerpo alto y musculoso frente a mí, su increíble físico visible a través de la delgada tela de una camiseta ajustada.

La camiseta es una simple prenda de compresión negra que se adhiere a los fuertes músculos, acentuando cada contorno. Los vaqueros del hombre son oscuros y gastados, abrazando sus caderas y piernas de una manera que sugiere tanto comodidad como estilo. Un cinturón de cuero con una hebilla plateada completa el look, añadiendo un toque de rudeza.

Finalmente, mi mirada llega a su rostro, que me frunce el ceño. Su cabello negro corto está ligeramente despeinado, y sus ojos verdes arden con una intensidad que me deja sin aliento.

Mi corazón se salta un latido cuando lo reconozco.

¿Arlo?

Conozco a este hombre. El recuerdo de un chico de diecinueve años de pie junto a mi abuelo vuelve de repente a mí, haciendo que mi corazón palpite antes de darme cuenta de lo que está pasando.

Yo tenía nueve años ese verano, escondida en la esquina del estudio de mi abuelo, espiando por la rendija de la puerta. El abuelo estaba teniendo una de sus reuniones con los miembros del MC, su voz un bajo murmullo de autoridad. Se suponía que yo debía estar en la cama, pero la

curiosidad me había vencido.

Desde la puerta, un Arlo de diecinueve años había mirado hacia donde yo estaba, sus ojos encontrándose con los míos por un breve momento. No dijo nada, solo arqueó una ceja antes de volver a la conversación. En ese entonces, parecía fuera de lugar, un chico entre hombres, tratando de encontrar su sitio en un mundo que exigía demasiado demasiado pronto.

El abuelo no sentía exactamente ningún amor por mí, pero antes de que Temple y yo viniéramos a vivir con él, y antes de que yo naciera, había sido un padre para tres chicos a los que básicamente había adoptado y criado. Todos eran mayores que yo por al menos diez años.

Solo veía a los gemelos, Arlo y Arjo, de lejos cuando volvían a casa de la universidad para el verano. Nunca vi al tercero, ya que estaba demasiado ocupado manteniendo su expediente académico perfecto y no podía dedicar sus veranos a volver a casa.

No es que eso importara, de todos modos. Los gemelos, a los que sí veía, nunca les hablé. Nuestros caminos raramente se cruzaron después de que se mudaron a los alojamientos del MC aquel verano después de que el abuelo nos acogiera a Temple y a mí.

Sacudiéndome el recuerdo, me doy cuenta de que definitivamente es él. Estoy mirando los mismos ojos penetrantes, aunque ahora contenían una profundidad y un cansancio que no estaban allí antes. Había cambiado, madurado. El chico que recordaba ahora era un hombre.

Al ver a Arlo de pie ante mí, me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado y cuánto hemos cambiado ambos.

¿Por qué estás aquí, sin embargo?

—¿Por qué estás forzando la cerradura de mi casa? —pregunta, sacándome de mis pensamientos, su voz llena de acusación. Mientras habla, veo un destello plateado en su lengua.

¡Dios mío, ¿es eso un piercing en la lengua? ¡Está tan bueno!

Cruza los brazos sobre su pecho, y mis ojos se dirigen a los tatuajes que serpentean por sus antebrazos, añadiendo al aura de peligro y misterio que lo rodea. Su presencia es abrumadora, y siento una mezcla de miedo y emoción.

¡Concéntrate! ¡Acaba de acusarme de forzar sus cerraduras?

Arrugando el ceño confundida, doy un paso atrás para echar otro vistazo a la casa. ¿Estoy en el lugar equivocado? Todavía estaba la mancha de pintura roja oscura que derramé accidentalmente en la esquina superior derecha de la puerta. Esta era absolutamente la casa del abuelo. Por el rabillo del ojo, vi a Arlo mirándome más tiempo del necesario.

—Debe haber algún tipo de malentendido. Esta es *mi* casa. ¿Por qué estás *tú* en la casa de mi abuelo?

Recorre todo mi cuerpo con la mirada, y soy muy consciente de la ajustada camiseta negra de manga larga y los pantalones de chándal negros que me había puesto al azar. La camiseta se adhiere a mi piel, enfatizando cada curva, mientras que los pantalones de chándal, aunque cómodos, se sienten casi demasiado casuales bajo su intenso escrutinio.

Siento una gota de sudor deslizarse por mi cuello, un recordatorio del clima húmedo del exterior. Algunos mechones de mi cabello, que están recogidos con un clip, se escapan y se pegan a mi piel, aumentando mi incomodidad.

El calor es opresivo y puedo sentir cómo mi ropa se me pega al cuerpo, haciéndome anhelar un vaso de agua fría. Me muevo ligeramente, intentando encontrar algo de alivio, pero sus ojos nunca me abandonan, haciéndome sentir aún más cohibida. La combinación de la humedad y su atención inquebrantable hace que mi corazón se acelere, y solo puedo esperar que no note lo alterada que estoy.

Abre los ojos de par en par con sorpresa y reconocimiento. —¿Jamie? No puede ser en serio — dice con una voz cargada de incredulidad.

Me río suavemente. —Sí, soy yo. ¿Por qué vives aquí?

Su sorpresa se convierte en hostilidad mientras me mira con desprecio nuevamente. —Tuvimos que hacerlo. Ya que abandonaste a tu abuelo.

¿Qué demonios?

Antes de que tenga la oportunidad de responder, una cara idéntica a la de Arlo aparece por la puerta sobre el hombro de Arlo.

¡Arjo!

Es cierto. Arlo tiene un gemelo idéntico. También recuerdo a su gemelo. La única diferencia es

que él solía sonreír cada vez que me veía.

Incluso ahora, sus ojos verdes se iluminan con reconocimiento y cariño al verme.

—¿Jamie? ¿Eres tú? —Aparta suavemente a su hermano mientras sale a saludarme con una sonrisa que podría derretir hasta el corazón más frío. Arlo me lanza una última mirada fulminante y luego se va enfadado.

No sé cuál es el problema de Arlo, pero rápidamente me centro en Arjo. Su largo cabello negro azabache cae sobre sus hombros, enmarcando un rostro que es a la vez impactante y sereno. A diferencia de la mirada penetrante de Arlo, los ojos verdes de Arjo irradian calidez y amabilidad, atrayéndome como un abrazo reconfortante.

—Sí, soy yo —respondo, devolviéndole la sonrisa.

—Bienvenida a casa —dice, su voz una melodía tranquilizadora que instantáneamente me pone a gusto—. Pasa. Cogeré tus maletas.

Lleva una camisa azul oscuro con las mangas remangadas hasta los codos, revelando antebrazos fuertes, aunque sé lo gentil y amable que es. La camisa está metida en unos pantalones oscuros a medida que le quedan perfectamente, acentuando su figura atlética y esbelta.

El aroma a sándalo y algo únicamente suyo persiste en el aire, haciéndome sentir segura. Mientras alcanza mis maletas, no puedo evitar notar la delicada fuerza en sus manos, un marcado contraste con la rudeza que había experimentado de su hermano.

Hablando de Arlo, todavía estoy desconcertada por su hostilidad, pero se ha ido y no puedo enfrentarlo.

Arjo me guía por el familiar pasillo, el aroma a madera vieja y un leve toque de lavanda trayendo de vuelta una avalancha de recuerdos. Dentro, las tablas del suelo crujen ligeramente bajo el peso de mis pies. Mis ojos se posan en las barandillas descascaradas, el papel tapiz verde descolorido y los suelos de madera que han visto días mejores.

Me mira. —Es bueno verte, Jamie. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, así es —respondo, con la voz apenas por encima de un susurro. El peso de las palabras de Arlo aún flota pesadamente en el aire.

Asiento, sintiendo una punzada de culpa. —Debería haber estado aquí. —Debería haber estado allí para correr al hospital inmediatamente después de que le dispararan.

Arjo niega con la cabeza. —No te hagas eso a ti misma. Yo estuve aquí. No cambió mucho.

Sus palabras son extrañamente reconfortantes, y asiento en silencio, siguiéndolo mientras me guía por la casa.

Llegamos a mi antigua habitación y Arjo abre la puerta. Es como retroceder en el tiempo. Dentro está el mismo papel tapiz floral, la misma cama chirriante, incluso los mismos pósters en la pared. La única diferencia es la caja con mis cosas en la esquina.

—Gracias —digo, con la garganta apretada por la emoción. Me acerco a la caja y me arrodillo, pasando mis dedos por los bordes con cinta adhesiva—. Lo aprecio.

Arjo se apoya en el marco de la puerta, observándome. —No tienes que hacer esto sola, ¿sabes? Estamos aquí para ti.

Lo miro, sus ojos amables en marcado contraste con la hostilidad anterior de Arlo. —Lo sé. Es solo que... es mucho para asimilar.

Asiente, comprensivo. —Tómate tu tiempo. Estaré abajo si necesitas algo.

Mientras se gira para irse, lo llamo: —¿Arjo?

Se detiene y me mira. —¿Sí?

—¿Puedes llevarme... a verlo?

La expresión de Arjo se suaviza.

—Por supuesto.

Capítulo Dos

Arjo

Es jodidamente hermosa.

Más que hermosa. Dorada y perfecta. Ese fue el primer pensamiento que cruzó mi mente en el momento en que puse mis ojos en Jamie. Su belleza me golpeó como un camión, y no he podido recuperar el aliento desde entonces. Es del tipo de belleza que te hace parpadear un par de veces para asegurarte de que no estás alucinando.

La primera vez que la vi, era una niña, tenía solo nueve años. Había pasado apenas un año desde que sus padres murieron y empezó a vivir con su abuelo, Freddie para nosotros.

En mis recuerdos, nunca la vi realmente feliz de niña. Era pequeña, frágil y siempre ensombrecida por una tristeza que nunca la abandonó del todo. Pero ahora, sus ojos azules rasgados brillan con una nueva felicidad y su cuerpo irradia confianza.

Su cabello rubio sucio está recogido en una coleta alta, llamando mi atención hacia su cuello esbelto. Inhala profundamente, la acción empujando sus pechos hacia arriba. Trago nerviosamente, una gota de sudor formándose en mi sien. Desvío la mirada justo cuando exhala.

Mi garganta se siente seca, mis manos inquietas, deseando apartar el mechón rebelde de cabello que vuela alrededor de su rostro mientras conduzco.

Jamie alcanza la botella de agua a medio terminar en el tablero de mi auto, bebiéndosela toda de un trago.

—Ah, necesitaba eso —suspira contenta, lamiéndose los labios llenos y carnosos sedientamente.

Mi polla se estremece en mis vaqueros, y gimo mentalmente. Este no es ni el momento ni el lugar... ni la persona, de hecho.

Es como si mis ojos no pudieran tener suficiente de ella. Intento decirme a mí mismo que es solo una niña, pero no lo es. La persona sentada justo a mi lado es una mujer completamente desarrollada con suficientes curvas para volver loco a un hombre.

Tratando de sacar mi mente de la cuneta, pienso en por qué está en el auto conmigo. Me pidió que la llevara a ver a Freddie al hospital.

Honestamente, no pensé que querría ir de inmediato. Creí que al menos se ducharía primero después de su viaje hasta aquí. Parece que, a pesar de lo que haya pasado entre ella y Freddie, todavía ama al viejo.

—Arjo, ¿cómo le dispararon a mi abuelo? —Jamie rompe el silencio, su voz temblando ligeramente.

Frunzo el ceño inmediatamente, todos los demás pensamientos abandonando mi mente. Lo que sucedió fue algo macabro para un extraño, pero no puedo ocultárselo a Jamie. Probablemente preguntará hasta obtener todos los detalles, incluso si eso significa preguntar a otros miembros de la pandilla.

—Era tarde en el bar —comienzo—. Freddie ha estado pasando más tiempo allí cada año a medida que envejece. Nos ha cedido el MC, pero aún le gusta estar cerca. Era tarde. Toda la pandilla estaba allí, bebiendo y riendo. Tratamos de convencerlo de que se fuera a casa, pero no quería. Finalmente, logramos sacarlo. Se adelantó y entonces escuchamos los disparos.

Todavía puedo ver las tenues luces del bar, oler la cerveza rancia y el humo de cigarrillo, escuchar el repentino y ensordecedor estallido de los disparos.

—Para cuando salimos, Freddie estaba en el suelo, sangrando. El auto se alejó a toda velocidad, los neumáticos chirriando, pero no había nada que pudiéramos hacer. Arlo trató de perseguirlos, pero tuvimos que llevar a Freddie al hospital. Ha estado en coma desde entonces —explico, mi voz apenas un susurro.

El rostro de Jamie está nublado por la emoción, pero no dice nada. Solo asiente en señal de reconocimiento. Supongo que no hay mucho que decir, realmente.

Conducimos el resto del camino al hospital en silencio.

—Esta es su habitación —le digo a Jamie mientras estamos justo fuera de la habitación de Freddie en el hospital—. Está justo detrás de esta puerta.

El olor a antiséptico y el leve zumbido de la maquinaria hospitalaria llenan el espacio a nuestro alrededor. Médicos y enfermeras caminan de un lado a otro por el pasillo, apenas mirándonos.

Las paredes blancas poco acogedoras me ciegan, y el olor a solvente de limpieza fuerte llena mis fosas nasales.

Jamie vacila en la puerta, su mano temblando. Puedo ver el miedo en sus ojos, la incertidumbre. Armándose de valor, toma un respiro profundo y entra.

Freddie está allí acostado, conectado a máquinas, su vida dependiendo del pitido de monitores y dispositivos. Odiaba los hospitales, odiaba ser débil. Verlo así es casi insoportable.

—Es tan extraño verlo tan indefenso —dice Jamie, su voz quebrándose—. No se parece a como lo recuerdo. ¿Cuándo se volvió tan pequeño?

—A veces la imagen que tenemos de las personas en nuestra cabeza no es precisa —digo suavemente, de pie detrás de ella—. Recordamos las cosas mal. Solías verlo como este hombre grande y fuerte, pero ahora es solo un anciano.

Ella asiente, las lágrimas brotando de sus ojos. —¿Qué dijeron los médicos?

—Dijeron que está fuera de peligro inmediato, pero lo están vigilando. No ha despertado, pero pudieron extraer la bala durante la cirugía —explico.

—De acuerdo —susurra, y nos quedamos allí un rato, solo mirándolo.

Intento consolarla. —Es fuerte, Jamie. Siempre ha sido un luchador. Lo superará.

—Mhmm —murmura, y comenzamos a irnos.

Mientras salimos, me pregunta: —¿Cómo es que tú y Arlo están viviendo en la casa?

—Oh. Freddie necesitaba ayuda —digo sin rodeos—. Nos mudamos hace un año después de que Temple se fue de viaje.

—Oh —murmura Jamie—. Eran bastante cercanos a Temple, ¿no? A veces los mencionaba.

El pensamiento de la pequeña Temple hablando sobre mi hermano y yo me saca una sonrisa. —Oh sí, Temple es la bebé de la casa. Tu abuelo la extrañaba mucho, y estaba bastante solo con ustedes dos fuera, así que nos mudamos de vuelta con él para distraerlo.

—Es bueno saber que no estaba solo —dice suavemente.

—Sí —coincido—. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo desde que te fuiste?

Abro la puerta mientras salimos, el calor abrasador envolviéndonos.

—Oh, nada realmente especial —responde—. Me convertí en maestra.

—¿En serio? —digo, sorprendido.

—Sí, empecé a enseñar en jardín de infantes. Hice algunos buenos amigos y probé todo lo que quería hacer. El abuelo probablemente tendría un ataque al corazón si lo supiera —dice.

Sí, probablemente no deberíamos contarle a Freddie sobre eso.

—Te recuerdo, sin embargo —continúa—, a ti y a Arlo, quiero decir. Se ven tan diferentes ahora. Los recuerdo como adolescentes, pero ahora están todos crecidos.

Mi pecho retumba con una risa fuerte. Atrae miradas extrañas de algunos transeúntes, pero me importa una mierda. No puedo recordar la última vez que me reí así.

—¿Cómo es que eres tú el que dice que somos adultos? La última vez que te vi, ¿qué tenías? ¿Once años?

—Sí, la siguiente vez que ustedes dos volvieron a casa, yo tenía doce años y estaba en un internado —Jamie se ríe, un sonido suave y melodioso que parece aligerar la atmósfera pesada—. Lo que pasa es que en mi cabeza todavía los recuerdo a ambos como adolescentes, eso es todo. Ahora que soy adulta, mirando hacia atrás en el recuerdo de ustedes, eran solo niños como yo.

Niego con la cabeza, una sonrisa extendiéndose por mi rostro.

—Supongo que puedo entender eso. Pero desde nuestra perspectiva, eras una niña pequeña, y de repente vuelves como esta...

—¿Como esta qué? —Jamie me insta, sus ojos brillando juguetonamente.

—Nah, olvídalo —digo, presionando mi lengua contra mi mejilla.

Jamie solo sonrío para sí misma y mira hacia otro lado, el momento quedando suspendido en el aire como un delicado hilo.

Dios, es hermosa. Ese es el único pensamiento que sigue dando vueltas en mi cabeza.

Se ríe, sonrío e irradia el tipo de calidez que golpea tu alma y se asienta en ella, quemando cada momento oscuro de tu vida y borrándolo por completo.

Sus ojos se encuentran con los míos. Por un segundo se siente como si todo se detuviera. Como si el mundo siguiera girando pero nosotros dos ya no nos moviéramos con él.

Mi respiración se detiene. Mi corazón también.

Es como si alguien lo hubiera agarrado y apretado tan fuerte que ni siquiera puedo respirar.

—Es realmente bueno tenerte de vuelta, aunque las circunstancias estén lejos de ser ideales.

—Sí, siento lo mismo —sonríe cálidamente, mirándome.

Nos quedamos ahí por un breve momento, simplemente observándonos. El aire está cargado con el aroma de flores en flor y el zumbido distante de las cigarras.

El sol se está poniendo, proyectando un cálido resplandor dorado sobre todo. Puedo escuchar el suave susurro de las hojas en la brisa y la risa lejana de los niños jugando.

—Umm —Jamie se aclara la garganta, rompiendo el contacto visual—. Creo que deberíamos irnos.

—Eh, sí. Lo siento.

Llegamos a donde está estacionado el coche y entramos. Estoy en medio de ponerme el cinturón de seguridad, cuando Jamie de repente se vuelve hacia mí, su expresión seria.

—¿Por qué Arlo es tan hostil conmigo?

Maldito idiota. Tenía que ser malo con ella. Probablemente hablaré con él una vez que regresemos a casa. Necesita sacar la cabeza de su trasero, y necesita hacerlo rápido.

Suspiro, pasando una mano por mi cabello.

—Arlo está tenso porque era el más cercano a tu abuelo. Siente que debería haber cuidado mejor las cosas alrededor del club. Tal vez entonces nadie se habría atrevido a dispararle a Freddie.

Jamie asiente, sus ojos distantes mientras procesa esto.

—Me pregunto cómo será ahora allí. La última vez que estuve allí, era una niña sobre los hombros de mi padre.

—Te llevaré allí mañana —ofrezco, tratando de aligerar el ambiente—. Pero por ahora, vamos a cenar.

Salimos del hospital, el fresco aire de la noche es un cambio bienvenido del ambiente estéril. Las calles están vivas con los sonidos de la música nocturna, el lejano bocinazo de los coches, la charla de la gente y las ocasionales ráfagas de risa. El olor de la comida callejera flota en el aire, mezclándose con el aroma de la brisa del océano.

—Normalmente, cenaríamos en casa porque Teddy cocinaría —digo mientras conduzco.

—¿Quién es Teddy? —pregunta Jamie, su curiosidad despertada.

—Oh, Teddy. Freddie también lo acogió. Nunca lo conociste, ¿verdad? —pregunto.

Veo la comprensión en sus ojos.

—¡Cierto! Eran tres. Recuerdo vagamente que Temple mencionó ese nombre.

—Sí. Cuando dije que Freddie nos entregó el MC, me refería a mí, a Arlo y a Teddy. Es un cerebritito, así que está a cargo del aspecto comercial de la pandilla y dirige el bar —explico—. También es un gran cocinero.

—¿Cómo va el bar? —pregunta, su voz teñida de curiosidad.

—Genial. Como dije, a Freddie le gustaba seguir cerca de los asuntos de la pandilla aunque se jubiló, así que empezó a pasar mucho tiempo allí. De hecho, tendrás que hacerte cargo de algunas de sus tareas —digo, luego hago una pausa—. Sabes que el bar es una tapadera, ¿verdad?

Jamie asiente, una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Siempre supe sobre el negocio del abuelo.

Nos dirigimos al pequeño y acogedor restaurante a unas cuerdas de la casa, y nos acomodamos

en una mesa. El cálido y acogedor aroma de especias y carne a la parrilla llena el aire. El suave murmullo de las conversaciones y el tintineo de los cubiertos crean un reconfortante ruido de fondo.

Pedimos nuestra comida, y mientras esperamos, observo a Jamie, apreciando cómo la suave luz juega con sus rasgos, cómo parece encajar tan naturalmente en esta nueva vida que en realidad no es nueva para ella.

Suspira profundamente y parece perdida en sus pensamientos.

Extiendo la mano sobre la mesa para apretar la suya.

—Deja de pensar en todo por un segundo. Lo harás genial, Jamie. Sé que lo harás.

Ella sonríe una sonrisa genuina y sincera que hace que mi corazón se salte un latido.

—Gracias, Arjo. Eso significa mucho.

Asiento mientras llega la comida e intento calmar mi corazón acelerado. Todo lo que hizo fue sonreír, y ya me tiene envuelto alrededor de su dedo meñique.

Tengo la sensación de que las cosas est n a punto de cambiar para bien por aquí.

Capítulo Tres

Jamie

—Siempre hace tanto frío aquí por la noche. Incluso cuando los días son muy calurosos —dice Arjo mientras caminamos hacia el coche—. La necesitarás más tarde.

Me coloca su chaqueta de cuero sobre los hombros y la ajusto más a mi cuerpo, disfrutando de cómo su calor residual me reconforta. La tela huele a su colonia, amaderada y masculina, y estar envuelta en su aroma me calienta por una razón completamente diferente.

Entramos al coche y bostezo suavemente. Siento como si me estuvieran clavando un tenedor en los ojos. Eso me pasa por quedarme despierta hasta tan tarde anoche. Además, pasé el día al teléfono con el abogado del abuelo, resolviendo sus seguros y facturas médicas. Nunca he podido dormir durante el día. Resultó que el abuelo me puso como su contacto para todo.

Parece que cada segundo que paso aquí, me confundo más y más sobre mi abuelo y cómo realmente me veía. ¿Cómo pudo haberme elegido para manejar todos sus asuntos y cuidados médicos de esta manera?

Intento no pensar demasiado en ello.

Arjo arranca el coche y le echo un vistazo disimuladamente, observando los rasgos afilados de su rostro. Mandíbula fuerte, nariz ligeramente torcida y perforada. Se ve tan concentrado mientras empieza a conducir.

Me humedezco los labios.

Sus bíceps llenan el material de sus mangas, haciendo que la camisa parezca casi incómoda.

Mi ritmo cardíaco se acelera aún más cuando lo escucho tararear la canción que suena en la radio.

¿Por qué es tan condenadamente atractivo?

Continúa jugueteando con la emisora de radio por un rato, hasta que una canción de la vieja escuela llena el ambiente.

Aparto la mirada rápidamente, necesitando distraerme.

—¿Qué pasó con la barbería? —pregunto, rompiendo el silencio.

Arjo me mira de reojo, recostándose en su asiento, sus ojos reflejando el sol poniente. —Oh, ahora es una boutique. El viejo barbero falleció y su hijo se fue de la ciudad.

Asiento, asimilando todos los cambios. Las calles se ven iguales, pero diferentes, como un sueño que no puedo recordar del todo.

Entramos al garaje donde la pandilla trabaja en sus motos, y el familiar aroma a aceite y gasolina me golpea como una ola. He estado aquí algunas veces. En aquellos días, cuando el abuelo conseguía que alguien cuidara a Temple en casa, me traía con él para vigilarme, ya que no confiaba en que no me portara mal mientras él no estaba, o intentara escabullirme sola al parque.

El bar que mi abuelo posee, Merry Maker, es un lugar de reunión para el MC. Está a solo diez minutos de distancia, y el abuelo me llevaba allí con él cuando terminaba el trabajo en el garaje por el día. Todos tenían que comportarse de la mejor manera cuando yo estaba cerca, porque el abuelo les partiría el culo si siquiera maldecían en mi presencia.

Aun así, escuché algunos "joder" y "mierda" aquí y allá. Sonríó ante el recuerdo.

Hoy, el garaje está lleno de actividad. Un miembro está pintando su moto con un feroz diseño de fuego, las llamas subiendo por los costados en una danza de naranja y rojo. Otro está pintando meticulosamente un jaguar en su moto, los ojos del animal casi realistas en su intensidad.

Los miembros del MC son un grupo de aspecto rudo, sus cuerpos adornados con tatuajes que cuentan historias de peleas luchadas y ganadas. Hay tantas caras nuevas también. Un tipo, con la cabeza rapada y un tatuaje de dragón enroscándose alrededor de su cuello, está inclinado sobre un motor, sus manos moviéndose con facilidad practicada. Otro, con una cicatriz que le recorre la mejilla y un tatuaje de calavera en el bíceps, está apretando pernos en su moto, sus músculos ondulándose con cada movimiento.

Cuando entramos, los chicos se giran para mirarnos. Algunos de los mayores me reconocen, sus ojos se ensanchan con sorpresa. Los más jóvenes murmuran entre ellos, tratando de ubicarme.

—Espera, me resulta muy familiar —susurra uno de ellos—. ¿Quién es?

Al escuchar los susurros, una cabeza cubierta de pelo rojo que se está volviendo gris se asoma y

mis ojos se abren con reconocimiento al mismo tiempo que los suyos. —¡Joder, es la nieta del Jefe Freddie, pedazos de idiota!

No puedo evitar exclamar: —¡Ryan!

Cuando el abuelo solía traerme aquí, Ryan, que era uno de los más jóvenes de sus hombres de confianza, generalmente se encargaba de vigilarme cuando había reuniones importantes. Admito que parte de mi lenguaje colorido provino de sus deslices. Ryan tenía una boca muy sucia.

Los susurros continúan mientras los miembros más nuevos están confundidos. —¿Qué? Esa no es Temple...

Ignorándolos, sonrío mientras Ryan se acerca a nosotros. —¡Jamie! Qué bueno verte, maldita sea. ¡Dios mío, cómo has crecido!

Es cierto. La última vez que me vio, tenía como dieciséis años. El abuelo comenzó a mantener los asuntos del MC lejos de la casa con el paso de los años, pero Ryan era uno de los pocos que aún venía ya que traía informes. Venía a la casa y me había pillado en una de las raras ocasiones en que salí de mi habitación para buscar comida en la cocina. Ya era una reclusa deprimida en ese punto.

Me río. —Tú también te ves bastante diferente. ¿Qué son todas esas canas que veo?

Ryan jadea fingiendo ofensa, pero antes de que pueda decir algo más, Arlo irrumpe desde atrás, su rostro una máscara de furia.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —exige, fulminando a Arjo con la mirada.

Con los ojos muy abiertos, Ryan se escabulle rápidamente, como un niño escapando de la escena del crimen después de que atrapan a su hermano.

Arjo se encoge de hombros, imperturbable. —Sentí que debía mostrarle el lugar. Hace mucho tiempo que no viene.

Los ojos de Arlo se estrechan. —¿Por qué la traerías *aquí*, de todos los lugares?

¿Qué demonios?

Doy un paso adelante. —Estoy justo aquí —digo entre dientes, apenas logrando mantener la ira

fuera de mi voz—. ¿Por qué hablas de mí como si no estuviera presente? —continúo, elevando un poco el tono—. Yo quise venir. Fue mi decisión. ¿Tienes algún problema con eso?

—Por supuesto que tengo un problema con eso —espeta Arlo—. Estás en territorio de la pandilla, en un momento peligroso, cuando acabamos de ser atacados. Cualquier cosa podría pasar. Y este no es lugar para ti.

—He estado aquí incluso cuando era más joven, así que te sugiero que te calmes de una puta vez —replico, sosteniendo su mirada.

Arlo no rompe el contacto visual, sus ojos verdes entrecerrados con fastidio. No habla, ni siquiera parpadea. Solo me mira fijamente. Es una locura que aún lo encuentre atractivo, incluso ahora cuando está siendo tan imbécil conmigo.

—Maldita sea —maldice entre dientes, girando sobre sus talones y regresando furioso a donde sea que estaba, dejándome allí parada.

Exhalo bruscamente. Si cree que puede pisotearme así como así, se va a llevar una desagradable sorpresa.

Me giro hacia Arjo, que estaba de pie detrás de mí. Sus ojos brillan divertidos y parece impresionado. Que me mire así me hace sonrojar, así que aparto la mirada y me aclaro la garganta.

—Parece que la pandilla ha crecido durante mi ausencia —comento.

Arjo asiente, con un toque de orgullo en su voz.

—Sí, hemos acogido a muchos reclutas. El negocio está en auge.

Asiento solemnemente. El abuelo estaría orgulloso.

Al menos puede ver su legado continuado bajo sus hijos adoptivos.

Incluso cuando mi padre vivía, no había seguido los pasos del abuelo. Mi padre era arquitecto y vivía bastante apartado de la vida del abuelo. Solo había visto al abuelo una vez cuando tenía cinco años, antes de que mamá y papá murieran.

—Dame un minuto, Jamie —dice Arjo, alejándose. Observo cómo habla con uno de los

miembros del MC.

—¿Es esa la pequeña Jamie o me engañan mis ojos? —grita una voz familiar, con un tono de sorpresa.

Me doy la vuelta y mis ojos se encuentran con un rostro conocido. Se baja de su moto y camina hacia mí.

—¿Jacob? —No puedo ocultar la sorpresa en mi voz.

Sonríe.

—El único e inigualable.

Jacob es otro miembro de la pandilla que recuerdo. Era un recluta en aquel entonces, un tipo flacucho al que el abuelo puso a trabajar sirviendo mesas en el bar en lugar de asignarle tareas más peligrosas. Él y Ryan solían discutir en aquella época. El abuelo bromeaba sobre su delgadez. Ahora, Ryan era grande y musculoso. La gran cicatriz que le recorre desde la sien hasta la barbilla también llama mi atención. Antes no estaba ahí.

—Oí que te marchaste de la ciudad —afirma.

Inhalo bruscamente. Claro. Todo el mundo lo sabe.

—Sí. Quería encontrar mi propio camino, ¿sabes?

Murmura con comprensión.

—Justo como tu hermana, ¿eh?

—Sí.

Se acerca más, bajando la voz como si no quisiera que nadie más nos oyera.

—Es una pena, ¿sabes?, lo que pasó con el jefe Freddie. Quiero que sepas que estamos buscando al que lo hizo, y no pararemos hasta que lo encontremos. Ese cabrón no se va a salir con la suya.

—Lo sé. Confío en vosotros. —Hay una razón por la que el MC es temido. Nadie, y me refiero a absolutamente nadie, se mete con ellos y sale impune.

—Las cosas han cambiado mucho por aquí —digo en voz alta.

Ryan asiente, con una mirada de complicidad en sus ojos.

—Sí, hay nuevos chicos y las cosas se están poniendo en orden desde que los nuevos jefes tomaron el mando... me refiero a los gemelos y a Teddy.

—Teddy... —Claro. El abuelo había acogido a otro chico cuando acogió a los gemelos. Como los gemelos, era estudiante universitario cuando Temple y yo empezamos a vivir con el abuelo. Era un año mayor y un chico inteligente. Nunca volvía a casa en verano porque estaba ocupado con sus clases.

—Oh, sí. Creo que no lo has conocido —reflexiona Jacob.

Como si fuera una señal, el rugido de unos motores interrumpe de repente nuestra conversación. Levanto la vista para ver a un hombre llegando en una elegante moto negra. Desmonta con el fácil balanceo de una larga pierna y se quita el casco. Casi jadeo.

Es como un ángel, de aproximadamente un metro noventa, con el pelo rubio oscuro alborotado que le cae sobre la cara y unos penetrantes ojos grises que parecen ver a través de ti. Lleva una chaqueta de cuero marrón, pantalones negros y un par de botas. Cuando se acerca, percibo el aroma de su colonia. Es embriagador.

Jacob se acerca a saludarlo.

—Teddy, bienvenido de vuelta, jefe. ¿Cómo fue con los italianos?

—El trato está cerrado —responde Teddy con confianza.

Ryan asiente con aprobación.

—No esperaba menos.

No tengo ni idea de qué están hablando, pero parece que Teddy ha estado manejando algún asunto del MC.

Al notarme, Teddy pregunta:

—Oye, ¿podrías llevar mi moto a la parte de atrás? Necesita repostar.

—Por supuesto —dice Jacob, alejándose para ocuparse de ello, dejándonos a Teddy y a mí a solas.

Teddy me dedica una sonrisa radiante.

—Déjame adivinar, ¿Jamie?

Me sorprendo.

—¿Cómo me reconoces?

Sonríe ligeramente, con sus ojos grises alegres y juguetones.

—Bueno, Arlo me dijo que te esperara y te pareces un poco a Temple.

—Oh, claro. —Mis labios forman una sonrisa—. Es un placer conocerte.

Vaya... No puedo creer que me haya perdido semejante bombón mientras he estado fuera.

Para cuando Teddy se había graduado de la universidad, terminado su maestría y vuelto a trabajar con el abuelo, yo tenía quince años y ya era una reclusa, así que nunca tuve la oportunidad de verlo. Hasta ahora.

Teddy me regala una sonrisa desarmante, mostrando sus dientes blancos como perlas.

—Es agradable ponerle por fin cara al nombre. Temple hablaba de ti todo el tiempo.

—Oh, sí, ella también hablaba de ti... —Me callo porque, aunque escuchaba a mi hermana cuando se colaba en mi habitación y me hablaba de todo lo que pasaba fuera en un intento de animarme, realmente no me importaba. Así que cuando hablaba de los gemelos o del misterioso Teddy, solo le seguía la corriente.

—¿Qué decía? —Teddy arquea las cejas—. ¿Quizás hablaba de lo apuesto, guapo y genial que soy?

No puedo evitar reír, en parte porque estoy muy sorprendida.

—Vaya, ciertamente eres humilde también —bromeo en respuesta.

—Mm, y puedes añadir gracioso a esa lista. —Teddy me guiña un ojo.

Me río en silencio, con todo mi cuerpo vibrando.

—Eres hilarante.

Teddy y yo seguimos hablando, y descubro que no puedo parar de reírme de sus bromas. Es encantador y seguro de sí mismo, con un ingenio rápido que me mantiene entretenida, y por un momento, me olvido de la tensión y del pasado. Es como si supiera que necesito algo de alegría en mi vida.

Sin embargo, el ambiente se arruina rápidamente cuando Arlo aparece de la nada otra vez, con aspecto furioso.

—Hola, Arlo —empieza Teddy, pero el amargado ni siquiera lo mira.

—No me saludes. Vosotros dos hacéis tanto ruido que puedo oíros desde la oficina —dice Arlo.

No puedo evitar resoplar. Sí, dudo seriamente que eso sea cierto. Arlo parece enfurecerse más después de eso.

—¿Qué es tan gracioso? —espeta—. ¿Cómo puedes reírte cuando tu abuelo está en coma? Se supone que deberías estar de luto. Además, acabas de llegar. ¿Por qué te sientes ya tan en casa?

Teddy hace un movimiento hacia delante, pero pongo mi mano en su pecho, deteniéndolo. Los ojos de Arlo se posan en mi mano, algo más burbujea bajo su mirada.

Siento que mi propia ira aumenta.

—¿No se me permite reír?

Los ojos de Arlo destellan con frustración y resopla sonoramente. —Por supuesto que no te importa. No es como si hubieras sido una buena nieta de todos modos.

—Que te jodan —las palabras salen de mi boca sin vacilación.

Sus palabras me hieren, y siento una oleada de ira y dolor. Sin decir otra palabra y con los ojos llenos de lágrimas, me doy la vuelta y me alejo, saliendo del garaje mientras ignoro las miradas de los otros miembros que se han quedado mortalmente silenciosos.

Veo a Arjo dar un paso hacia mí, pero extendiendo la mano. —Quiero estar sola. Que nadie me siga.

Me alejo furiosa por la calle, mis emociones son un lío enredado. Necesito aclarar mis ideas, así que me dirijo a un bar cercano, no al Merry Maker, sino a un lugar pequeño y tenuemente iluminado a unas cuadas de distancia.

El camarero me lanza una mirada comprensiva cuando pido una bebida, y me la tomo rápidamente, esperando que el alcohol adormezca el estrés y la confusión que se arremolinan dentro de mí.

Mis sentimientos son complicados. Lo que le pasó al abuelo no fue mi culpa, pero la culpa aún me corroe. No sé por qué debería sentirme culpable. El abuelo no era ningún santo. Era estricto, notorio, y nuestra relación siempre fue tensa.

Recuerdo la última gran discusión que tuvimos. Él había dejado claro que no le importaba lo que yo hiciera. Me escapé esa misma noche. Sacudo el recuerdo y pido otra bebida. El alcohol empieza a hacer efecto, y me siento un poco mareada. Por el rabillo del ojo, veo a un tipo levantarse y empezar a acercarse a mí.

Gimo en silencio. Dios sabe que no tengo energía para esto ahora.

—Oye, tú. Parece que te vendría bien algo de compañía —dice, deslizándose en el taburete a mi lado.

Lo miro de reojo. Es alto, con pelo oscuro y una sonrisa confiada, pero no estoy interesada.

—No, gracias —murmuro, tomando otro chupito de tequila.

De repente, alarga la mano y coloca sus dedos mugrientos sobre los míos. —Conozco un buen lugar cerca. Pareces tensa y puedo ayudarte a relajarte —ofrece y no me pierdo el tono sugestivo en su voz.

Aparto mi mano de debajo de la suya.

—¿Qué parte de que no estoy interesada no entiendes? —Me levanto y tiro unos billetes sobre la barra, ignorando la mirada atónita en su cara. Parece que el pobre tipo nunca ha sido rechazado antes. Bueno, me alegro por él. Espero que se vaya a casa y se cambie ese horrible corte de pelo. La cantidad de gel en su cabello es suficiente para servir como lubricante. Tal vez sea hora de volver al garaje.

Cuando salgo, el aire fresco de la noche me golpea, y empiezo a caminar de vuelta. De repente,

siento una mano agarrar mi brazo. Me giro para ver al tipo del bar, su agarre firme y sus ojos depredadores.

—Oye, ¿adónde vas? —pregunta, con voz baja y amenazante.

Intento soltarme, con el corazón latiendo con fuerza. Miro alrededor y las calles están casi vacías. La pareja borracha besándose a unos metros no cuenta.

—Suéltame —digo, con la voz temblorosa.

Pero no me suelta. En cambio, aprieta su agarre, acercándose más. El pánico crece en mi pecho mientras lucho por liberarme.

Capítulo Cuatro

Arlo

Creo que he cometido un error.

No, no es una probabilidad.

El hecho de que esté pensando en ello es una clara indicación de que sí cometí un maldito error.

Teddy golpea con los dedos el borde del vaso de cristal que tiene en las manos.

—Hazlo de nuevo y te los corto —le suelto.

Sus dedos se detienen en su tamborileo y su cabeza gira lentamente para mirarme.

—¿Quieres hablar de ello?

Frunzo el ceño. —¿Hablar de qué?

—De lo que sea que se te haya metido por el culo y haya muerto allí —Levanta las manos cuando lo fulmino con la mirada—. Vale, sigue siendo un imbécil tenso, pero la forma en que actuaste con Jamie fue injustificada.

—Se llama ser un cabrón —afirma Arjo detrás de mí, su voz destilando desaprobación.

Entra en la oficina que Teddy sugirió como un buen lugar para retirarse después del fiasco con Jamie. Todo el grupo nos había estado mirando. Nos había servido una copa a ambos para ayudarme a calmarme.

—¿Cuál es tu maldito problema? Has sido un imbécil con Jamie desde que regresó —dice Arjo.

Lo ignoro y bebo lo que queda del whisky en mi vaso. Mi cabeza está a punto de explotar. La avalancha de emociones que he experimentado en los últimos dos días es más fuerte que cualquier cosa que haya sentido antes.

Es como ahogarse, y tengo que contar los minutos hasta que pueda respirar de nuevo.

Joder. Maldita sea.

Ha pasado una hora desde que me desquité con Jamie, pero el incendio que está estallando dentro de mí no está cerca de extinguirse. Estoy cabreado con ella por muchas razones diferentes.

Es egoísta e inconsiderada. Se fugó de casa, dejando atrás a Freddie y abandonando a su hermana pequeña, Temple. Todo porque no pudo mantenerse en línea con las peticiones de Freddie.

Es una maldita niña mimada que cree que el mundo gira a su alrededor y va haciendo la mierda que quiere sin pensar en las consecuencias.

Luego, decide volver por lo que le pasó a Freddie y espera ser recibida con los brazos abiertos.

Jodidamente delirante.

Mi cuerpo tiembla de pura rabia. Este no soy yo. Soy un hombre que prospera con el control. Mantengo mis emociones a raya y paso el día con una mente clara y enfocada. Pero es como si todas estas cualidades asombrosas dentro de mí simplemente desaparecieran en el momento en que puse mis ojos en Jamie.

Tiene una manera insólita de alterarme sin hacer una maldita cosa.

Tal vez sea porque es lo más candente que has visto en tu vida.

Inmediatamente aparto ese pensamiento, pero es cierto.

De repente me he visto bombardeado por un tsunami de inexplicable mierda emocional. Todo comenzó en el minuto en que apareció y me encontré incapaz de apartar mis ojos de ella.

No pude evitar observar el aleteo de sus espesas pestañas sobre sus mejillas mientras miraba hacia sus pies, evitando el contacto visual. Su aroma, una delicada mezcla de jazmín y rosa, flotaba en el aire, embriagador e innegablemente femenino. Era una fragancia que persistía, envolviéndome como un suave abrazo floral.

Al igual que ayer, esta noche llevaba el pelo recogido en una coleta, lo que resaltaba los suaves contornos de su rostro y sus labios carnosos del color de los melocotones maduros. El suave balanceo de su coleta con cada movimiento atraía mi atención hacia la elegante curva de su cuello, donde algunos mechones sueltos habían escapado, enmarcando su rostro de una manera que parecía casi deliberada.

La tenue luz del garaje proyectaba un cálido resplandor sobre su piel, haciéndola parecer aún más suave y atractiva.

Mis ojos estuvieron sobre ella toda la noche. Me di cuenta de cómo se mordía el labio cuando se convertía en el centro de atención y cómo arrugaba la nariz ante los olores del garaje. Ni una sola vez miró en mi dirección, y en el momento en que la vi sonreír ampliamente y reír con fuerza por algo que dijo Teddy, perdí los estribos.

No soy ni impulsivo ni emocional, pero verla con Teddy me cabreó más allá de lo razonable. No estaba pensando con claridad en absoluto. Todo en lo que podía pensar era en la forma en que parecía tan libre con Teddy. Me hizo darme cuenta de que yo era el único que recibía la parte cortante y distante de ella y sentí una necesidad urgente de impedir que me mostrara este lado de sí misma. Era irracional y tan impropio de mí que ni siquiera puedo entender por qué estoy actuando de esta manera.

Mi pecho se expande y luego se contrae mientras intento calmarme. Mi mente es un torbellino de ira y arrepentimiento. No había querido hacer que Jamie se fuera corriendo. Pero verla sonreír así a Teddy había retorcido algo profundo dentro de mí. Deseaba ser yo a quien mirara con esos ojos brillantes y confiados.

Echo la cabeza hacia atrás y gimo con fuerza. —Sé que la cagué, ¿vale? —empiezo, observando la mirada pensativa en el rostro de Arjo y la expresión despreocupada de Teddy—. Yo, eh, tenía algo de alcohol en el sistema, y sumado al estrés de buscar quién jodió a Freddie y todo eso, supongo que simplemente exploté.

Teddy arquea una ceja. —Eso no es una excusa, hermano. Tienes que encontrar a Jamie y disculparte con ella. La avergonzaste delante de todos. La única razón por la que no fui tras ella es porque dijo que no lo hiciera, y pensé que podría necesitar algo de espacio, pero creo que apreciará una disculpa sincera de tu parte.

Arjo simplemente me lanza una mirada de desaprobación hasta que me pongo de pie. —Lo entiendo, joder.

Camino por la calle tenuemente iluminada, los letreros de neón del bar parpadeando en el borde de mi visión. No hay muchos lugares a los que podría haber huido en este pueblo, y este bar es uno de ellos. El aire nocturno está cargado con el olor del asfalto mojado por la lluvia y el lejano zumbido del tráfico.

Mis pies se detienen cuando escucho un ruido ahogado proveniente del callejón. El sonido de una pelea llega a mis oídos, y mi corazón late con más fuerza.

¡Mierda!

Inmediatamente doblo la esquina y la escena frente a mí hace que mi sangre hierva.

Jamie está presionada contra la pared de ladrillo mugriento, y un tipo de uno de los MC más pequeños la está besando. El tatuaje en su mano derecha lo delata como miembro de Spider. La pandilla es lo suficientemente pequeña como para que ni siquiera los consideremos rivales, pero aún así hacen negocios en la zona.

El callejón es estrecho, las paredes se cierran como un tornillo, y el hedor a basura y cerveza rancia es abrumador.

Sin pensar, me abalanzo hacia adelante, agarro al tipo por el cuello y lo aparto de Jamie de un tirón. La sensación de su chaqueta grasienta bajo mis dedos solo alimenta mi rabia. Lanzo mi puño, conectando con su mandíbula, el impacto reverberando por mi brazo.

—¿Qué demonios, tío? —Se tambalea hacia atrás, maldiciendo, acunando su mandíbula ahora rota entre sus manos.

—Te has metido con el tipo equivocado —escupe. Pero cuando finalmente ve mi cara, el reconocimiento brilla en sus ojos. El miedo reemplaza su ira cuando se da cuenta de quién soy.

—Jaguar —murmura, su voz temblando. Definitivamente es consciente de la reputación de nuestra pandilla, y veo cómo lo aterra. Se pone de pie tambaleándose y sale corriendo, sus pasos haciendo eco en el callejón.

Quiero perseguirlo, hacerle pagar por lo que ha hecho, pero no puedo dejar a Jamie aquí. Me vuelvo hacia ella, mi respiración entrecortada.

—¿Estás bien? —pregunto, mi voz áspera de preocupación.

Ella asiente, sus ojos abiertos y llenos de lágrimas contenidas. Extiendo la mano, apartando suavemente un mechón de pelo de su cara. La sensación de su piel suave bajo mis dedos, el tenue aroma de su perfume mezclándose con el hedor del callejón, el sonido de sus respiraciones temblorosas... todo comienza a abrumarme.

Maldigo por lo bajo y doy un paso atrás.

—¿En qué demonios estabas pensando al salir corriendo así? —pregunto, mi voz baja y áspera. Mi cuerpo tiembla, irradiando oleadas de ira—. ¿Sabes lo imprudente que fue salir así cuando estamos en territorio de pandillas, eh? —He perdido el control, pero me importa un carajo—. ¿Qué habría pasado si no hubiera aparecido cuando lo hice? ¿Qué habría ocurrido?

Jamie sorbe por la nariz, tirando del dobladillo de su vestido hacia abajo. Incluso en sus peores momentos, sigue siendo increíblemente hermosa. Sus labios están hinchados y su ropa desaliñada, pero aun así es la mujer más atractiva que he visto jamás. Es profundamente inquietante.

—Estoy bien. No deberías haber venido tras de mí —espeto, evitando el contacto visual conmigo.

—Oh, ¿estabas tan bien que tuve que salvarte? —Mi voz se vuelve más áspera a pesar de mis intentos de permanecer impassible.

—¡No necesitaba que me salvaras! ¿Cómo sabías que no estaba intentando acostarme con alguien? —murmura enojada, cubriéndose el cuerpo con la chaqueta.

De repente, la necesidad de golpear algo hasta reducirlo a polvo enrojece mi visión. Por un momento, pensamientos de ellos dos cruzan por mi mente. Sus labios sobre los de ella, un suave gemido escapando de sus labios mientras se pone de puntillas... sus manos recorriendo su cuerpo, sintiendo cada una de esas curvas irresistibles, sus ojos llenándose de lujuria. Cada pensamiento me atormenta más hasta que apenas puedo soportarlo.

Me muevo hacia adelante hasta que la tengo contra la pared y mis manos aterrizan en su cintura. Ella jadea.

—¿Arlo? —susurra mi nombre, sus ojos azules escrutando mi rostro.

Inclino su rostro hacia el mío mientras me acerco.

—Me vuelves verdadera, absoluta, completamente loco —murmuro, mi frente presionada contra la suya—. Si buscabas alivio, solo tenías que pedírmelo —declaro, acariciando sus labios con mis dedos. Necesito quitar la sensación y el sabor de ese hijo de puta de sus labios ahora.

—Arlo —susurra, su tono suplicante.

No debería querer probarla, pero lo hago. Quizás sea el alcohol, o la luz de la luna. Tal vez sea un poco de ambos. Todo lo que sé es que deseo lo único que nunca debería anhelar. Ella.

A la mierda.

Gimo profundamente y agarro su cabello con fuerza mientras mis labios se estrellan contra los suyos. Ella gime contra mis labios y se abre para mí, necesitando más. Cada pensamiento se desvanece mientras ella envuelve sus brazos alrededor de mi cuello, su cuerpo pegado al mío.

—Maldición —murmuro contra sus labios—. Sabes tan dulce. —La levanto contra la pared, y sus piernas se envuelven alrededor de mis caderas mientras su vestido se abre por la abertura de su muslo—. Dulce como el pecado.

Ella me deja devastar sus labios, besarlos, morderlos, marcarlos.

Sus pequeñas manos se deslizan por mi pecho, sintiendo los músculos, acariciando, explorando como si fuera la primera vez que toca a otra persona. Se frota descaradamente contra mí, presionándose más y más cerca, sus movimientos coincidiendo con las caricias de mi lengua.

Sus movimientos atrevidos, aunque inocentes, son suficientes para convertirme en un animal furioso.

Mi tacto es inquieto mientras mis manos recorren su cuerpo. La forma en que mueve sus caderas mientras me devuelve el beso me vuelve loco. Es casi como si no pudiera tener suficiente de mí. Es demasiado y no suficiente a la vez.

Capítulo Cinco

Jamie

Mi cuerpo está ardiendo. Siento como si mi corazón fuera a atravesar mis costillas.

Debería decirle que pare. Debería poner fin a esto mientras todavía pueda. Pero eso no es lo que quiero. Y por primera vez en mi vida, voy a tirar la precaución por la ventana y ceder a mis necesidades.

Quiero tomar el control de mi cuerpo. Quiero ser tocada.

Quiero a este hombre.

La mano de Arlo se enreda en mi pelo y lo agarra con fuerza. Si alguien me hubiera dicho que estaría en un callejón oscuro, siendo devorada por Arlo, les habría dicho que dejaran de decir tonterías porque nunca sucedería.

¿Pero ahora? Supongo que soy yo la que debería dejar de decir tonterías. De hecho, probablemente debería ir a que me revisen la cabeza.

Supe que era un problema desde el momento en que lo vi en la puerta de entrada de mi abuelo y casi perdí la capacidad de formar frases coherentes. Su actitud fría inicialmente me desconcertó, pero nadie podía ignorar lo guapo y rudo que se veía, mirándome como si fuera un gran inconveniente del que no podía esperar para deshacerse.

A pesar de haber empezado con el pie izquierdo, había ocupado mis pensamientos más de lo que me atrevía a admitir. Verlo de nuevo después de todos estos años fue como un golpe en el estómago. Se había vuelto aún más atractivo, si es que eso era posible. Su presencia era magnética, atrayéndome. Me sentía atraída hacia él como una polilla a la llama.

Cada vez que nuestras miradas se cruzaban en una habitación, mi pulso se aceleraba y mi respiración se entrecortaba. Era exasperante. Me enorgullecía de ser fuerte e independiente, y sin embargo aquí estaba, reducida a un manojito de nervios por un hombre que apenas reconocía mi existencia.

Su actitud fría no había cambiado; si acaso, se había vuelto más pronunciada. Pero había

momentos, fugaces y raros, en los que captaba un atisbo de algo más suave en sus ojos. Esos momentos me mantenían enganchada, como un pez en un anzuelo.

Y ahora, sus labios están sobre los míos. Debería protestar. Abofetearlo. Algo. Pero estoy demasiado sorprendida para reaccionar. El beso es inesperado, una colisión de labios que envía ondas de choque por todo mi cuerpo. Sus manos son ásperas, encallecidas por años de trabajo duro y peleas, pero acunan mi rostro con una sorprendente suavidad. Mi mente es un torbellino de confusión y deseo. ¿Cómo llegamos aquí? ¿Cómo dejé que esto sucediera?

Debería apartarlo, recordarle todas las razones por las que esto es una mala idea. Pero mi cuerpo me traiciona, inclinándose hacia él, ansiando más. Sus labios son insistentes, exigiendo una respuesta, y siento el poder de su lengua empujando contra mis labios mientras los separa. Hace que mis rodillas se debiliten.

Me encuentro cediendo, besándolo de vuelta con un fervor que me sorprende incluso a mí. Es como si una presa se hubiera roto, liberando una inundación de emociones que ni siquiera sabía que era capaz de sentir.

Un calor no deseado atraviesa mi cuerpo cuando clava sus dedos en mis costados. Su beso es ardiente, casi castigador. Puedo sentir su ira y frustración a través del beso. No quise gritarle, pero estaba increíblemente agradecida de que apareciera cuando lo hizo. También estaba en un estado vulnerable.

¿Qué hubiera pasado si Arlo no hubiera aparecido? Las cosas podrían haberse puesto mucho peor. De no ser por él, la situación podría haber tomado un giro oscuro bastante rápido.

Pero entonces, tuvo que empeorar las cosas gritándome, como si ser agredida no fuera suficiente. Me hizo sentir débil, dependiente, y odiaba esa sensación más que nada.

De repente, su mano está entre mis piernas. Jadeo, rompiendo el beso y levantando la mirada para encontrarme con su mirada ardiente.

—Mojada —susurra—. Has empapado tu ropa, nena, y todo lo que he hecho es besarte.

Arlo besa mi cuello antes de chuparlo con fuerza, una y otra vez, dejando besos ligeros en mi pecho a través de mi ropa, y luego en mi vientre mientras baja hasta ponerse en cuclillas frente a mí, levantando mi pierna derecha sobre su hombro. Me muerdo el labio y paso una mano por su pelo, agarrándolo con fuerza mientras intento con todas mis fuerzas contener mis gemidos.

—No me ocultes tus gemidos. Quiero escucharlos —murmura, sus labios rozando mi ropa interior de encaje—. Quiero que todos en un radio de un kilómetro te oigan gemir. Solo para mí.
—Me besa directamente a través de mis bragas, y jadeo, mis caderas moviéndose involuntariamente.

—Arlo —advierdo—, cualquiera podría pasar y vernos.

Él levanta la mirada, sus ojos destellando con ira. —¿Acaso parezco que me importa una mierda? —me pregunta antes de agarrar mi otra pierna y ponerla también sobre su hombro. Me jala más cerca hasta que estoy completamente apoyada contra la pared con las piernas abiertas para él, y aparta mi tanga de encaje a un lado. En ese momento, estoy tan contenta de estar usando algo sexy.

Arlo me mira a los ojos mientras su lengua acaricia mi sexo, y siento el frío metal de su piercing contra mi clítoris. Un fuerte gemido escapa de mi boca y me tapo con la mano, avergonzada.

—¿Sabes lo cliché que es que tengas un piercing en la lengua? —logro decir entrecortadamente, tratando de ocultar cuánto me gusta después de ese vergonzoso gemido.

Arlo ve a través de mí. Suelta una risa oscura. —Ese no es el único lugar donde tengo uno.

Joder, ¿está sugiriendo...?

A través de mis pesados párpados, veo sus ojos verdes iluminarse con deseo en el oscuro callejón.

Su cabeza se inclina, y entonces su boca está en mi sexo, devorándome como un hombre poseído.

—Oh, mierda —jadeo pesadamente. La bola de metal de su piercing golpea mi clítoris repetidamente mientras continúa follando mi coño con su lengua perforada salvajemente. Salen ruidos de su garganta mientras me saborea con una pasión que roza la adoración.

Mis gruñidos se convierten en gemidos, sus gemidos en quejidos, y oigo a Arlo decir con sus labios contra mi clítoris: —Vamos, Jamie, tómallo. Tómallo de mí.

Echo la cabeza hacia atrás, rompiendo el contacto visual.

—No —me dice—. Ni se te ocurra apartar la mirada. Mírame y observa cómo te follo con mi

lengua. Mira, y graba esta imagen en tu mente.

Me estremezco de placer. Mi centro palpita con una extraña intensidad. No puedo creer que esté disfrutando tanto que me digan qué hacer. Hago lo que me dice y mantengo su mirada. Observo cómo vuelve su atención a mi sexo.

Sujeta mis caderas con fuerza mientras su lengua juega con mi clítoris, su ritmo constante mientras me vuelve loca lentamente. Se ríe contra mi piel.

—Deliciosa y tan jodidamente mojada.

Empuja su lengua dentro de mí, rozando un punto que me hace suplicar por más. —Arlo —gimo—. Por favor.

Su lengua dibuja círculos alrededor de mi clítoris hasta que me tiene jadeando y delirante. La forma en que me mantiene al borde es injusta, y aprieto mi agarre en su pelo, empujando mis caderas contra su cara con más fuerza.

Es emocionante, este hombre fuerte y poderoso, comiéndome como si hubiera estado hambriento durante años. Soy yo quien está haciendo que este hombre pierda cada pizca de control que tiene y el pensamiento me hace sentir... poderosa.

Casi pierdo el control cuando introduce dos dedos en mí y los presiona contra el dulce punto en mi interior, su lengua jugando con mi clítoris. Cada vez que me lleva cerca, ralentiza, decidido a castigarme.

—Por favor, Arlo. Por favor.

Se aparta un poco para mirarme. —¿Volverás a escaparte así, sin ninguna jodida protección?

—No —juro—. Nunca más.

—Buena chica —susurra antes de succionar mi clítoris, llevándose de nuevo al borde.

—Este coño —susurra contra mi clítoris—. ¿De quién es?

Tiro de su pelo, desesperada. —Es tuyo, Arlo.

Sonríe y desliza un dedo en mi vagina, y luego otro, y un tercero tantea el apretado agujero, y

exploto, corriéndome en su lengua. Grito mientras me rindo a un tornado de dolor y sensación, cayendo en una tormenta de éxtasis y placer tan crudo y feroz que mi útero se contrae con fuerza. Grito mientras este clímax me atraviesa, abriendo un agujero directamente en mí como un martillo a través de una placa de yeso. Apenas puedo ver, apenas puedo oír. Solo es sentir, sentir, sentir mientras me corro con la piel en llamas y los músculos chisporroteando.

Probablemente la gente me oyó a kilómetros de aquí, pero ya no me importa.

Besa mi muslo mientras bajo de mi éxtasis, mi respiración errática y mi ropa hecha un desastre. Es como si nunca hubiera tenido un orgasmo antes. Es como si mi cuerpo hubiera estado preparándose para este tipo de orgasmo, uno que destroza mis expectativas y hace volar mis sueños de cuento de hadas.

Arlo baja suavemente mis piernas y limpia mis jugos de sus labios. Nuestras miradas se encuentran y, de repente, sus muros vuelven a levantarse. Lo veo suceder. Es como si se cerraran las cortinas al final de una obra. —¿Estás bien? —pregunta.

Asiento y trago nerviosamente, mi mirada cayendo sobre el grueso bulto en sus pantalones. Se me hace la boca agua al verlo. Extiendo la mano para tocarlo, pero él agarra mi mano y evita mi mirada. Niega con la cabeza, sus ojos encendidos con algo oscuro y enojado.

—Tenemos que irnos —dice como si nada, como si ni siquiera me conociera, como si no me hubiera dado el mejor sexo oral de mi vida.

Lo miro sin comprender. ¿Qué acaba de pasar? Me había besado como si quisiera devorarme y me había dado el mejor orgasmo de mi vida, pero ¿trazaba la línea en mi toque? Aparto mi mano de su agarre, luchando contra las lágrimas de rabia que pican en mis ojos.

Me muerdo la lengua para no soltar un comentario mordaz. —Vale.

El camino de vuelta con Arlo es de lo más incómodo. Su brazo rodea firmemente mi cintura, medio cargándome mientras camina rápidamente, con una expresión sombría en el rostro. Puedo sentir la tensión que emana de él, y sé que está tan conmocionado como yo por lo que acaba de suceder, aunque intenta ocultarlo.

Las farolas proyectan largas sombras en el pavimento, y el aire nocturno es fresco contra mi piel, un marcado contraste con el calor del momento que acabamos de experimentar.

El lejano zumbido del tráfico y el ocasional canto de los grillos son los únicos sonidos que rompen el silencio entre nosotros.

Cuando finalmente llegamos al taller, Teddy y Arjo están esperando afuera, sus rostros inmediatamente registran preocupación al vernos acercarnos. El taller está vacío y tenuemente iluminado, la única bombilla que cuelga del techo proyecta largas sombras sobre el suelo de concreto. Parece que todos se han ido por la noche, probablemente al bar.

El aire está impregnado con el olor a aceite de motor y grasa. El coche de Arlo permanece estacionado en el centro del taller, su elegante exterior negro brillando bajo la tenue luz.

Arjo y Teddy intercambian una mirada, percibiendo el ambiente obviamente tenso entre Arlo y yo.

Está claro que pueden notar que algo ha sucedido entre nosotros. Arlo, sin embargo, no está de humor para discutirlo. Rápidamente me pasa a Teddy, evitando mis ojos mientras murmura:

—Solo voy a irme a casa.

Los brazos de Teddy me rodean de manera protectora, y casi puedo oír las preguntas burbujeando en su garganta. Los ojos de Arjo están abiertos de preocupación, alternando entre la figura en retirada de Arlo y mi propio estado desaliñado.

—¿Qué pasó? —pregunta Arjo, su voz una mezcla de ira y preocupación.

Respiro profundamente, tratando de calmar mi corazón acelerado. El tenue aroma de la colonia de Teddy, una mezcla de madera de cedro y cítricos, es extrañamente reconfortante.

—Arlo me salvó —dije simplemente, con la voz apenas por encima de un susurro.

Les explico todo lo sucedido, omitiendo lo que pasó entre Arlo y yo.

La ira que cruza sus rostros me humilla. Arjo aprieta el puño, una sombra oscura cruzando su rostro, mientras Teddy aprieta su agarre en mis hombros.

Arjo inhala bruscamente, camina hacia adelante y acuna mi rostro. Resisto el impulso de inclinarme hacia sus manos.

—A la mierda todo lo que pasó. Me alegro de que estés bien. Eso es lo único que importa.

No me presionan para obtener más detalles, percibiendo que aún no estoy lista para revivir la experiencia.

—Vamos, volvamos a casa —dice Arlo.

Mientras me subo al coche de Arlo, siento que una mezcla de alivio y agotamiento me invade. Los ojos de Arlo se encuentran brevemente con los míos en el espejo retrovisor, y me ofrece una sonrisa tensa, que logro devolverle.

Conducimos en silencio, el zumbido del motor es un fondo tranquilizador para mis pensamientos acelerados. Me reclino en el asiento, cerrando los ojos y dejando que los acontecimientos de la noche se desvanezcan en el fondo. Lo que sucedió fue abrumador, pero estoy rodeada de personas que se preocupan por mí, y por ahora, eso es suficiente.

Capítulo Seis

Teddy

Los humanos pueden ser hipócritas. Acuden a ti cuando necesitan tu ayuda, pero en el momento en que dejas de serles útil, te conviertes en el hazmerreír de todo el vecindario.

Es una dura lección que he tenido que aprender a lo largo de los años.

Las acciones y motivos de las personas son tan predecibles que casi siempre puedo preverlos. Supongo que es el inconveniente de ser tan inteligente. Siempre puedo ver a través de sus mentiras, y eso me ha facilitado manipularlos. Todo lo que tengo que hacer es sonreír y consigo lo que quiero.

Soy el chico dorado perfecto.

Sin embargo, debajo de todo eso, nunca me he llevado bien con los demás.

Sí, puede que use mi encanto para salirme con la mía, pero solo es para ganar un favor aquí, una conexión allá y un revolcón por todas partes.

De ninguna manera es para reunir superfans y chicas con ojos soñadores.

De hecho, solo he jugado con los demás para que caigan exactamente en el lugar del tablero de ajedrez donde quiero que estén.

La fuerza excesiva es para brutos que no tienen la capacidad de usar la cabeza. Y aunque definitivamente puedo defenderme si se llega a la violencia, no es exactamente mi forma preferida de hacer las cosas.

Crecí en el sistema de acogida, saltando de un hogar a otro. Mis padres murieron cuando era joven y no había nadie más que pudiera hacerse cargo de mí. Aprendí desde temprano que la única persona en la que podía confiar era yo mismo. Usé mi encanto e inteligencia para sobrevivir, manipulando situaciones a mi favor. No era la forma más honesta de vivir, pero me mantuvo con vida.

La escuela secundaria fue una pesadilla. Era el chico guapo con las mejores calificaciones al que

los profesores mimaban, y eso me convirtió en un objetivo. Me acosaban sin piedad. Podía ganar si venían uno por uno, así que siempre venían en grupos.

Me golpearon más veces de las que puedo contar. Me escupían, me quitaban los zapatos, me estropeaban los libros... pero nunca me rendí. Así fue como conocí a Arlo y Arjo. Los gemelos pasaron por casualidad un día en el parque después de la escuela donde diez chicos me estaban atacando.

La escena no les sentó bien, así que intervinieron y se pusieron de mi lado. Fue un desastre. Nos dieron una buena paliza, pero con ellos de mi lado, ganamos. Nos convertimos en un trío, inseparables a pesar de que yo era un año mayor que ellos. Su presencia no detuvo el acoso, sin embargo. No. Los niños pueden ser brutales. Solo hizo que hicieran cosas peores.

Una noche, después de una pelea particularmente brutal, sufrí una conmoción cerebral tras ser golpeado en la cabeza con un bate de béisbol. Arlo y Arjo me arrastraron a su casa con Freddie. Él me miró una vez y vio mi potencial.

Eso fue todo. Me acogió, me dio un lugar donde quedarme y, por primera vez en mi vida, sentí que tenía un hogar. Freddie era un hombre tosco y no ofrecía mucho afecto, pero me envió a una buena universidad y me animó a estudiar negocios. Me dio la oportunidad de hacer algo de mí mismo.

Sabía que la universidad era cara, así que me dediqué por completo a mis estudios y obtuve una beca completa para que los bolsillos de Freddie no sangraran. Trabajé el doble que cualquiera y terminé consiguiendo una pasantía en una gran empresa.

Se suponía que sería mi gran oportunidad, una pasantía prestigiosa en una de las compañías más grandes del distrito financiero. Era todo por lo que había trabajado, todo hacia lo que Freddie me había empujado. Pero mientras estaba sentado en mi cubículo, todos los días, mirando hojas de cálculo e interminables flujos de datos, no podía sacudirme la sensación de que faltaba algo.

La oficina era un espacio elegante y moderno con ventanales del suelo al techo que ofrecían una vista impresionante del horizonte de la ciudad. El zumbido de las computadoras y el suave murmullo de las conversaciones llenaban el aire. El aroma del café recién hecho se extendía por la oficina, mezclándose con el tenue olor a colonia cara. Era todo y más de lo que había soñado en la universidad. Pero era una sobrecarga sensorial y nada de eso se sentía real para mí.

Estaba rodeado de personas motivadas, ambiciosas, pero, francamente, aburridas. Vivían para el

próximo gran negocio, el próximo ascenso, el siguiente paso en la escalera corporativa. Pero para mí, todo se sentía tan mundano porque podía ver que todos eran solo hámsteres en una rueda. A los peces gordos para los que trabajábamos no les importábamos en absoluto, y los ascensos por los que lo dábamos todo serían otorgados a niños mimados y ricos al azar debido al nepotismo.

Un día, mientras trataba de darle sentido a otro informe que me adormecía la mente, escuché una voz familiar y molesta detrás de mí.

—Teddy, ¡mi hombre! ¿Cómo va todo? —Era Derek, el hermano menor del dueño de la empresa. Era todo lo que desprecio en una persona: arrogante, engreído y completamente ignorante sobre cómo dirigir un negocio.

—Hola, Derek —respondo, forzando una sonrisa—. Solo estoy trabajando en este informe.

—Sí, sí, informes. Cosas aburridas, ¿verdad? —dice, dejándose caer en la silla a mi lado—. Oye, deberías salir con nosotros esta noche. Vamos a ir a este nuevo club en el centro. Hay una universidad cerca también, así que habrá mucha carne fresca en faldas cortas para todos. Va a ser épico.

No puedo evitar arrugar la nariz ante sus palabras. Es asqueroso. —Se supone que debemos encargarnos del trato de Denali Foods. Y tú eres quien me dio el informe.

Estoy haciendo su trabajo. Si las cosas no se entregan cuando se deben, él me echará toda la culpa. ¿Cómo diablos se supone que voy a salir con él?

Derek puede sentir la acusación en mi voz y entrecierra los ojos hacia mí. —¿Ves? Es exactamente porque eres este tipo de chico que tú eres el que está haciendo ese informe y no yo. Tienes que aprender a relajarte y vivir un poco.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco. —Gracias, pero creo que paso. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Como quieras —dice encogiéndose de hombros mientras se pone de pie—. Pero no digas que no te invité.

Mientras se alejaba, no pude evitar sentir una punzada de frustración. Me di cuenta de que no era lo que quería. Ese no era yo. Necesitaba algo más, algo real.

Unas semanas después, me encontré de vuelta en casa, de pie en la oficina de Freddie. El

familiar olor a cuero y aceite de motor llenaba el aire, un fuerte contraste con el ambiente estéril de la oficina en la ciudad.

—Freddie, quiero volver —dije con voz firme.

Freddie levantó la vista de su escritorio, entrecerrando los ojos. —¿De qué hablas, Teddy? Tienes una gran oportunidad en la ciudad. Deberías aprovecharla.

—No la quiero —insistí—. No es para mí. Todo es tan mundano y aburrido. Quiero estar aquí, contigo, con el MC. Este es mi lugar.

Freddie suspiró, reclinándose en su silla. —Teddy, eres brillante. Tienes la oportunidad de hacer algo de ti mismo allá afuera. ¿Por qué querrías tirar eso por la borda?

—Porque no es quien soy —respondí—. No quiero pasar mi vida persiguiendo ascensos y haciendo cálculos. Quiero estar aquí, donde puedo marcar una verdadera diferencia, donde puedo ayudarte.

Freddie me estudió por un largo momento, su expresión indescifrable. Finalmente, asintió. — Está bien, Teddy. Si esto es lo que realmente quieres, no te detendré. Pero debes saber que no será fácil.

—Lo sé —dije, con una sonrisa tirando de mis labios—. Pero estoy listo para ello.

Y así, sin más, estaba de vuelta donde pertenecía. La ciudad tenía sus oportunidades, pero no era para mí. Necesitaba la determinación, el desafío, el sentido de familia que encontraba con Freddie y la pandilla.

Con mis conocimientos y habilidades, limpiar el dinero del MC se volvió mucho más fácil. Expandimos nuestras operaciones y ganamos más dinero del que jamás hubiéramos pensado posible. Pero no se trataba solo del dinero. Se trataba de lealtad, de familia. Freddie me había dado una oportunidad, y no iba a defraudarlo.

Todavía se siente extraño que no esté aquí.

Estoy de pie en la cocina, apoyado contra la encimera con una taza de café en la mano. Normalmente, Freddie estaría a mi lado y estaríamos hablando sobre el bar.

Son mañanas como esta las que me hacen sentir más su ausencia. Solo trato de mantener una

actitud positiva, tanto por mí como por todos los demás. No hay razón para llorarle cuando aún está vivo. Tengo que creer que estará bien. Es demasiado duro para irse así sin más.

Oigo las escaleras crujir ligeramente y miro justo a tiempo para ver a Jamie tropezar en la cocina, con aspecto de tener una ligera resaca.

No puedo evitar la sonrisa que tira de las comisuras de mis labios cuando la veo.

Su cabello rubio está recogido en un moño descuidado, y sus ojos azules están nublados pero aún impactantes. Incluso en su estado desaliñado, se ve tan hermosa.

Sacudo la cabeza y río por lo bajo. Es adorable. No puedo imaginar cómo alguien querría hacerle daño. Todavía me molesta pensar en el bastardo que la había atacado. Gracias a Dios que Arlo estaba allí para ayudarla. ¿Quién sabe qué habría pasado si no hubiera ido a buscarla?

Jamie me ve cuando entra en la cocina y me da una sonrisa cansada. —Hola, buenos días —me saluda.

—Buenos días, sol —digo, sorbiendo mi café—. ¿Tienes resaca?

Ella gime. —Sí. Definitivamente no debería haber bebido tanto.

—Mmm, absolutamente no deberías. —Alcanzo detrás de mí para agarrar el té que había preparado para ella—. Esto debería ayudar con la resaca.

Ella toma la taza con una sonrisa agradecida. —Gracias, Teddy.

Da un sorbo y sus ojos se abren. —¡Hmm, esto sabe tan bien!

Sonrío. —Aprendí algunos trucos en la escuela de negocios. Los chicos de finanzas saben festejar, ¿sabes?

Sin querer, mis ojos siguen su lengua, trazando sobre sus labios mientras se los lame.

Maldición... ¿cómo puede ser tan sexy?

Recuerdo sus labios ayer, idénticos a los de Arlo en lo hinchados que estaban. Era obvio que algo había sucedido entre los dos que era más de lo que ella le había contado a Arjo y a mí. Él se había ido tan rápido ayer, e incluso se fue temprano al garaje para trabajar esta mañana a pesar de

que él y Arjo se suponía que iban a hacer las pruebas de mercancía juntos.

Arjo se fue como una hora después que él. Creo que, al igual que yo, sospecha que Arlo está tratando de evitar a Jamie por alguna razón.

Tengo curiosidad, pero si nadie está diciendo nada, entonces me quedaré callado. Tengo el presentimiento de que eventualmente llegaré a saberlo todo pronto.

—¿Vamos al bar hoy? —pregunta mientras termina su té.

—Sí, te estaba esperando —le digo mientras me apoyo contra la encimera de la cocina.

—Oh, Dios mío —rápidamente pone la taza vacía en la encimera—. Tengo que ir a prepararme. Dame diez minutos, bajaré enseguida.

—¡Tómate tu tiempo! —grito mientras corre escaleras arriba.

Agarro su taza mientras termino mi propio café, lavando ambas distraídamente. La luz de la mañana se filtra por la pequeña ventana sobre el fregadero, proyectando un suave resplandor en la habitación. El zumbido de la nevera es el único sonido, un ruido de fondo constante al que me he acostumbrado a lo largo de los años.

Freddie siempre solía lavar los platos inmediatamente después de usarlos. Supongo que lo aprendí de él.

Sabiendo que probablemente estaremos fuera de casa todo el día, le preparo el desayuno a Jamie: huevos revueltos y tostadas. Acabo de terminar de poner la mesa cuando ella baja.

Lleva unos shorts que abrazan sus caderas ajustadamente y muestran sus tonificadas piernas. Su camiseta de tirantes descansa ligeramente por encima de su cintura, y mis ojos inmediatamente se posan en el pálido parche de piel allí.

—Vaya, me estás consintiendo —jadea mirando la comida en la mesa del comedor—. Pensé que nos iríamos de inmediato.

Su aroma a vainilla y fresa me golpea directamente en la cara y apenas logro contenerme de olfatear el aire como una especie de perro.

—No había manera de que te dejara salir de casa con hambre —respondo, ocultando cuánto me

afecta—. Además, mereces ser consentida.

Ella se ríe, un rubor tiñendo sus mejillas mientras desvía la mirada, azorada. —Deja de bromear, Teddy.

Me río ligeramente. Pero mientras la observo, todo lo que puedo pensar es que no estoy bromeando.

Después del desayuno, Jamie y yo salimos hacia mi coche.

—¿Podemos ir en tu moto en su lugar? —Parece emocionada—. El clima está genial.

Le revuelvo el pelo ligeramente.

—Quizás otro día. Estamos haciendo todo lo posible por mantenerte alejada de las motos, ya sabes, ya que vamos a conducir por rutas de pandillas. Después de lo que le pasó a Freddie, no es seguro.

Jamie se desinfla un poco.

—Oh —Sube al coche sin quejarse después de eso.

El sol de la mañana se filtra a través del parabrisas, proyectando un cálido resplandor dorado sobre el salpicadero. El aire es fresco, trayendo el tenue aroma a pino de los árboles que bordean la entrada. Mientras salimos a la carretera, el zumbido del motor y el suave silbido de los coches que pasan crean un relajante telón de fondo para nuestro viaje.

El cielo es de un azul perfecto, sin nubes, y el mundo se siente tranquilo, casi sereno. Tiene razón. Este habría sido el momento perfecto para dar un paseo en mi moto. Solo estamos siendo extra cuidadosos. No sabemos si tenemos enemigos planeando otro ataque.

Parece que mis palabras también han hecho que Jamie piense en ello. No pretendía arruinar el ambiente.

—No te preocupes demasiado —rompo el silencio, mirándola de reojo—. Freddie superará esto. Es muy fuerte.

Jamie me mira, pareciendo desconcertada de que pudiera adivinar lo que estaba pensando.

—Ah, sí. Lo sé —Sonríe con nostalgia—. Todos parecéis conocerlo tan bien.

—Por supuesto. Él nos crió. Es la razón por la que sé lo que es una familia. Si no me hubiera acogido, probablemente no habría llegado tan lejos. La inteligencia y la ambición no significan nada cuando no tienes a nadie que te apoye. Freddie fue esa persona para mí —Estoy divagando, tanto que no me doy cuenta de su expresión.

Jamie se burla con amargura, con los ojos fijos en la carretera.

—Ojalá hubiera sido tan comprensivo conmigo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, con voz suave, tratando de entender el dolor detrás de sus palabras.

Suspira profundamente.

—Mi abuelo era un gran hombre para todos menos para mí.

—Tal vez era duro contigo porque te quería —sugiero, esperando ofrecer algo de consuelo.

—¿Entonces por qué me envió a un internado a la primera oportunidad que tuvo? —espeta, su voz afilada por un dolor no resuelto.

Me muerdo la lengua. No sé qué decir a eso, el silencio entre nosotros se vuelve pesado.

Finalmente llegamos al bar, el letrero de neón parpadeando en la luz de la tarde. Jamie se vuelve hacia mí, su expresión suavizándose.

—No hablemos de cosas pesadas. Solo enséñame cómo hacer las cosas.

Asiento.

—Claro. Eso puedo hacerlo.

Sale del coche y se dirige adentro, y la observo marcharse, una extraña sensación asentándose en mi pecho. Ha pasado mucho tiempo desde que me preocupé genuinamente por alguien de esta manera. Y, como era de esperar, me asusta.

Capítulo Siete

Jamie

Las campanillas tintinean cuando la puerta se abre y Teddy y yo entramos en el Merry Maker. Me detengo, absorbiendo el ambiente familiar, el espacio bullicioso lleno de risas y conversaciones ruidosas. El olor a madera pulida, humo y cerveza flota en el aire, golpeándome con una dosis de nostalgia.

El lugar no ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí, y vaya, eso fue hace mucho tiempo. Mi mirada vaga por un minuto mientras observo los recuerdos de motocicletas vintage, los asientos de cuero en los reservados y los letreros de neón. Mientras estoy allí escaneando el interior, los recuerdos de una vida lejana vuelven a mí.

Aunque todo parece igual, noto algunas diferencias sutiles. Como la vieja rockola, que ha sido reemplazada por una elegante máquina digital. Mis ojos se detienen en la mesa de billar en la esquina. Todavía está allí, pero el tono del fieltro es diferente. Ahora es de un azul profundo y no el verde descolorido que recuerdo.

—Bienvenida de nuevo al corazón de la operación —la voz de Teddy me saca de mis pensamientos.

Por un momento, casi había olvidado que estaba detrás de mí... y la conversación que habíamos tenido en el coche. Realmente quiero barrer todo eso debajo de la alfombra ahora mismo.

Lo miro con un suave suspiro. —Es interesante cómo tanto permanece igual, pero todo es diferente.

Me da una sonrisa que dice que nuestra conversación anterior está siendo relegada al fondo. —Hice lo mejor que pude para mantener la esencia del lugar a pesar de hacerlo más moderno.

—Sí. Puedo ver eso —respondo casualmente. Estoy agradecida de seguir adelante—. Me encanta cómo lograste mantener el lugar funcionando.

Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa, sus ojos brillan con orgullo. —Gracias —Teddy exhala bruscamente—. Hay mucho que ponerte al día mientras te muestro las cuerdas.

—¡Oye! ¿Cuánto tiempo va a tomar conseguirle a un tipo una cerveza, eh? —La voz profunda y áspera de un hombre retumba por todo el bar, goteando con un intenso acento británico. Sus ojos se entrecierran hacia la chica tatuada detrás del mostrador mientras golpea una palma sobre la barra, haciendo temblar los vasos.

Ella ni se inmuta. En su lugar, simplemente lo mira fijamente. Sus ojos, delineados gruesamente con delineador negro, se fijan en su intensa mirada. Está masticando chicle, sus manos moviéndose con precisión practicada mientras desliza una botella sobre el mostrador hacia él.

—Ese es John Winslow —me dice Teddy, su barbilla señalando ligeramente hacia el hombre rubio y delgado con un abrigo demasiado grande y un sombrero en la cabeza—. Es un alborotador local. Parece estar buscando algo en el fondo de una botella con toda la bebida diurna, pero no te preocupes, es puro ladrido y nada de mordida.

—No me extraña que ella no esté nada molesta por él —me río, lanzando una mirada a Teddy.

—¿Quién, Ruby? Nah —Lanza una mirada rápida a la camarera tatuada, con una mano en el bolsillo—. Tiene hielo en las venas. La chica ha pasado por el infierno y ha vuelto. Se unió a nosotros unos dos años después de que te fueras. Ahora no puedo imaginar el bar sin ella.

—Pareces tenerle cariño —No sé por qué lo digo. Se siente infantil y tonto en el momento en que las palabras salen de mi boca. Aun así, una pequeña parte de mí se pregunta si alguna vez han estado involucrados. Y luego me pregunto por qué estoy pensando en eso en absoluto.

Teddy levanta una ceja ante eso. Sosteniendo mi mirada, dice: —Te tengo cariño a ti.

Mi corazón se salta un latido. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Sabe lo que estaba imaginando?

Sus ojos grises son intensos y no aparta la mirada. Siento un destello de algo sensual creciendo dentro de mí. El hombre es jodidamente atractivo; su atractivo crudo me atrae como una polilla a la llama, y no puedo apartar mi mirada de él. Mi mente, siempre el patio de juegos del diablo, ya está conjurando escenarios desagradables que incluyen a Teddy.

—Muy bien, vamos a familiarizarte con el lugar, ¿de acuerdo? —Su voz rompe el hechizo mientras se aleja. Es como si no hubiera insinuado algo enorme hace un momento.

Me controlo y lo sigo, sintiendo los ojos de todos los clientes sobre mí. Las cabezas se giran cuando paso. Me siento un poco incómoda. No hay muchos miembros del MC aquí ahora ya que

es temprano, pero al llegar la noche el lugar estará lleno.

Pronto, alcanzo a Teddy mientras se desliza detrás del mostrador hacia la oficina al lado del bar. Apenas hemos dado dos pasos cuando alguien llama a la puerta.

—Ruby —dice Teddy, sin siquiera levantar la vista mientras la camarera asoma la cabeza en la habitación.

—¿Es ella? —pregunta Ruby, sus ojos recorriendo mi figura.

Mis cejas se levantan. —¿Disculpa?

Ella masca su chicle. —La nieta pródiga de Freddie, ¿no?

Mi mandíbula cae, y me vuelvo hacia Teddy, atónita. Parece que encuentra esto divertido porque está luchando contra una sonrisa.

—Oh, olvidé mencionar que así es como empezaron a llamarte en el bar anoche —dice.

Tienes que estar bromeando.

—Es más guapa de lo que imaginaba —añade Ruby, su mirada aún posada en mí.

—No te equivocas —El rostro de Teddy se ilumina—. Es una obra de arte, ¿verdad?

Siento que mis mejillas se sonrojan. Está haciendo esa cosa de nuevo: coquetear conmigo tan descaradamente. Es deliberado, y me gusta. Me calienta el corazón y me envía escalofríos por la columna.

—Definitivamente lo es —responde Ruby.

—Vale, ¿podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera literalmente aquí mismo?

—Lo siento. Soy Ruby. Encantada de conocerte —Extiende su mano para un apretón con una sonrisa.

—Supongo que ya sabes mi nombre —Estrecho su mano.

—Jamie Long —dice una voz familiar mientras la puerta se abre por segunda vez.

Un hombre alto y delgado de edad avanzada con un fino vello facial entra. Lleva un traje y un maletín.

Entrecierro los ojos, tratando de escudriñar las facciones del extraño. Sé que se me hace familiar, pero no puedo ubicarlo.

—Hablamos por teléfono —me dice, insinuando su identidad, su voz profunda evocando un recuerdo.

—Eres el abogado del abuelo —declaro, alzando las cejas al darme cuenta. Él fue quien me llamó para que volviera a casa. Había mencionado que vendría a verme, pero lo había olvidado.

Asiente con la cabeza, las arrugas en las comisuras de sus ojos se acentúan mientras coloca su maletín en el mostrador con una sonrisa. —Teddy —saluda cortésmente al hombre cerca de mí.

—Señor Fisk —responde Teddy, y se estrechan las manos.

—Los dejaré solos —dice Ruby y se marcha.

—Estaré afuera para que puedan hablar —me murmura Teddy.

Hablo con el señor Fisk sobre el testamento del abuelo. Se siente terrible tener esta conversación, como si estuviéramos esperando que el abuelo muriera. Pero el señor Fisk dice que necesitamos hablar de ello de todos modos. Una vez más, me sorprende descubrir que el abuelo me puso a cargo de su patrimonio. Les dejó todo lo relacionado con MC a los chicos y luego la casa a Temple y a mí, pero yo soy a quien nombró albacea de todo. Nada puede venderse sin mi permiso.

Cuando terminamos de hablar, me siento confundida. ¿Realmente se preocupaba por mí?

Acompaño al señor Fisk a la salida. —Gracias por su trabajo, señor Fisk.

—No hay problema. Me iré ahora. La dejo en las buenas manos del señor Hudson —dice, estrechando la mano de Teddy nuevamente.

No sé si es obvio que mi estado de ánimo ha decaído, pero Teddy inmediatamente se pone a animarme.

—Muy bien, ya oíste al hombre. Ven aquí y déjame mostrarte lo que estas buenas manos pueden

hacer —bromea.

—No te creas tanto —río agradecida—. Puedo arreglármelas fácilmente por mi cuenta.

—¿Ah, sí? —Cruza los brazos sobre el pecho, abriendo ligeramente los ojos.

—Así es —respondo, radiante de confianza.

—Está bien, de acuerdo —Asiente lentamente mientras camina detrás del mostrador—. Ya que estás tan segura de ti misma, ¿por qué no vienes aquí y me muestras lo que puedes hacer?

Levanto las cejas. —¿Como qué?

—No sé... tal vez la bebida favorita de Freddie —sugiere, encogiéndose de hombros casualmente.

Es una trampa. Vas a fracasar, pienso, pero estoy dispuesta a intentarlo de todos modos. —De acuerdo —Me bajo del taburete—. Observa.

—Oh, confía en mí, lo haré —Se ríe entre dientes, sus ojos ocultando un destello de burla—. Toma —Teddy me entrega una coctelera y una tarjeta de receta—. Veamos cómo preparas el infame cóctel 'Colmillos de Jaguar' de Freddie.

—¿Estás segura de que puedes con esto? —pregunta Ruby, apoyándose en el mostrador con una leve sonrisa, como si supiera que voy a hacer un desastre.

—Sí. ¿Qué tan difícil puede ser? —Me encojo de hombros, mostrando una expresión confiada.

Respiro hondo. *Allá vamos*. Frunzo el ceño mientras mido los ingredientes, mis manos tiemblan ligeramente mientras intento ocultar mi nerviosismo. Puedo sentir sus miradas sobre mí, y honestamente, no ayuda en absoluto. Su atención hace que mi piel se erice.

Mi intento de agitar la mezcla es un completo desastre, ya que descubro rápidamente que es más difícil de lo que parece. El licor salpica por todas partes y tropiezo, casi dejando caer la coctelera.

Teddy se ríe. —¡Wow! Increíble —Aplaude tres veces, su tono burlón—. Eres una natural, Jamie... una natural para hacer desastres.

Mi cara se sonroja, pero también me río, uniéndome a la broma. —Cállate, Teddy —Pongo los

ojos en blanco.

—¿Qué? Eres realmente buena en esto —dice burlonamente—. Creo que deberíamos añadir esto al menú.

Le arrojo una toalla, sonriendo. —No estás ayudando.

—Bueno —Ruby se ríe, sacudiendo ligeramente la cabeza—, si me preguntas, diría que al menos es un esfuerzo creativo —Suspira y se baja del mostrador—. Necesito reponer la cerveza.

—No te preocupes por eso —le dice Teddy—. Jamie y yo nos encargaremos —Se vuelve hacia mí—. Todavía le estoy enseñando las cuerdas de todos modos —Tiene una sonrisa traviesa en los labios.

—De acuerdo —responde ella—. Limpiaré esto mientras tanto —Ruby agarra un trapo.

—Vamos, Jamie —Me toma de la mano y me lleva.

En el almacén tenuemente iluminado, mientras Teddy está agarrando algunas cajas, me apoyo contra la pared, presionando los dedos contra mis sienes. Mi mente está inundada de pensamientos negativos, y estoy luchando por ahuyentarlos. Tenía un trabajo: preparar un maldito cóctel, y logré arruinarlo. ¿Cómo se supone que me haré cargo de este lugar si ni siquiera puedo hacer bien las cosas más básicas?

—Tierra llamando a Long —dice, dejando caer una caja a sus pies mientras me observa.

Levanto la cabeza bruscamente y encuentro su mirada.

—¿Estás bien? —pregunta, entrecerrando los ojos.

Sacudo la cabeza, cubriendo momentáneamente mi rostro con las palmas. —Es solo que... —Mi respiración se entrecorta. Exhalo bruscamente, volviendo mi mirada a la suya—. ¿Y si el abuelo tiene razón? —Veo cómo sus cejas se fruncen con un destello de confusión en sus ojos. Continúo—. ¿Y si no puedo hacer nada bien?

—Eso no suena como algo que Freddie diría sobre su nieta —dice, mirándome con los ojos entrecerrados.

Bufo ligeramente. —Eso es porque es una persona totalmente diferente con sus chicos dorados.

Teddy sonríe, haciendo una broma para alegrar mi estado de ánimo. —Somos bastante dorados,  verdad? —Mueve las cejas—. Nadie puede resistirse a nosotros.

Estallo en carcajadas. —Sí, son bastante encantadores —Hago una pausa, observándolo con una sonrisa p cara en mi rostro.

— Y...? —pregunta, dando un paso adelante, sintiendo que mi declaración est  incompleta.

— Y qué? —pregunto, fingiendo ignorancia.

—Vamos —dice—, te est s conteniendo. Somos bastante encantadores y... quiero oír lo que ibas a decir.

Se para frente a mí, domin ndome con su imponente altura. Mis ojos se fijan en su rostro, y su mirada hace que mi corazón se acelere. No tiene sentido contener mis palabras de todos modos. Estamos solos en esta parte del área del bar. La idea de que algo suceda entre nosotros me provoca escalofríos y hace que mis pezones se endurezcan hasta convertirse en pequeñas y sensibles perlas. —Y yo tampoco puedo resistirme a ti —confieso, mirando sus ojos grises.

Sonríe con suficiencia. — En serio?

Asiento, mi pecho subiendo y bajando lentamente.

— Al menos intentas resistirte? —Su voz es baja y ronca, y est  afectando mi compostura.

Sacudo la cabeza. —No, no lo hago.

—Interesante —Sus ojos bajan a mi escote antes de volver a mi rostro—. Dime.  Cu l de nosotros te gusta más? —Est  tan cerca ahora que puedo sentir su aliento en mi piel.

—No puedo decirlo realmente —respondo, con la voz apenas por encima de un susurro—. Me gust is todos.

—Hmm —Sus dedos acarician mi cabello—.  Incluso Arlo?

La mención de su nombre me lleva de vuelta a la noche en el callejón. Esos pocos minutos de placer oral destellan en mi mente, haciendo que se me corte la respiración. El pensamiento de la lengua de Arlo en mi coño y la sensación de la mano de Teddy acariciando mi cabello ahora mismo está haciendo que mi cuerpo tiemble. Esto es solo un atisbo de cómo se sentiría tenerlos a

todos tocándome y acariciándome al mismo tiempo. La sensación es extática.

—Sí, incluso Arlo —admito.

—Cuando dices que te gustamos, ¿qué quieres decir? —Sus dedos dejan mi cabello y rozan suavemente mi rostro—. ¿Quieres decir que te sentimos atraída por nosotros?

Trago saliva y asiento. —Sí.

Está tan cerca de mí, y estoy de pie con la espalda contra la pared, mi corazón latiendo muy rápido. Puedo sentir la tensión entre nosotros. Mi respiración se vuelve más pesada por minutos.

—¿Qué pasó entre vosotros dos? —Sus ojos taladran los míos.

—Nos besamos —confieso, con la mirada fija en él.

Sonríe con suficiencia y se inclina hacia adelante. Segundos después, sus labios están sobre los míos, y los acepto, respirando profundamente mientras recibo su lengua. Con los ojos cerrados, me deleito en la sensación de su tierno beso, que está lleno de una tensión que me deja sin aliento. Se aparta por un momento, y abro los ojos, tratando de estabilizar los latidos de mi corazón.

—¿Fue así el beso? —pregunta con un susurro electrizante.

—Sí —Asiento.

—¿Qué más hizo?

Me gusta hacia dónde va esto, y no voy a contenerme en absoluto. —Me tocó.

Las manos de Teddy están por todo mi cuerpo, acariciando mi piel y apretando deliciosamente mis pechos, acariciándolos con su tierno toque. Estoy empezando a sentir el abrumador deseo de que vaya más lejos mientras gimo suavemente.

—¿Te gusta lo que estoy haciendo? —pregunta, su voz sin cambiar.

De nuevo, asiento, respirando pesadamente. —Sí.

Se inclina más cerca, presionándose contra mí, y siento su erección; está tan duro en sus pantalones que mis ojos se abren de anticipación. Estoy imaginando cómo me sentiría con él

dentro de mí, y eso solo es suficiente para humedecerme.

—¿Qué más hizo Arlo?

Me alegro de que preguntes. Tomo su mano y la coloco contra mi centro.

Sonríe y frota su dedo sobre la superficie de mi vestido mientras me dejo disfrutar de la sensación de placer que recorre mi cuerpo. Sus manos se deslizan bajo el dobladillo de mi vestido, y tiemblo cuando las traza por mi muslo. Pronto, se posa sobre mis bragas y luego las hace a un lado antes de deslizar un dedo dentro de mí.

Gimo ante esta suave penetración que me hace morder mi labio inferior en éxtasis.

—Pequeña diablilla traviesa. Ya estás mojada —susurra en mi oído, sus dedos implacables en mi coño.

Inclino la cabeza hacia el techo, tensando mi cuerpo mientras continúa acariciando mi coño con movimientos lentos y suaves. Mis manos vuelan a mi cabello mientras cierro los ojos, desvaneciéndome de placer. Es bueno con sus dedos, y sabe los puntos correctos para tocar. En un intento de ocultar mis gemidos, cubro mi boca con la palma de mi mano, la otra moviéndose frenéticamente sobre su cuerpo, agarrando su camisa mientras las sensaciones me abruma. Joder. Esto se siente tan bien. Dentro... fuera... arriba... abajo, se mueve con un ritmo que no es ni demasiado rápido ni demasiado lento.

—¿Te gusta esto? —pregunta, mirándome directamente a los ojos.

Estoy tan abrumada por la dulzura que amenaza con matarme que solo puedo asentir rápidamente.

—Quiero oírte decirlo —dice, sin disminuir ni aumentar su ritmo.

—Sí, me gusta —digo entre gemidos.

—¿Quieres que pare? —Inserta el tercer dedo.

—Joder —la palabra escapa de mis labios mientras arqueo la espalda, retorciéndome contra la pared.

Repito su pregunta, su mirada inquebrantable. —¿Quieres que pare?

—No, por favor, no —Sacudo la cabeza, mi cuerpo sacudiéndose ligeramente mientras empuja sus dedos más profundamente dentro de mí.

Asiento hacia él, mis ojos brillando de deseo. Mis gemidos se vuelven un poco más fuertes cuando añade su pulgar a lo que está haciendo. Puedo sentirlo rozando mi clítoris, y la sensación que me recorre ahora se duplica. Mis ojos se ponen en blanco, y todo mi cuerpo comienza a temblar mientras mis piernas literalmente se convierten en gelatina. Estoy temblando con la cara arrugada de éxtasis y una palma firmemente apretada sobre mi boca para contener mis gemidos.

Estoy tan cerca de llegar al clímax, y espero que siga y no se detenga ni disminuya la velocidad hasta que yo...

—Joder, me estoy corriendo —anuncio en voz baja, mi voz un susurro tenso.

Mis piernas tiemblan por un momento, y vibro por la intensidad del flujo de éxtasis en mis venas.

Sonríe y saca suavemente sus dedos. Todavía estoy tratando de recuperar el aliento cuando lo veo lamiendo mis jugos de sus dedos. Es tan jodidamente caliente verlo hacer eso, y mi corazón arde de deseo.

—Ahora que te he probado, será difícil parar —dice, sonriéndome.

Lo miro a los ojos, mi corazón latiendo fuerte en mi pecho. —¿Y si no quiero que pares?

Capítulo Ocho

Arjo

Ha pasado más de una semana desde que Jamie se pasó por el taller, y aunque he estado muy ocupado, siempre me hago tiempo para ver cómo está de vez en cuando. ¿Por qué no habría de hacerlo? Después de todo, ha estado rondando por mi mente desde la primera vez que la vi después de tantos años.

Está buenísima, y eso es un hecho que no puedo negar por más que lo intente. Jamie ya no es la niña que recuerdo. Ahora es madura, completamente desarrollada en todos los lugares correctos. Su sonrisa tiene la capacidad de hacer que mis días oscuros parezcan brillantes, y cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento un aleteo en el pecho.

La encuentro muy atractiva, casi irresistible, y me asusta porque creo que está mal. No debería albergar sentimientos tan intensos por ella. No debería, ¿verdad? He intentado tantas veces sacarla de mi cabeza, pero es como si cuanto más lo intento, más se pegan las imágenes de su sonrisa a mi mente como pegamento. No puedo evitarlo. Esta belleza rubia de veinticinco años tiene un fuerte control sobre mí, uno que no puedo romper. Tal vez no quiero hacerlo. Tal vez me gusta la forma en que este sentimiento me aterroriza.

Pero no puedo dejarle saber cuánto me afecta estar cerca de ella, cómo lucho repetidamente contra el impulso de acercarme y abrazarla, cómo quiero besar esos labios tentadores suyos. No puedo dejarle saber que me hace contener la respiración y de alguna manera acelera mi pulso cada vez que me sonrío.

¿Qué sentido tiene hacerle saber cómo me siento? Claramente está disfrutando de la compañía de Teddy, lo cual es bueno. Al menos él la hace reír, y eso solo ya me hace feliz. La idea de que finalmente se sienta como en casa y le esté yendo bien en el bar es reconfortante, aunque no sea yo el tipo que la hace sonreír.

Teddy siempre ha sido el divertido, carismático y tan lleno de vida. Nunca hay un momento aburrido con él alrededor, así que no es de extrañar que ella haya estado tan despreocupada últimamente. A mí también me encantaría estar cerca de él todo el tiempo, si estuviera en su lugar.

Luego está el asunto con Arlo.

Mi hermano ha estado actuando raro desde que fue tras Jamie aquella noche en el taller. Cada vez que la ve, se detiene por un momento, pero no dice mucho. Actúa como si la estuviera evitando, pero al mismo tiempo, sé que le encanta posar sus ojos en ella.

Ninguno de los dos ha admitido nada, pero no puedo evitar pensar que hay algo sospechoso. Conozco muy bien a mi hermano gemelo; está ocultando algo, y estoy empezando a sospechar.

—Arjo, ¿me copias? —La voz de Arlo llega a través del auricular, sacándome de mis pensamientos.

Parpadeo un par de veces, haciendo crujir mis nudillos, mi cabeza girando en un movimiento de masaje. Estamos en medio de una operación, y me había distraído por completo, mi mente ocupada por pensamientos de la seductora que todos tenemos en común.

—Arjo, responde —la urgencia en su voz sube de tono.

Me sacudo el lapso mental, frunciendo el ceño mientras vuelvo a la tarea en cuestión. —Te copio, Arlo. Estoy en posición —mi voz es firme y constante.

—¿Qué pasó? Te perdí por un minuto —dice, su tono teñido de preocupación—. Te necesito alerta. Es hora de moverse.

—Entendido —echo un vistazo a los alrededores, mis ojos entrenados recorriendo las calles desiertas. La noche es fresca y tranquila, y las lámparas parpadeantes proyectan largas sombras en las aceras, como dedos esqueléticos aferrándose a la oscuridad.

Enderezo la espalda, cuadrando los hombros mientras me dirijo hacia la puerta principal. Aprieto mi agarre alrededor de mi Sig Sauer P226. Es mi pistola de 9mm favorita. A medida que me acerco, amartillo el arma, el clic metálico resonando en la quietud.

—Voy a entrar —declaro suavemente, alcanzando el pomo de la puerta.

—Mantente alerta. Te cubro —la voz de Arlo por el comunicador es un recordatorio de que no estoy solo. Nunca lo he estado, y nunca lo estaré mientras él viva.

La misión de esta noche es simple; infiltrarnos en la guarida de los Víboras y averiguar quién ordenó el ataque contra Freddie. Los Víboras son un MC rival que, según nuestras fuentes en la

fuerza policial, tienen algo que ver con el tiroteo.

Nuestro objetivo es Vincent Clooney, jefe de operaciones del MC Víboras. Nuestro contacto dentro del departamento de policía dice que los muchachos de azul creen que este tipo Vincent sabe algo. Los Víboras dirigen un depósito de chatarra donde desmantelan autos robados y los reconstruyen para las carreras ilegales que organizan. El auto en el que iba el tirador de Freddie vino del depósito de Vincent. Así que estamos aquí para hablar con él.

Coloco un silenciador en el cañón del arma, listo para lo que sea que haya al otro lado de la puerta. Agarro el pomo y empujo lentamente la puerta para abrirla sin que crujá; esta no es mi primera vez. Entro en el corredor tenuemente iluminado y cuento tres guardias de vigilancia. Dos son tan grandes como yo, pero el otro tipo es flaco y solo un poco más alto. Puedo con ellos. Y no necesitaré mi arma para hacerlo. Además, tengo ganas de golpear algo.

Con los años, he dominado el arte de ser invisible, mezclándome perfectamente con las sombras, un centinela silencioso, invisible hasta que decido lo contrario. Incluso ahora, estoy aquí junto a la puerta sin ser detectado por los hombres hasta que dejo escapar un silbido bajo.

Robo su atención, sus cabezas girando en mi dirección. Me muevo con la velocidad del rayo, deslizándome entre ellos, mis puños volando para asestar golpes pesados en sus rostros. Soy demasiado rápido, y apenas pueden verme, mucho menos alcanzar sus armas. Los huesos crujen y la carne se desgarrá. El corredor se llena de nuestros gruñidos intensos.

Uno logra lanzar un puñetazo, pero lo esquivo, atrapando su brazo con el mío mientras el borde de mi palma golpea contra su garganta. Antes de que pueda registrar completamente el dolor, lo atraigo hacia mí, su cara encontrándose con mi rodilla levantada en una peligrosa colisión. Segundos después, mi puño conecta con su mandíbula, y se eleva en el aire antes de estrellarse contra el suelo.

—A tus seis —la voz de Arlo suena por el auricular, y sin pensarlo dos veces, me agacho, esquivando el cuchillo que me han lanzado.

Con la parte trasera de mi pierna, derribo al tercer tipo, y en el momento en que enderezo la espalda, lo pateo con fuerza, mi bota estrellando su cabeza contra la pared contra la que había caído.

—De nada —dice Arlo, su voz goteando sarcasmo.

—Te debo una —respondo, solo medio en broma.

—Sí. Me la debes —se burla al otro lado de la línea.

Aunque la iluminación es tenue aquí, Arlo ha observado toda la pelea a través de sus gafas avanzadas de visión térmica. Hoy está a cargo de la vigilancia.

—La oficina de Vincent está al final del pasillo. Segunda puerta a tu izquierda —dice, y sigo su indicación.

Abro la puerta de una patada, astillando el marco mientras aprieto mi agarre alrededor de la pistola, con el dedo índice a centímetros del gatillo.

Veo a Vincent detrás de su escritorio, paralizado por el shock, con los ojos muy abiertos fijos en mí. Tiene la nariz empolvada con la cocaína que acaba de esnifar de su escritorio de caoba, y su respiración es entrecortada. Parece aterrorizado, pero se recupera rápidamente y estira la mano hacia el cajón del escritorio.

Desafortunadamente para él, no es más rápido que una bala. Apunto a la misma mano que está usando para alcanzar el cajón y aprieto el gatillo.

—¡Ugh! ¡Hijo de puta! —aúlla de dolor, cayendo hacia atrás, llevándose la palma para cubrir la herida que ha sufrido.

Entro en la oficina, con los ojos fijos en el hombre que gime y cuya frente ya está sudorosa. Dios sabe dónde más estará sudando. La sangre gotea entre sus dedos y su pecho se agita rápidamente.

—¿Jaguar? ¿Qué haces aquí? ¿Quieres iniciar una guerra? —me grita, intentando intimidarme.

—Bien, así es como va a ser esto —comienzo, observándolo jadear con una mirada severa en su rostro—. Te haré algunas preguntas y me darás las respuestas que necesito. —Hago una pausa, dejando que mis instrucciones se asienten—. ¿Quién ordenó el asesinato de Freddie Long?

—¿Qué? —No puedo decir si su ceño fruncido es de frustración o de dolor—. ¿De qué estás hablando?

Suspiro.

—No te hagas el tonto, Clooney. El coche que usaron los tiradores vino de *tu* depósito de

chatarra.

Clooney evita mi mirada.

—¿Qué, crees que llevamos un registro de cada coche que vendemos? —comienza. Sin embargo, sus palabras se cortan cuando le disparo casualmente en el hombro—. ¡Joder! ¡Joder, Jaguar! ¡Qué coño! —grita de dolor.

—Intentémoslo de nuevo. —Apunto a su otro brazo—. ¿Quién ordenó el asesinato de Freddie Long?

Estira el brazo al que estoy apuntando, indicándome que espere, su voz quebrada por el miedo.

—Yo... no sé de qué estás hablando...

No pierdo el tiempo. Aprieto el gatillo, y vuelve a gritar, gimiendo de dolor intenso.

Entrecierro los ojos ante el patético idiota que se arrastra frente a mí.

—Miénteme otra vez, y la próxima bala atravesará tu corazón. —Apunto mi arma hacia él.

—¡Vale, vale, vale! —Las palabras salen de su boca en un apuro aterrorizado, con los labios temblando—. Te diré lo que sé. Solo, por favor, baja el arma —añade, con la cara arrugándose como si estuviera a punto de llorar.

—Tienes sesenta segundos —le digo, con voz baja y amenazante.

—Lo juro por el niño Jesús, no sé quién ordenó el asesinato de Freddie Long —dice nerviosamente.

Niego con la cabeza, pellizcándome el puente de la nariz mientras ajusto mi puntería hacia su pecho. No me está diciendo algo, así que ¿para qué perder el tiempo con este mentiroso?

—¡Espera, espera, espera! —dice rápidamente, soltando las palabras en un tono de pánico—. Solo les vendí el coche, ¡pero no sabía que planeaban hacer algo tan loco!

Ahora estamos llegando a alguna parte. Mi ceño se frunce, con un destello de curiosidad en mi mirada.

—¿Quiénes son "ellos"? —pregunto—. Quiero nombres.

—No sé quiénes son —dice, y veo cómo sus ojos se salen de sus órbitas al ver el desagradado grabado en mi rostro—. ¡Lo juro por Dios! ¡No sé quiénes son, tienes que creerme! —tartamudea, con el miedo evidente en su voz.

Lo miro por un momento, mis ojos escudriñando su alma. No está mintiendo. Sabe que es mejor no jugarse la vida por esto. Lo sé con certeza porque he tratado con idiotas como él antes. Hombres como Clooney son egoístas, solo miembros de pandillas sin honor que delatarían a cualquiera por un billete de dólar o, como en este caso, para salvar su propio pellejo.

—¡No quería formar parte de esto! Cuando descubrí para qué se usó el coche, incluso intenté deshacerme de él —explica y se queda callado por un momento, como si luchara con la decisión de decir lo que tiene en mente o no—. No puedo darte nombres, pero tengo las cintas de seguridad de cuando vinieron al depósito de chatarra. Uno de los hombres tiene un gran tatuaje de serpiente en el brazo. Parece ser el líder. Y les oí hablar sobre Eden. Lo juro, eso es todo lo que sé.

—¿Eden? —Mis cejas se alzan—. ¿Te refieres al club?

—Sí. —Asiente suavemente.

Me pongo de pie, y sus ojos me siguen mientras me levanto de mi posición en cuclillas.

—¿Dónde están esas cintas?

Vincent se apresura hacia su cajón y saca una memoria USB para mí. Asiento con la cabeza hacia el ordenador en su escritorio y él lo maneja con su mano buena, reproduciendo el video para mí. Satisfecho de que es lo que estoy buscando, saco la memoria USB y me la guardo en el bolsillo.

Vincent se queda donde está en el suelo, mirándome con esperanza.

—Entonces... ¿me dejarás vivir?

Con una poderosa patada en su mandíbula, lo dejo inconsciente.

—Sí.

Regreso al vehículo, cerrando la puerta de un golpe, frotándome la cara con la palma de la mano.

—Es un fiasco. Clooney no sabe nada.

—Sí, lo escuché —responde Arlo, peinándose el cabello hacia atrás.

—La única pista que tenemos ahora es el club Eden... y el tipo con el tatuaje de serpiente —digo, presionando mis dedos contra mis sienes.

—Eden es bastante difícil de entrar —murmura Arlo.

Aprieto los labios mientras se me ocurre una idea.

—Sí, pero son más indulgentes con las mujeres.

Arlo inclina un poco la cabeza hacia un lado con los ojos entrecerrados al captar una idea de hacia dónde voy con esto.

—No —objeta, apartando la mirada de mí.

—Ella es nuestra única forma de entrar, Arlo —digo, tratando de sonar convincente—. Jamie puede hacer esto, y querrá hacerlo. Además, es la única mujer en quien podemos confiar para esto.

Se queda en silencio, pasándose los dedos por el cabello.

—No lo sé, tío —murmura.

—No lo entiendo —comienzo, inclinando la cabeza hacia atrás como si quisiera tener una mejor vista de su cara—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa con qué? —pregunta.

—¿Qué te está pasando? —insisto, con la mirada fija.

—¿De qué estás hablando?

—No me jodas, Arlo —lo interrumpo, frunciendo el ceño—. Has estado actuando de manera extraña desde aquella noche en el garaje, desde que regresaste con Jamie. ¿Pasó algo entre ustedes dos?

Sigue en silencio, con la mirada fija en el parabrisas.

—Arlo, ¿pasó algo entre ustedes? —repito la pregunta, aunque su silencio ya lo dice todo.

Me mira y responde:

—Sí.

Por un momento, mi mente se desboca imaginando qué pudo haber sucedido, hasta dónde habrían llegado.

—La besé —dice con expresión indiferente—. Y no pareció disgustarle.

Trago saliva, un poco celoso, considerando lo mucho que me he esforzado por contener mis sentimientos. Pero al menos por fin estaba siendo honesto.

En el fondo, desearía haber sido yo. Ojalá no tuviera tanto autocontrol; quizás las cosas habrían sido diferentes. Ya no puedo seguir torturándome. Es hora de que hable con ella.

Es tarde y sé que el bar ya está cerrando. Es el momento perfecto para hablar con Jamie. Le pido a Arlo que me deje en el bar, y cuando se va, camino bajo las estrellas frías y distantes hacia la parte trasera. La puerta principal suele estar cerrada a esta hora de la noche, así que tomo la única puerta que sé que aún estará abierta.

A medida que me acerco a la puerta trasera, los sonidos de un dulce gemido, suave y quedo, se vuelven más claros. Es tan placentero a mis oídos que siento cómo mi miembro se endurece en mis pantalones. Frunzo el ceño mientras la curiosidad puede más que yo. Doblo la esquina y me quedo paralizado. Mis ojos se abren de par en par ante la escena frente a mí, y mi respiración se detiene por un segundo, con el corazón hundiéndose en mi estómago.

Teddy está de rodillas entre las piernas de Jamie, con la cabeza bajo su falda mientras ella está presionada contra la pared, gimiendo con las manos en su cabello.

Mierda.

Capítulo Nueve

Jamie

Mi espalda se arquea contra la pared, una mano en mi pelo mientras la otra empuja la cabeza de Teddy más profundo entre mis piernas. Su lengua lame mi entrada, sus labios chasquean contra mis pliegues mientras sus dientes rozan suavemente mi clítoris.

Me está devorando tan bien, la humedad de su lengua mezclándose con mi néctar, y el sonido de su boca succionando mi rocío hace que mi cuerpo tiemble. Me estoy ahogando en un océano de deseo, y las llamas de la pasión amenazan con consumirme.

Mi corazón se hincha en mi pecho y, aunque mi respiración es bastante estable, su peso parece aplastante. Me muerdo el labio inferior, mi cabeza se sacude hacia el cielo mientras siento la primera ola de placer invadirme.

Estoy gimiendo con intenso deleite, deleitándome en el éxtasis de sus habilidades orales. Cuanto más me devora, más lo deseo, más lo anhelo. No estoy segura de qué está haciendo ahí abajo, pero una cosa es cierta: no quiero que se detenga. Esta sensación de éxtasis que corre por mi sangre es abrumadora, y no puedo evitar gemir.

Cualquiera que pase puede oírme, pero ahora mismo, no me importa. Solo quiero seguir desmayándome de placer. Teddy me ha estado provocando todo el día, sin dejar pasar ninguna oportunidad de tocar mis partes sensibles. Había logrado excitarme mucho antes, y estaba esperando impacientemente a que esto sucediera. Ahora que está ocurriendo, quiero disfrutar cada momento de la experiencia sin interrupciones.

Siento sus dedos clavándose en mi carne mientras agarra mi trasero, acariciándolo. Levanto la pierna y la apoyo en su ancho hombro, dejando escapar una leve risita. Su lengua lamiendo mi clítoris me provoca escalofríos por la espalda. Dejo escapar un suave jadeo repentino cuando su dedo encuentra suavemente el camino hacia mi apretado trasero. —Joder —murmuro entre dientes, cerrando ambas manos en puños.

Todo este tiempo, mis ojos han estado cerrados, y he estado ajena a mi entorno. Sin embargo, todo cambia tan rápidamente cuando mis párpados revolotean por un segundo, y vislumbro una figura masculina parada a unos pasos de distancia, observando.

Mi respiración se entrecorta y mis ojos se abren de golpe. Es Arjo. Rápidamente, quito mi pierna del hombro de Teddy, apartándome de él.

Él se pone de pie, alarmado por mi movimiento repentino. —¿Qué pasa, hice algo mal? —
Entrecierra los ojos hacia mí.

Estoy demasiado avergonzada para sostener la mirada de Arjo, y mis ojos caen al suelo. Teddy se da la vuelta y ve a su amigo parado allí en silencio.

—Vaya... —dice suavemente.

Por unos largos segundos, el silencio se extiende y mi cerebro de repente me abandona. Está en blanco en mi cabeza, sin voz interna, sin pensamientos en absoluto.

No he visto mucho a Arjo esta última semana, ni tampoco he visto mucho a Arlo. Los dos hermanos han estado bastante ocupados dirigiendo el MC y persiguiendo pistas. Teddy, por otro lado, ha estado conmigo todos los días durante esta última semana, considerando que trabajo en el bar con él. Y desde el primer día que me hizo llegar al clímax con sus dedos, nos hemos estado besando más a menudo, y me he acostumbrado tanto a su toque.

Ver a Arjo esta noche me golpea con muchos sentimientos encontrados. Es vergonzoso que nos haya encontrado, pero al mismo tiempo, no dijo nada, y todavía no ha dicho nada sobre lo que vio. Ahora, me pregunto si le gustó el espectáculo. Pero aparte de la vergüenza, no puedo evitar sentirme atraída hacia él y estoy empezando a imaginar escenarios en mi cabeza.

Todavía me estoy recuperando de la sesión oral de Teddy, y mi coño aún hormiguea. Todavía estoy en el éxtasis del orgasmo, y ver a Arjo de pie con una postura serena frente a mí solo me excita más. La expresión en blanco en su rostro, la realidad de que no tengo idea de lo que está pasando por su cabeza, de alguna manera me excita. Lo deseo. Lo deseo realmente mal. Pero ¿qué piensa él sobre lo que se encontró? ¿Qué está pasando por su mente? Dios, ojalá pudiera escuchar sus pensamientos ahora mismo.

—Yo eh... —Teddy se aclara la garganta—. Terminaré adentro. —Hace un gesto hacia la puerta y duda por un momento antes de entrar.

Hay silencio entre Arjo y yo, y no sé qué decirle. Mis ojos están en todas partes menos en su cara, y mis manos están ajustando mi vestido.

—¿Tienes un minuto? —pregunta, su voz baja y firme.

Logro mirarlo y no parece molesto. Incluso si lo está, está haciendo un muy buen trabajo ocultándolo.

—Claro —respondo, tratando de mantener una cara seria e ignorar la incomodidad de toda esta situación.

—Vamos adentro —sugiere, pasando junto a mí para abrir la puerta—. Después de ti.

Levanto la barbilla, mi mirada encontrándose con sus ojos mientras me pregunto cómo es que sigue siendo tan amable y gentil conmigo. *¿Por qué eres tan misterioso? ¿Por qué no puedo leerte? ¿Y por qué mi incapacidad para hacerlo me excita?* Vuelvo a entrar en el edificio, y él me sigue. Nos dirigimos al bar, donde las sillas están apiladas boca abajo sobre las mesas como centinelas que guardan el espacio vacío.

—¿Querías hablar? —pregunto, sacando un taburete de debajo de una mesa.

—Sí —dice, apoyando su espalda contra el mostrador.

Tengo curiosidad por saber qué tiene en mente porque sea lo que sea, tiene que ser serio basado en su lenguaje corporal. Me siento en el taburete, preparándome para lo que está a punto de decir.

—Tenemos una pista sobre quién ordenó el ataque a tu abuelo —dice, su mirada clavada en mí como un pez en un anzuelo.

—Oh. —*Eso no es exactamente lo que esperaba oír, pero está bien.* Al menos esas son buenas noticias. Por fin podemos encontrar a los bastardos responsables de ponerlo en coma—.

¿Tenemos algún nombre? —Entrecierro los ojos, sintiendo una punzada de rabia al pensar en los enemigos del abuelo.

—Lamentablemente, no. —Deja escapar un suspiro, frotándose los ojos—. Pero creemos que el club Eden tiene las respuestas que buscamos. —Me mira—. El único problema es que no podemos tener acceso a Eden, y por "nosotros", me refiero a los hombres. Eden tiene políticas estrictas contra los hombres, pero dejan entrar a las mujeres sin investigarlas —concluye, sin apartar los ojos de mi rostro.

Mis cejas se fruncen. Inclino la cabeza mientras intento captar una pista de lo que está tratando

de decir. —Entonces... necesitas que me infiltre en Eden y encuentre las respuestas que busquemos.

—Bueno... —dice suavemente, rascándose la nuca—. No lo expresaría exactamente así. Pero sí. Como la única mujer en quien podemos confiar ahora mismo, nos gustaría incluirte en el plan —explica—. Por supuesto, no te vamos a enviar allí sin una estrategia adecuada. Solo quería saber tu opinión al respecto.

—Cuenten conmigo —declaro sin titubear, con el corazón lleno de determinación.

Él arquea las cejas ante la rapidez de mi respuesta.

—¿Sabes? Si necesitas tiempo para pensarlo...

—Esta es nuestra oportunidad de descubrir quién es responsable del ataque a mi abuelo. No pienso perdmela —lo interrumpo—. Además, lo de infiltrarse suena divertido —una sonrisa astuta se dibuja en mis labios.

—No te vas a infiltrar... —hace una pausa, tragándose sus palabras al decidir en el último momento dejarme creer lo que quiera.

Nos miramos fijamente, y ahora esa sensación sexual está volviendo gradualmente a mi mente y cuerpo. Se ve tan masculino con su camisa negra que se ajusta a su cuerpo como una segunda piel. Su complexión robusta y el destello de picardía que brilla en sus ojos hacen que mi corazón se acelere.

No puedo creer que aún no haya dicho nada sobre lo que presencié. ¿No le importa? ¿Me desprecia ahora? No logro descifrar lo que está pensando.

Simplemente se queda ahí de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, su mirada fija en mí.

—¿Algo más? —pregunto, esperando que diga algo, pero él solo niega con la cabeza.

Eso es decepcionante. Realmente esperaba que pasara algo entre nosotros. Supongo que no le resulto tan atractiva como a Teddy.

—Está bien, entonces —me levanto, lista para irme.

—Arlo me contó sobre el beso —dice con naturalidad.

Me detengo en seco con una leve sonrisa en el rostro. Al menos ahora estamos llegando a alguna parte. Me giro para mirarlo y observo cómo se baja de la encimera y camina hacia mí.

—Quiero asegurarme de que no te moleste lo que pasó entre ustedes dos —dice, deteniéndose frente a mí.

Puedo oler la mezcla de sudor y su colonia, y hace que mi corazón se acelere. Me doy cuenta de lo cerca que está de mí.

—No me molesta —respondo, con los ojos fijos en él, mi voz baja y tierna.

—Entonces supongo que soy el único de los tres que no te gusta —dice, su mirada inquebrantable.

Eso no es cierto. ¿Por qué demonios pensarías eso? Claramente no tiene idea de lo atractivo que me parece.

—¿Es Teddy a quien has decidido elegir? —Da un paso más cerca.

—No me di cuenta de que estaba en una posición donde tuviera que elegir —respondo, negándome a moverme o dar un paso atrás, mis ojos aún fijos en él—. No tomé una decisión porque no quiero hacerlo. Los quiero a los tres —comienzo, mi voz destilando deseo—. ¿Quieres saber la verdad?

Él sonríe con suficiencia, rozando el dorso de su mano sobre mi piel.

Tiemblo ante su toque, mi corazón late tan fuerte que creo que está a punto de estallar de mi pecho.

—La verdad es que quiero tenerlos a los tres al mismo tiempo. Suena egoísta, pero es lo que deseo —confieso, mi tono impregnado del placer de mis fantasías.

Su mano recorre la nuca de mi cuello, y me derrito ante la sensación de éxtasis que recorre mi cuerpo. Inclino la cabeza hacia atrás, entregando mi cuello a él como una víctima de vampiro. Acaricia mi cuello; sus dedos viajan hasta mi escote.

—¿Quieres que los tres te follemos al mismo tiempo, es eso? —su voz ronca me envía escalofríos por la columna.

—Sí —mi respuesta es un suave gemido mientras nado en un océano de pasión.

Siento su agarre alrededor de mi cintura, y me atrae hacia él, besando la nuca de mi cuello. Suspiro placenteramente mientras sus manos acarician mi cuerpo, su erección rozándome. Me atrevo a tocarla, trazando la forma que se distingue claramente incluso bajo sus pantalones, y mis ojos se abren de par en par ante su longitud.

Empuja sus dedos en mi cabello desde atrás y sella mis labios con un beso profundo que me deja sin aliento. Tomo una larga bocanada de aire, echando mis brazos alrededor de su cuello mientras su lengua baila en mi boca, nuestras cabezas inclinándose al ritmo de la pasión que nos impulsa a ambos.

Sí. Por fin, pienso para mí misma, encantada de que, al fin, nos estemos besando. Dios mío, besa increíblemente bien, y cuanto más me besa, más anhelo. Desliza su mano bajo mi vestido y me baja las bragas.

Con mi trasero contra una mesa, me inclino hacia atrás buscando apoyo mientras él se dispone a acariciar mi coño húmedo. Mis piernas están separadas, y entra fácilmente dentro de mí. Mientras hace eso, sigue besándome intensamente los labios.

Alcanzo sus pantalones y los desabrocho, metiendo la mano para sacar su polla. Joder, es tan larga. Mis dos manos no son suficientes para cubrir su longitud, pero no dejaré de acariciarla. Deja que mis labios descansen por un momento y me mira profundamente a los ojos mientras le hago una paja.

Su cuerpo se relaja con cada caricia, y suspira, echando la cabeza hacia el techo. Me arrodillo y tomo su polla en mi boca. Me produce mucha satisfacción escuchar sus gruesos gemidos mientras empujo mi cara más hacia su entrepierna. Adentro... afuera... adentro... afuera.

Puedo sentir su longitud profunda en mi garganta. Mis ojos están saliendo de sus órbitas, y estoy jadeando, ahogándome. Mis ojos están llorosos, pero no dejaré de sorber la humedad sobre su grande y larga polla venosa.

La puerta interior se abre, y Teddy nos sorprende.

—Vaya —se queda paralizado.

Todavía sosteniendo la polla gigante en mi mano, le lanzo una sonrisa coqueta, acariciando

lentamente el miembro de Arjo.

—Eso es super caliente —dice Teddy, frotándose las manos con una sonrisa juguetona en los labios—. ¿Les importa si me uno a la diversión?

Dirijo mis ojos al rostro de Arjo como si buscara su permiso.

—¿No es eso lo que quieres? —sonríe, sus manos hundiéndose en mi cabello.

Me muerdo el labio inferior, asintiendo sutilmente mientras tiro de su cintura, indicándole que se arrodille también. Lo hace, y me inclino para seguir chupando su polla.

Teddy capta la indirecta y se mueve detrás de mí, donde también se arrodilla. Me estremezco ante el dolor placentero que me recorre cuando me da una nalgada. Mientras sigo chupando sin descanso la polla de Arjo, siento la polla de Teddy empujando entre mis muslos.

Arjo agarra un puñado de mi cabello y suavemente comienza a follarme la boca de nuevo. Es desordenado y resbaladizo, y estoy babeando, ahogándome, pero él no se detiene.

Por detrás, siento el grosor del miembro de Teddy en mi entrada antes de que me dé una nalgada. No se desliza dentro de mí con su pene. Solo me acaricia el trasero con los dedos.

Los dos hombres comienzan a penetrarme más rápido. Sin embargo, las embestidas de Arjo son más cuidadosas. Me encanta el sonido de su pene follando mi boca; me vuelve loca. Saca su miembro y me permite recuperar el aliento por un momento antes de inclinarse y besar la humedad de mis labios. Es tan jodidamente sucio. Pero me encanta. Teddy me da otra nalgada y pronto siento su pulgar acariciando suavemente mi ano mientras aún está dentro de mí. La sensación es erótica, y es como si estuviera perdiendo la cabeza.

Arjo vuelve a meter su pene en mi boca, su mano presionando mi cabeza profundamente contra su ingle. Pronto, escucho a ambos hombres gemir intensamente antes de sacar sus miembros. Rápidamente agarro sus penes, uno en cada mano, acariciándolos con una sonrisa satisfecha en mis labios. Mientras les ayudo a liberar toda esa tensión, posiciono mi cara, lista para recibir su semen.

Acaricio más rápido, concentrándome en sus glándes, y entonces ¡boom! Disparan sus cargas por toda mi cara. Es tan refrescante sentir el calor en mi piel. Ambos me miran, con el deseo brillando en sus ojos mientras todos intentamos recuperar el aliento.

Nunca me he sentido tan viva y satisfecha. Y pensar que esto es solo el comienzo. Esta noche, Arjo y Teddy han hecho realidad una de mis fantasías, y eso es un paso audaz para hacer realidad las demás también. Es posible. Al menos ahora, estoy segura de eso.

A veces puedo ser una pequeña zorra sucia, y no me siento mal en lo más mínimo.

Capítulo Diez

Arlo

Sé que es irracional estar tan cabreado, pero lo estoy.

Estoy desplomado en la mesa de la cocina, llevándome cucharadas de cereales a la boca con movimientos mecánicos y apáticos. Mi ceño se frunce aún más mientras lanzo una mirada taciturna al tazón, apretando la mandíbula con tensión. Cada bocado es un proceso sin alegría y reluciente que parece más insignificante a cada minuto.

Puedo sentir las líneas que surcan mi frente, y mi cara se arruga en una mueca. Mis cejas se juntan y mis dientes rechinan por el tumulto que crece dentro de mí.

Mi mente está inundada con pensamientos de la seductora increíblemente ardiente que persigue sin descanso mi cordura. Pienso en ella todo el tiempo. Desearía poder evitar que me importara tanto, que cayera completamente ante sus encantos. Pero no puedo. Me tiene cautivado y estoy atrapado en la red de su seducción.

Es imposible liberarme de este control que tiene sobre mí, y es tan frustrante, especialmente porque no puedo evitarlo. Es como si no tuviera control alguno. Me tiene preocupado.

Desde mi punto de vista, mi hermano y Teddy también están enredados en su telaraña de seducción, pero la única diferencia es que ellos están actuando según sus sentimientos mientras yo estoy aquí rumiando sobre ellos. Me estaría mintiendo a mí mismo si dijera que no he notado lo que ha estado pasando bajo mis narices esta última semana.

Arjo y Teddy se han acercado más a Jamie, demasiado en realidad. No estoy ciego, ni soy estúpido. Veo la forma en que los tres se miran estos días. Veo las miradas ocultas, las sonrisas y la maldita tensión sexual cuando los tres están cerca.

Definitivamente está pasando algo, puedo sentirlo en los huesos. Están tonteando.

Mi mandíbula se tensa, y también mi agarre sobre la cuchara en mi mano. Estoy cabreado con ellos, pero no estoy seguro de por qué. No es su culpa que yo siga eligiendo hacerme el ciego ante el hambre que veo en los ojos de Jamie cada vez que me mira.

Claramente me desea, anhela mi toque de nuevo. Es evidente en su lenguaje corporal, pero soy yo quien elige contenerse. Hay muchas razones para mantenerme alejado de Jamie, pero la más importante de todas es el hecho de que siento que actuar según mis deseos con ella sería como traicionar al viejo. Me importa demasiado como para decepcionarlo de esa manera.

¿Cómo puedo sentirme cómodo tonteando con su nieta cuando él está postrado en el hospital y su atacante aún anda suelto?

Dejo escapar un suave gemido, soltando la cuchara de vuelta en el tazón, mis dedos hundiéndose en mis sienes en un intento de aliviar mi dolor de cabeza. Quiero encontrar al bastardo detrás del ataque, pero no puedo concentrarme y elaborar un plan porque esta mujer increíblemente hermosa no abandona mi mente.

Mi palma se frota sobre mi rostro, los dedos presionando mis globos oculares en un movimiento masajeador.

Quiero pensar con claridad, pero no puedo. Ella está en mi cabeza, profundamente arraigada en mis pensamientos, dejándome indefenso. Sabía que era una mala idea haberla besado aquella noche en el callejón y una idea aún peor haberle hecho sexo oral. Debería haberme detenido porque tal vez si lo hubiera hecho, no estaría en este lío.

Pero en mi defensa, no pude evitarlo: era irresistible.

Mis manos vuelan a mi cabeza, alisando mi cabello hacia atrás mientras lucho por disipar las imágenes de esa noche. El sabor de sus jugos aún persiste en mi lengua, y sus gemidos resuenan en mi cabeza, volviéndome loco.

Estoy enganchado: me tiene bajo su hechizo y no hay nada que pueda hacer al respecto. Las imágenes de esa noche vuelven a inundar mi mente, excitándome. Recuerdo la forma en que su cuerpo se arqueaba contra la pared del callejón, cómo se retorció de placer. ¡Joder! Estoy condenado.

Es todo en lo que puedo pensar. O estoy recordando lo que pasó entre nosotros una vez, o estoy imaginando lo que podría pasar si me dejara llevar. Esta es la razón exacta por la que no he podido idear un buen plan para vengar al viejo todavía.

Como si eso no fuera suficiente, Jamie ha estado acosando mis sueños cada noche, dejándome duro y cachondo cada mañana. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo para resistirme a ella, aunque

esta tentación podría ser mi fin.

Cierro los ojos, inspirando profundamente en un intento de aliviar la abrumadora tensión que se ha apoderado de mí. Y justo cuando mi erección comienza a bajar, justo cuando empiezo a sentirme mejor, capto su aroma.

Sus pasos resuenan contra los tablones del suelo mientras baja las escaleras.

Mi corazón se salta un latido, pero mantengo una expresión impassible cuando me giro hacia la entrada donde está parada, un poco sorprendida de verme. Nuestras miradas se encuentran por un momento, y ella no aparta la vista, ni dice una palabra.

Se queda inmóvil, sus ojos se agrandan, su boca abierta como si le hubieran arrebatado el aliento. Me mira fijamente, sus labios se entreabren ligeramente pero no producen sonido alguno.

¿Qué va a hacer? ¿Se irá o entrará? pienso, mi mirada firme mientras observo cómo el color abandona su rostro.

Traga saliva, y su pecho se eleva sutilmente mientras reúne el coraje para entrar en la cocina.

Me alegro de que esta sea su elección, y me encuentro mirándola de arriba abajo mientras pasa junto a mí. Está preciosa como siempre, su piel resplandeciente bajo las luces y sus mechones cayendo en tonos otoñales por su espalda. Sus ojos brillan como el rocío de la mañana. Lleva un sexy camisón, escaso, que revela demasiada piel y sus tentadores muslos capturan mi mirada. No necesito esforzarme para ver a través del vestido rojo semitransparente, y la visión de su tanga hace que mi pecho se agite.

Esto es una tortura, y me está matando, porque no puedo agarrarla y besar esos labios de cereza fervientemente hasta dejarla sin aliento. Siento mi polla hinchándose en mis pantalones, y me ajusto sutilmente en mi silla, tratando de ocultarla.

Está haciendo esto a propósito. Estoy seguro de ello. Maldita seductora.

—Buenos días —dice, frunciendo el ceño mientras se dirige a la cafetera.

—No hay nada bueno en la mañana ahora que estás aquí —respondo, con un tono arrogante y descarado.

Enciende la cafetera y se gira para enfrentarme, sus ojos entornándose con intensidad,

acentuando las profundas arrugas en su frente. Sus mejillas están sonrojadas de indignación, y su mandíbula se tensa mientras me fulmina con la mirada. —¿Qué te pasa?

Mis cejas se alzan, y me recuesto en mi silla, con los brazos cruzados sobre el pecho. —¿Que qué me pasa?

—Sí. —Clava su mirada en mí, sus ojos destellando con irritación—. ¿Crees que me gusta despertarme tan temprano por la mañana solo para ver tu cara? —pregunta, su tono impregnado de condescendencia.

Mis labios se presionan en una fina línea.

—Odio despertarme tan temprano para empezar, pero no tengo opción. Tengo que hacerlo. Teddy me ha estado informando sobre mi papel en esta misión y las prácticas matutinas han sido útiles —suelta de golpe.

Mis ojos se desvían hacia su pecho, bebiendo la vista de su escote por un segundo. Sin embargo, me apresuro a sacudirme los pensamientos sensuales que se cuelan en mi mente. Ahora no es el momento para eso. Me burlo de su declaración.

—Estoy bastante seguro de que Teddy te está enseñando mucho más que la preparación para la misión.

Su ceño se frunce más y sus ojos se estrechan. Sus hombros se tensan.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Oh, no me vengas con tonterías, Jamie —me inclino más cerca, apoyando los codos en la mesa, sintiendo una punzada de irritación mezclada con un destello de celos—. No soy ciego, ¿de acuerdo? Veo cómo miras a Teddy y a Arjo, y veo cómo te miran ellos —mi mandíbula se aprieta, mi rostro se contorsiona en una mueca—. ¿Te estás acostando con ellos? —pregunto, mi tono goteando desdén y condescendencia.

Ella retrocede, sus ojos destellando con indignación, las cejas arqueándose en un estallido.

—¿Disculpa? —repite, su tono mordaz.

—¿Te los estás follando? —suelto, escupiendo mis palabras con veneno, mis dedos cerrándose en puños sobre la mesa.

—¿Y qué si lo estoy haciendo? —espeta, perdiendo los estribos, su voz elevándose un poco más de lo normal. Su mirada se suaviza un poco, y su expresión cambia a una burlona mientras se acerca.

Empiezo a respirar pesadamente, sabiendo que sus próximas palabras harán que mi sangre hierva.

—¿Y qué si me los estoy follando, eh? —repite, su voz más calmada, sus palabras más pesadas —. ¿Tienes algún problema con eso? ¿Te sientes excluido? ¿Es de eso de lo que se trata? —Se detiene al otro lado de la mesa, con las palmas apoyadas en la superficie.

Puedo sentir una inmensa cantidad de rabia creciendo dentro de mí, y mi piel se eriza ante su burla.

—¿Estás amargado porque no puedes follarme? —Su mirada seductora hace que mi corazón se salte un latido.

Estoy lleno de ira y mi respiración se vuelve entrecortada.

—Bueno, ¿de quién es la culpa? Podrías estar acostándote conmigo también si no te hubieras acobardado y me hubieras evitado desde esa primera noche —añade.

Odio el hecho de que tenga razón, pero ha cruzado una línea, y ahora estoy furioso, mis ojos ardiendo de furia. Estoy seguro de que lo que estoy a punto de decir la destrozaría, pero ella empezó esto, y yo voy a terminarlo.

—Eres tan desvergonzada —declaro, viendo cómo sus ojos se ensanchan ante la gravedad de mis palabras.

Ella retrocede ligeramente, su expresión una mezcla de dolor y enojo, pero yo continúo.

—Tu abuelo está postrado en una cama de hospital, en maldito coma, luchando por su vida, y tú estás aquí, disfrutando de tu pequeña aventura —las palabras estallan de mí, llevando todo lo que he embotellado, toda la rabia desde el momento en que le dispararon, la frustración de perseguir sombras para averiguar quién lo hizo, y por mucho que odie admitirlo, los celos que se han acumulado, festejando, cada vez que la veo interactuar con Arjo y Teddy.

Jamie parpadea rápidamente, sus ojos húmedos, brillando con lágrimas que está conteniendo. Es una visión que me hace algo, algo que no puedo nombrar exactamente. Me conmueve, pero

también aviva una irritación que me carcome en el fondo de mi mente. Odio verla así. Pero también alimenta la amargura que hierve dentro de mí, toda esa rabia finalmente encontrando una salida.

—¿Qué pensaría tu abuelo si te viera ahora? —digo, mi voz más afilada, más alta. Puedo escuchar el veneno en mi tono, y ni siquiera me importa.

—¿Acaso parece que me importa un carajo lo que él piense? —espeto, su propia furia desbordándose. Las lágrimas en sus ojos se derraman por sus mejillas, pero su voz corta el espacio entre nosotros, cruda y llena de calor.

Sus palabras me golpean, algo profundo dentro de mí se retuerce, y de repente, estoy de pie. No puedo seguir sentado allí, no después de oírla hablar de él así. La postura de Jamie se iguala a la mía. Es como un desafío silencioso, el aire entre nosotros espeso de tensión. Por un momento, ninguno de los dos se mueve. El silencio se extiende, enrollado y peligroso como una serpiente. Entonces ella lo rompe.

—Actúas como si fuera una especie de santo, como si fuera el mejor hombre que jamás haya vivido —dice, su voz temblando de ira—. Pues no lo es.

—¡Él te acogió! ¡Intentó criarte como al resto de nosotros, ¿y cómo se lo pagaste? ¡Huyendo! —le escupo.

—¿Por qué demonios crees que huí? —me devuelve, su voz un cable tenso de furia.

—¡Porque eras una mocosa desagradecida!

—¡Fui abusada!

La palabra me golpea, y me quedo helado. La quietud que sigue es ensordecedora, llenada solo por el sonido de nuestra respiración y sus sollozos. Se limpia la cara, las lágrimas surcando sus mejillas mientras lucha por controlarse. Mi mente corre, mi corazón latiendo dolorosamente en mi pecho. ¿*Abusada*? La palabra hace eco en mi cabeza, pero antes de que pueda decir algo, ella continúa.

—Cuando llegué aquí por primera vez, acababa de perder a mis padres. Tenía ocho años. Ocho. Tenía recuerdos de ellos... recuerdos de mi madre, de mi padre. Me amaban. Me trataban con el tipo de amor con el que todos los niños sueñan. Y luego estaba aquí, con él. ¿Temple? Ella ni

siquiera los recordaba. Era demasiado joven. Fue fácil para ella. Pero ¿yo? Yo lo recordaba todo. Y él... él no podía entender. No le importaba.

Puedo sentir algo cambiar dentro de mí, una punzada de remordimiento que no puedo ignorar, viéndola desmoronarse frente a mí, pero me mantengo en silencio.

—Él no tenía idea de lo que yo estaba pasando —continúa, su voz espesa de dolor, de ira—. Ni siquiera yo misma lo entendía. En un abrir y cerrar de ojos, había perdido a las dos personas que me protegían de todo. No sabía cómo sentirme, y él tampoco. Así que hizo lo que siempre hacía cuando un niño no actuaba como él quería. Dijo que yo era un 'problema', que necesitaba cambiar. Y fue entonces cuando me envió lejos... a ese maldito internado.

Abro la boca instintivamente para intentar retractarme de mis palabras, la visión de ella con tanto dolor haciéndome arrepentir de todo, pero ella levanta una mano, deteniéndome.

—¡Déjame terminar! —Su voz se quiebra, fuerte y cruda, sus ojos rojos e hinchados por las lágrimas. Respira profundamente, recuperando el control antes de hablar de nuevo.

—¿Tienes alguna idea de lo que esa escuela me hizo? ¿Sabes cuántas noches pasé hambre porque no 'seguía las reglas'? ¿Cuántas veces tuve que extender mis manos para que me golpearan con una regla dura en el dorso de los dedos? ¡Lo hacían hasta que mis manos estaban tan hinchadas que no podía sostener un lápiz durante días! ¿Sabes cuántas veces me encerraron en confinamiento solitario, en la oscuridad, sola, durante días? ¡Era una niña! ¡Una maldita niña!

Los sollozos sacuden su cuerpo, pero ella continúa, su voz volviéndose más oscura, más enojada.

—Lo intenté, ¿sabes? Al principio. De verdad que sí. Traté de ser buena. Pero nada era lo suficientemente bueno para ellos. Me ponía de pie, y me castigaban por no hacerlo lo suficientemente rápido. Hablaba, y me castigaban por el sonido de mi voz. Escribí tantas disculpas, tantas "penitencias" que incluso ahora, todavía puedo ver las palabras cuando cierro los ojos. Y entonces, un día, simplemente dejé de importarme. ¿Querían que fuera mala? Bien. Les di exactamente lo que querían. Y me castigaron por ello, pero al menos entonces tenía sentido.

Su voz se vuelve más baja, más fría, hirviendo con una furia silenciosa y peligrosa.

—Jamie... No lo sabía —digo, con la voz apenas por encima de un susurro.

—No, no lo sabías. No lo sabías porque no te importaba. Ese es el abuelo que yo tuve. Ese es el hombre que conozco. Así que sí, Arlo, soy jodidamente descarada. Tengo todo el maldito derecho a serlo. Y haré lo que me dé la gana. Me acostaré con quien quiera. Pero lo que no voy a hacer es quedarme aquí y dejar que me juzgues solo porque tuviste la suerte de ser su niño dorado.

Me mira fijamente por un momento, con los ojos ardiendo, luego gira sobre sus talones y se va furiosa, dejándome allí parado, con el peso de sus palabras cayendo sobre mí como una tormenta que nunca vi venir.

Respiro profundamente, presionando los dedos sobre mis ojos mientras escucho sus pasos resonando contra las escaleras que sube.

Teddy y Arjo, que claramente lo habían escuchado todo, están de pie junto a la entrada de la cocina mirándome con desprecio. Los veo, y nuestras miradas se cruzan, pero nadie dice una palabra, aunque el ceño fruncido en sus rostros habla por sí solo.

—Mierda —murmuro.

Capítulo Once

Jamie

Golpeo la puerta detrás de mí, la fuerza de la cual resuena a través de las paredes. Mi pulso late en mis oídos, y la ira que hierve bajo mi piel me vuelve ligeramente mareada. Me tiro sobre la cama, enterrando mi cara en la almohada. El suave aroma de lavanda apenas se registra, un débil consuelo contra la tormenta que rage dentro de mí.

No quería explotar de esa manera. No quería hacerlo. Pero Arlo... simplemente sabe cómo presionar todos y cada uno de mis botones. La forma en que me habló, la frialdad en su voz, las acusaciones, encendió algo dentro de mí que no había sentido en mucho tiempo. Ha sido así desde que regresé. Ha sido frío, con una estoicidad exasperante. Y sin embargo, debajo de eso, hay algo más. Hay algo que hierve en la forma en que me mira, en la forma en que sus ojos oscurecen cuando me miran. Incluso esa noche en el callejón, cuando nos rendimos a la atracción entre nosotros, todavía logró cerrarse, retirarse detrás de esa pared helada. *¿Ahora qué? ¿Está celoso?*

La idea de que Arlo esté celoso del tiempo que he pasado con Arjo y Teddy envía un escalofrío por mi cuerpo, un pequeño destello de satisfacción vengativa. Si está celoso, quiero que lo esté. ¿Cómo se atreve a estar enojado conmigo por dormir con Teddy, especialmente ahora que todo lo que puedo pensar es en prepararme para esta misión? La misión me aterra y pesa sobre mí cada día. Formar parte de un plan para acorralar a la persona que disparó a mi abuelo... es peligroso, es una amenaza para mi vida, y me tiene los nervios en vilo. El entrenamiento es lo único que me mantiene en la tierra en este momento.

Lo peor es que si realmente estuviéramos follando, quizás sus acusaciones no dolieran tanto. Pero no lo estamos. A pesar de la tensión entre nosotros, a pesar de los momentos intensos que hemos tenido, a pesar de la forma en que Arjo y Teddy se acercan peligrosamente a la línea, siempre se detienen justo a tiempo. Es exasperante. Y sé por qué. Es mi abuelo. Incluso tumbado inconsciente en una cama de hospital, todavía está sobre mí, sobre todo. Como si necesitara otra razón para estar enojada con él.

Los quiero. Los quiero a todos. Y sé que ellos también me quieren. Pero es como si la sombra de mi abuelo se cerniera sobre nosotros, deteniendo todo antes de que pueda comenzar. La

frustración tensa mi pecho y mis puños se cierran. Escucho débiles voces detrás de mi puerta. Arjo y Teddy, regañando a Arlo.

"Tienes que disculparte con ella," dice alguien, pero no puedo enfocarme en eso. La ira sigue hirviendo, retorciéndose dentro de mí como una tormenta que no puedo calmar.

El tiempo pasa, aunque no puedo decir cuánto. El sol ya ha salido completamente ahora, su luz entra en la habitación, burlándose de mi fallido intento de despertarme temprano para entrenar con Teddy. Me fuerzo a respirar, a dejar ir los recuerdos que se arremolinan en mi cabeza: la escuela, los castigos, el dolor. Las cosas que le dije a Arlo siguen repitiéndose en mi mente, desenterrando la ira que he pasado años tratando de enterrar.

Hay un golpe en la puerta. No respondo. Pocos momentos después, suena de nuevo. Todavía, me quedo en silencio, enterrándome más en la cama. Entonces, escucho el crujido de la puerta abriéndose. No necesito mirar. Sé quién es. Arlo. El olor a madera de su colonia golpea mis fosas nasales, trayendo con él todas las emociones con las que he estado lidiando desde esta mañana. Odio que incluso ahora, con todo lo que ha dicho, la atracción que tiene sobre mí sea innegable. No puedo dejar de pensar en esa noche en el callejón, en la forma en que sus manos se sintieron en mi piel, en la forma en que sus labios se movieron contra mí. Me enfurece que tenga este poder sobre mí, incluso ahora.

"Hey," Su voz es ronca de arrepentimiento reticente.

"¿Puedo entrar?"

No respondo, pero escucho como entra, cerrando la puerta detrás de sí. Una parte de mí, a pesar de todo, está contenta de que no se haya ido.

"Lo siento por lo que dije," comienza. Sus palabras están cargadas de sinceridad y arrepentimiento.

Me doy vuelta y lo miro. Tengo que ver si esto es real, si lo dice en serio. Cuando lo miro, la terquedad que asocio con Arlo todavía está ahí, pero también hay algo más, algo más suave, algo crudo. Su rostro es una máscara de arrepentimiento.

No digo nada, así que se pasa la mano por el pelo de manera incómoda antes de continuar.

"Mira, soy malo con las disculpas, pero tú lo mereces. Arjo y yo...tuve una infancia dura, okay?"

Mamá adicta y padrastro abusivo. Nos hizo pasar por cosas que ningún niño debiera soportar. Luego llegó tu abuelo. Freddie...nos salvó. Nos dio un propósito, nos dio lo más cercano al amor que habíamos conocido. Éramos sólo dos críos a los que él había recogido. No hicimos nada para merecer cómo se ocupó de nosotros. No lo ganamos. Pero nos dio el cuidado que necesitábamos de todos modos."

Casi puedo verlo...esta versión de mi abuelo que nunca conocí, un hombre capaz de tal bondad. Y sin embargo, siento una punzada aguda de resentimiento, porque ese no es el hombre que recuerdo. Nunca vi su lado.

"Esa es la razón por la que estoy tan a la defensiva con él," continúa Arlo. "Para nosotros que venimos del infierno, a pesar de que Freddie no era perfecto, era perfecto para nosotros. Pero eso no excusa lo que dije. No invalida lo que has pasado. No tenía idea. Las cosas que hablaste, el abuso... eso es terrible. Y lo siento. De verdad lo siento."

Asiento lentamente, dejando que su disculpa se asiente. Es cierto que nuestras perspectivas son diferentes. Pasé de padres amorosos y atentos a un abuelo estricto que parecía no saber qué hacer conmigo la mitad del tiempo. Mientras que Arlo pasó de alguien que lo abusaba a alguien que le proporcionaba y le daba estructura. "Gracias por disculparte," susurro.

Se queda parado por un momento, mirándome con algo que no puedo precisar, luego se da vuelta hacia la puerta. Pero antes de que pueda irse, algo dentro de mí surge, una pregunta que no me había permitido hacer hasta ahora.

"¿Es la única razón por la que estabas enojado?" Se detiene, dándose vuelta para mirarme y mi voz se reduce a un murmullo. "Parecía que había algo más."

Suspira, mirando al techo como si buscara las palabras correctas. Luego su mirada se encuentra con la mía, y lo veo... algo crudo, sin defensas.

"Porque estoy luchando, Jamie," dice, su voz baja y tensa.

"¿Con qué?"

"Contigo."

Las palabras cuelgan entre nosotros, densas y pesadas. Siento que el aire se mueve, y mi respiración se atasca en mi garganta. Mi confusión debe ser evidente en mi rostro, pero en su

expresión, hay una certeza aterradora.

"Cada vez que te miro," dice, acercándose un paso, "tengo que luchar contra el abrumador deseo de besarte, de tirarte hacia mí. Cada. Singular. Segundo." Su voz se reduce, cada palabra lo acerca más a la verdad. "Y me vuelve loco verme contigo a Arjo y Teddy, la manera en que quiero estar contigo."

Está parado sobre mí ahora, su presencia es abrumadora, sus palabras me dejan sin aliento. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras la gravedad de su confesión cala en mí. Me quiere. Siempre lo supe, pero oírlo, sentir el peso de ello... es intoxicante.

—¿Qué te detiene para besarme ahora? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

Hay algo inconfundible en su expresión, una verdad latente en las líneas de su rostro. Sé que él quiere esto; maldita sea, acaba de admitirlo. Sin embargo, incluso ahora, puedo ver la conflictividad en sus ojos, la vacilación que habla de su lucha interna. Es como si estuviera pensando en mi abuelo de nuevo, el pensamiento de mi conexión con Freddie lo hiciese retroceder. Su cuerpo traiciona su indecisión, pero yo aprovecho el momento, dispuesta a no dejarlo escapar.

—Llevas esta máscara, Arlo. Te paseas como si fueras fuerte, como si nada te conmoviese. Y sin embargo, aquí estás, demasiado asustado para besar a una chica —mi voz está llena de desafío, un lento ardor de deseo debajo de ella.

Toma una respiración profunda, como si estuviera decidiendo algo en su mente. —¿Estás segura de que es eso lo que quieres que haga? —pregunta, su voz profunda, ronca, el sonido hace que un escalofrío recorra mi cuerpo.

—Sí, Arlo... estoy segura.

Sus ojos se oscurecen, y titubea un poco más. Luego, como si una presa se hubiera roto, se inclina hacia mí, sus labios acarician los míos en un beso tan crudo, tan consumidor, que siento como si todo lo que habíamos contenido se hubiera desatado finalmente.

Sus labios son implacables.

Duros.

Cálidos.

Fantásticos.

Arlo utiliza su agarre en mi cola de caballo para inclinar mi cabeza, y yo se lo permito. Le permito que me controle.

Su lengua exige entrada, y yo abro.

Cierro mis labios alrededor de su lengua.

Sabe a café y peligro.

Arlo gime y desliza su lengua más adentro en mi boca.

Mi mente está nublada por el deseo, pero aún quiero más.

Más contacto. Más piel. Más Arlo.

Subo mis manos por su cuerpo, por su pecho, sobre sus músculos que se contraen, hasta que agarro sus hombros.

Nuestros dientes chocan cuando ambos abrimos la boca más.

Debo estar soñando.

Doblé mis dedos, dejando que mis uñas se claven en su camiseta, confirmándome que esto es real.

Arlo agarra mi cintura y me atrae hacia él. Su longitud dura se clava en mi vientre, y yo levanto mi pierna, enganchando mi pie en su cintura.

No sé qué estoy intentando hacer. Pero lo que sea que mi cuerpo esté pensando, el suyo también.

La mano en mi cadera se desliza hacia mi espalda baja. Luego más bajo aún.

Palma mi trasero y me levanta, así que estoy montada en él en la cama. Sigue deslizándolo más abajo hasta que su mano esté entre mis piernas, cubriendo mi coño desde atrás.

Justo cuando inclino mi cabeza hacia atrás para tomar una respiración, me levanta y me coloca en la cama, con mi espalda contra los cojines.

Arlo me mira antes de arrodillarse en la cama y, sin decir palabra, se quita mis zapatillas, luego se dirige a quitarme mi camión, deslizándolo sobre mis hombros y piernas. Tomo una respiración entrecortada.

Me mira como un animal hambriento mira a su presa. Se inclina sobre mí, pasando su nariz sobre la tela húmeda de mis bragas. —Oh, Jamie, —gime.

—Estoy nerviosa, —admito en un susurro, agarrando sus hombros y sintiendo los músculos ondulados debajo de su camiseta. No soy virgen en ningún sentido, pero tengo la sensación de que él no se va a contener más.

—Lo sé, —dice con una sonrisa mientras tira de mis bragas hacia un lado y hace que la yema de su dedo pase por mis pliegues goteantes. —Voy a asegurarme de que estés lista antes de follarte.

—Oh, Dios, —gimo mientras temblores recorren mi cuerpo.

—Y voy a necesitar que estés empapada para mí, justo como me gusta. —Su tono es profundo y reconfortante, y se derrite en mis huesos. Arlo va a arruinarme para todos los demás hombres. Apenas me ha tocado y ya estoy al borde de desintegrarme. Mi cuerpo entero cobra vida con una anticipación que hace que se me pongan los vellos de punta.

—Así que, ¿Qué tal si nos quitamos la ropa? —Desgarra mis bragas hacia abajo por mis piernas y las agarra en su mano. Las sostiene contra su rostro, inhala, y mis mejillas arden al verlo. —Tu aroma es tan adictivo. Estoy duro como una piedra, y ni siquiera he probado tu dulce coño aún.

—Arlo, —gimo. Su boca sucia es tan caliente.

Lanza mis bragas al suelo y me atrae más cerca, arroja mi vestido al suelo también, antes de empujarme hacia atrás. Luego simplemente me mira durante el tiempo más largo, sus ojos barren mi cuerpo mientras un gruñido bajo retumba en su pecho.

—Arlo, —susurro.

—Estoy memorizando cada pulgada de ti, Jamie. Eres perfecta.

Mi piel se calienta de calor ante su halago. Inclina la cabeza y mete las manos hacia arriba por el interior de mis muslos, presionando mis piernas planas sobre la cama mientras traza besos hambrientos sobre mi piel —todo el camino desde mis rodillas hasta mi centro. Frota su nariz sobre mi clítoris, y mi espalda se arquea en la cama. —Maldita sea, Arlo.

—Oh, joder, —gime. —Estás tan malditamente desesperada por mí. Tu coño chorrea sobre las sábanas.

—Lo siento.

Me muerde juguetonamente el muslo. —No era una queja. Voy a pintar esta habitación entera con tu semen.

¡Dios santo!

Preso mis muslos aún más abajo hasta que estoy atrapada en el colchón y luego lame desde mi entrada vaginal hasta mi clítoris, gruñendo como un animal cuando lo hace. Su lengua ardiente y deliciosa perlada hace que me moje aún más.

—Oh, Jamie. Eres tan malditamente dulce, nena. Tu coño es delicioso.

Enredo mis manos en su cabello grueso, tiro de su cabeza hacia atrás. Estoy tan sensible y al límite que me contoneo debajo de él, pero él se mantiene firme, lamiendo y mordisqueando mi clítoris y haciendo que destellos de luz estelar bailen detrás de mis párpados.

Grito, pero él no se detiene mientras me chupa con fuerza y me hace alcanzar un orgasmo tan intensamente intenso que siento como si fuera a llorar. Panto en busca de respiración mientras el calor y el placer luchan por controlar mi cuerpo.

—Buena chica, —me consuela mientras me da un breve respiro, salpicando besos sobre mis muslos. —Pero vamos a ir de nuevo, ¿vale?

—No. No puedo. Es demasiado.

Se ríe de mi débil protesta. "Puedes, baby. Tu cuerpo simplemente se está acostumbrando a algo nuevo." Y para demostrar su punto, su boca regresa a mi coño de nuevo, lamiendo mi abertura mientras su lengua y labios se mueven expertamente sobre mi carne. "Podría comerme durante horas", susurra, y la vibración contra mis delicadas terminaciones nerviosas me hace estremecer. Va a matarme con orgasmos.

Luego, cuando finalmente me acostumbro a la sensación de su boca sobre mí y la sensibilidad cede ante olas cálidas de placer, desliza un dedo grueso profundamente dentro de mí y grito su nombre a voz en grito, hasta el punto de que juro que las paredes vibran.

"Dios mío", gruñe, empujando su dedo más adentro y curvando la punta hasta que roza contra ese punto dentro de mí que él parece encontrar con tanta facilidad. "Vuelve a venirme".

¿Venirme para él? No podría *no* venir, incluso si mi vida dependiera de ello. Un segundo orgasmo se precipita sobre mí como un tren de carga, arrancando todo el aliento de mi cuerpo. Temblando incontrolablemente, jadeo en busca de aire. Arlo está ahí todo el tiempo, acariciando mi cuello y susurrándome al oído. "Respira, Jamie".

Asiento con la cabeza, inhalando un profundo aliento de aire.

"Te aguantas la respiración cuando vienes. También lo hiciste en el callejón. ¿Sabías eso?" dice, frunciendo el ceño.

Sacudo la cabeza. "¿Es malo?"

"No, pero hoy, yo digo cuándo puedes respirar. ¿Entendido?"

Me muerdo el labio inferior y asiento, todavía bajando de la alta emoción que me dio.

"Bien. Ahora date vuelta", ordena.

Arqueo una ceja hacia él. ¿Va a follar? ¿Esto va a suceder finalmente? ¡Por favor, Dios!

"Ahora".

"Eres muy exigente", digo con un suspiro, pero me doy vuelta y meneo mi trasero en su cara. Él responde dándome una palmada fuerte, y gimo.

"Oh, mi perversa zorra gusta un poco de azote, ¿eh?" Me vuelve a dar una palmada, y un líquido brota de mi coño. Me muerdo la almohada para evitar otro gemido de lujuria.

Arlo separa mis muslos y se arrodilla entre ellos. Luego me agarra las caderas y me tira hacia arriba hasta que estoy en cuatro patas. "Ven acá".

"¿Vas a follarme ahora?"

Me mete un dedo adentro, y mi espalda se curva como blanco de un placer candente que abrasa mi núcleo. Luego agrega otro y gimo por la sensación de él abriéndome más. "Todavía no, nena".

Dejo caer mi cabeza sobre la almohada y pongo morritos.

"Todavía no he terminado de comer". Me besa suavemente las nalgas, calmándome la dolorida piel de donde me dio una palmada. Y luego su boca está contra mi trasero, su lengua sacude la unión mientras se mueve hacia abajo hasta que se derrama sobre mi coño de nuevo. Esta vez toda la atención está en mi entrada mientras desliza su lengua adentro de mí.

"A- Arlo". Mi cuerpo se agarra a las cenizas de mi orgasmo anterior para encender otro.

Él murmura su aprobación y sigue royéndome, revolviendo su lengua adentro de mí como si estuviera besando mi coño. Su lengua con piercing raspa mi clítoris, y me muerdo la almohada para no gritar a voz en grito.

Enrosca sus dedos en mi cabello y tira hacia arriba mi cabeza. "Deja de hacer eso, Jamie. Si te hago venir, quiero escuchar cada sonido que haces".

Gemí, y sigue royéndome y frotando mi clítoris con la cantidad justa de fricción y presión hasta que mis paredes internas palpitan y cada célula de mi cuerpo tiembla con la necesidad de venir. "Por favor, Arlo".

"¿Crees que puedes perdonarme por ser un imbécil contigo?"

Gimesco. Si obtengo este tipo de disculpas cada vez que se equivoca, Dios sabe que no me quejaré.

"¡Sí! "

"Bien". Gime contra mi carne, deslizando su lengua adentro de mí y llevando mi orgasmo a explotar como una cabeza nuclear en mi núcleo. Me sacude hasta el fondo, desgarrando un gemido visceral de mi garganta.

Mis hombros se hunden en la almohada hasta que estoy acostada con el trasero al aire, temblando y jadeando en busca de aire una vez más.

Arlo me mete dos dedos adentro, y un gruñido de agradecimiento ruge dentro de él cuando se deslizan fácilmente. "Ahora estás lista para mí".

"Sí, por favor", suspiro, desesperada por sentirlo. Mi coño anhela ser llenado por él completamente.

Escucho el sonido de su cremallera abriéndose y la tela de su camisa deslizándose sobre su cabeza. La corona de su polla presiona en mi entrada. "¿Recuerdas cuando dije que mi lengua no era la única cosa perforada?"

"Sí".

"Mi polla también está perforada. Hay cinco".

"Cinco".

¿Cómo puede alguien tener cinco perforaciones en su polla?

"Sí", dice. "Voy a follarte ahora, Jamie, y vas a contar mis piercings mientras me froto dentro de tu coño".

"¿Contar?"

"Sí, cuenta. Este", frota la perforación en su corona sobre mi clítoris y me hace gimotear de necesidad, "no lo sentirás hasta que esté completamente adentro y esté frotando esta barra contra tu punto G. Pero los otros los sentirás mientras lleno tu coño pequeño y ajustado con mi polla. ¿Bien?"

Dios mío. "Sí".

"Buena chica. Vas a contar cada uno al entrar yo, ¿entiendes?"

Asiento con entusiasmo.

Arlo empuja la punta adentro de mí, estirándome.

"Oh, Dios", gimo. Hace mucho que no follo con alguien.

Duele un poco, pero estoy tan mojada que entra sin resistencia. Gimo, empujando mi trasero hacia él, pero él agarra mis caderas y me sostiene firme. "Todavía no, nena".

"Arlo", gimoteo, y él me da una palmada en el trasero.

Luego me da otra pulgada, y comprendo por qué va tan despacio.

Porque, sin importar lo mojada que esté, él sigue siendo demoníacamente grande. Mi coño se

estira más allá de lo que lo ha hecho nunca, y hago una mueca ante la punzada. Pero luego una de sus perforaciones roza mis paredes vaginales, y libero un grito de placer.

"Uno", grito.

"Buena chica".

Mis dedos de los pies se curvan mientras Arlo sale un poco antes de empujar hacia adentro de nuevo, sacando más líquido de mi profundidad mientras se mete más adentro. "Dos".

"Esa es mi chica".

Dos. Eso significa que tenemos tres más por venir. No tengo idea de cómo voy a soportar el resto de él.

Se inclina sobre mí y me presiona suaves besos en la espalda. "Estás haciendo tan bien. Tan buena chica para mí".

Me derrito bajo sus halagos, prácticamente ronroneando como un gatito, y él aprovecha la oportunidad para deslizarse más adentro. —Tres—. Y luego más adentro. —Cuatro—, mascullo.

Me frota una mano por la espalda mientras se agarra a mi cadera con la otra. —Casi llegamos—.

—Oh, Dios mío—, gimoteo mientras mueve las caderas y sus piercings se frotan contra mis paredes, los pequeños barbells masajeándome de la manera más deliciosa. Descargas de éxtasis eléctrico me recorren, y casi vengo de nuevo.

—Joder, Jamie. Amas mi polla—.

—S-sí—. Me ruedan los ojos hacia atrás mientras me mantiene equilibrada en el precipicio del éxtasis.

Se retira y vuelve a entrar un poco más fuerte, y siento mucho más de él. —¡Arlo!— grito.

—Ahí está ella—, gruñe, envolviendo mi cabello en su puño y jalándome hacia arriba hasta que mi espalda se presiona contra su pecho desnudo. —Mi pequeña putarrilla traviesa—.

—Sí—.

—¿Estás lista para sentir la quinta?—.

—Uh-huh—.

Desliza su brazo libre alrededor de mi cintura, sujetándome con fuerza mientras mueve las caderas, deslizándose más adentro hasta que siento ese piercing final —y quiero decir que lo siento en las profundidades mismas de mi alma, desde las puntas de mis pies hasta el final de cada cabello de mi cabeza—. Ese punto que puede alcanzar con sus dedos, bueno, puede darnos un masaje profundo de tejidos al final de su polla. —C-cinco—, grito, retorciéndome y temblando tan fuerte en sus brazos que tiene que sujetarme quieta.

Su boca está en mi cuello, devorándome, cubriéndome con lamidas feroces y mordiscos mientras me sujeta fuerte y me penetra. —Nena, fuiste hecha para mi polla—, gruñe, deslizándose profundamente para que cada piercing se frota contra un punto dentro de mí que ya está sobre estimulado y sensible. —Hecha para mí—.

Mis piernas ya tiemblan mientras desliza su mano entre mis muslos y frota los dedos sobre mi clítoris. Me frota suavemente —su toque es como una provocación y una burla, tan discordante con la forma en que me penetra como un hombre poseído—.

Me retuerzo en sus brazos a medida que las sensaciones se vuelven abrumadoras, pero me jala más cerca hasta que no puedo saber dónde comienza mi cuerpo y termina el suyo. Siento cada flexión de sus músculos duros mientras me folla a golpes brutales. Su pecho está contra mi espalda, sus muslos están contra los míos, sus dientes y labios están rozando mi cuello, sus brazos enormes me envuelven. Son tan grandes que eclipsan mi marco más pequeño. Él es todo y está en todas partes. Es absorbente y completamente intoxicante.

El sudor cubre nuestros cuerpos a medida que nuestra respiración se vuelve más pesada.

—Te sientes tan bien—, gruñe.

—Me follas tan bien—.

El éxtasis se asienta sobre mí como una manta pesada.

Retengo el aliento.

—Respira, Jamie—, me ordena.

Aspiro un bocado de aire al mismo tiempo que mueve las caderas y la punta perforada de su polla golpea mi punto G. Chispas brillantes de luz parpadean detrás de mis párpados mientras

ondas de placer eléctrico caliente ruedan por mi cuerpo, confluyendo en un punto profundo dentro de mi coño.

—Dios santo, Arlo, voy a... a venir... otra vez. Y no sé si puedo—. Esto se siente diferente que antes. Tanta presión acumulada. Me siento mareada, todo lo que puedo hacer es gemir y jadeante, y tomar lo que me da.

—Puedes, nena. Déjate ir. Te tengo—.

Y luego sucede. Un tsunami de semen —o al menos eso espero— me sale, empapándome a mí y a Arlo, y dejando un charco en la cama.

—Jesucristo, Jamie—. Se desata dentro de mí, sus caderas golpeando mi trasero mientras me da todo lo que tiene, deslizándose en mí con tanta fuerza que la cama se sacude contra la pared. Mis ojos se ruedan hacia atrás de mi cabeza como si fueran controlados por una fuerza invisible, mi cuerpo tiembla bajo la fuerza de sus embestidas feroces. Me siento como si cada nervio dentro de mí estuviera centelleando con un placer tan intenso que es casi insoportable, y sin embargo, irresistible.

—Sí, por favor. Fóllame más fuerte—, grito, es lo único en lo que puede pensar mi mente en este momento; su polla arrasándome. Pero luego, cuando mis ojos se asientan, los veo... A Arjo y Teddy, de pie en la habitación, observándonos.

—¡Dios mío!

Capítulo Doce

Teddy

Presiono los dedos contra mis sienes, masajeándolas.

Las cosas que Jamie había dicho sobre su abuelo, lo que la escuela le hizo en nombre de la disciplina y todo lo que tuvo que soportar allí me habían atormentado hasta darme dolor de cabeza.

No es de extrañar que sea tan salvaje y libre. Había sufrido su buena dosis de encierro. Sabía que las cosas estaban mal entre ella y Freddie, pero honestamente no sabía que eran tan terribles.

Eso explica por qué siempre parece tan desconcertada, con incredulidad coloreando su expresión cada vez que decíamos cosas buenas sobre el viejo. Había notado cómo cambiaba su semblante cada vez que eso sucedía, pero nunca pensé en indagar.

Ella no lo idolatra como Arlo espera que lo haga y ahora sabemos por qué. Freddie es un hombre estricto y nos entrenó bien, al menos lo suficiente para continuar en esta vida de crimen y violencia. Pero la forma en que crió a Jamie fue un poco demasiado extrema incluso para nosotros.

Bueno, supongo que él, a su manera, estaba tratando de endurecerla. Y lo logró. La chica ahora era una salvaje, feroz y dura. Se las había arreglado para encontrarse a sí misma a pesar de todo lo que pasó y había llegado a un punto en su vida en el que no escuchaba a nadie.

Jamie hace lo que quiere sin que le importe una mierda lo que piensen los demás. La confianza que irradia es admirable, y le guste o no al viejo Freddie, él jugó un papel importante en la mujer en la que se ha convertido.

Arlo se había pasado de la raya, pero al menos está en su habitación, disculpándose. Se lo debe por haberla molestado de esa manera. Solo quiero verla feliz y odio verla triste. Sin embargo, verla tan enojada con toda esa rabia cruda brillando en sus ojos fue algo sexy, en realidad.

Nunca la había visto así antes. Estaba furiosa con una mirada severa que decía que quería destriparlo. Su semblante irradiaba una advertencia mortal que me atraía como una maldita

polilla a la llama. No pude evitar sentirme atraído por la furia ardiente que vi ardiendo en sus ojos.

Su rabia era hipnotizante y ahora me pregunto cómo puede ser tan hermosa cuando está tan enojada.

Siento una emoción inexplicable recorrer mi cuerpo solo al recordar cómo brillaban sus mejillas y cómo sus labios tentadores se habían separado con indignación.

Mi palma se desliza por mi rostro mientras mi polla comienza a hincharse en mis pantalones. Me estoy poniendo duro solo con la imagen de su cara enojada proyectada en mi mente.

Estaba cautivado por esos ojos que brillaban como acero pulido, por sus hombros tensos y su mandíbula temblorosa.

Joder. Realmente es una seductora, una mujer de calidez perpetua cuya presencia siempre está imbuida de una sensualidad inquebrantable.

—¿Qué crees que estén haciendo arriba? —la voz de Arjo me devuelve a la realidad.

—Tu hermano se está disculpando —respondo con naturalidad.

—Tal vez —dice—. O tal vez no.

Me giro para mirarlo y tiene un brillo misterioso en la mirada. Lentamente, una sonrisa juguetona se dibuja en mis labios y puedo apostar que sé exactamente lo que está pensando. —¿Quieres espiar?

Sus cejas se estrechan ligeramente. —Eso sería invadir su privacidad pero... demonios, sí. —Esboza una amplia sonrisa.

—Ese es mi hombre. —Me río entre dientes, guiando el camino escaleras arriba, nuestros pasos casi silenciosos mientras subimos.

Llegamos al final de las escaleras e intercambiamos miradas, deteniéndonos en seco. Podemos escuchar el sonido apagado de una voz familiar, llegando al clímax de puro placer. Nos burlamos, acelerando el paso, y cuanto más nos acercamos a su puerta, más audibles se vuelven sus gemidos.

—Pensé que se suponía que estaban hablando —digo en voz baja, sintiendo la dureza de mi polla.

—Lo están haciendo —dice Arjo con una sonrisa burlona—. Solo que de una manera diferente.

Nos miramos por un momento y es como si nuestros pensamientos estuvieran sincronizados. Ambos sabemos exactamente lo que el otro está pensando. Con esa realización, me atrevo a agarrar el pomo de la puerta y empujar suavemente.

Con un leve chirrido, se abre ligeramente, permitiéndonos echar un vistazo a la habitación donde Arlo está ocupado embistiéndola como loco mientras ella se retuerce debajo de él.

La cama se sacude con sus embestidas y ella está gimiendo fuertemente. Debe estar golpeando los lugares correctos. Joder.

Mi corazón arde de deseo ante la excitante visión frente a mí. Miro a Arjo y ya está frotándose la polla a través de los vaqueros, con los ojos fijos en la escena que se desarrolla ante él.

Es como ver porno en realidad virtual, excepto que esto es la vida real.

Están tan absortos que no notan nuestra presencia incluso cuando cierro la puerta y me apoyo de espaldas contra ella mientras Arjo toma asiento en un sofá.

—Sí, por favor. Fóllame más fuerte. ¡Más fuerte! —pide ella, gimiendo todo el tiempo.

Es tan excitante que no quiero que paren porque realmente estoy disfrutando esto, al igual que Arjo, estoy seguro. Nunca me la he follado antes y ahora quiero hacerlo. Quiero follármela tanto, quiero follarle el coño junto con los dos hermanos hasta que se corra.

Ella abre los ojos y nos pilla mirando. —¡Oh, mierda!

La mirada de Arlo se desplaza entre Arjo y yo al oír su exclamación y deja de hacer lo que estaba haciendo.

—No, no, no paren por *nosotros* —digo, frotándome sobre el bulto de mi polla dura.

—Perdón por interrumpir —dice Arjo, con los ojos clavados en Jamie—. Es que no pudimos evitarlo.

—Lo entiendo —responde Arlo—. Ella tiene ese efecto en todos nosotros. —Sus ojos recorren el cuerpo sexy y desnudo de ella.

—Bueno —comienza ella, levantándose lentamente, revelando su cuerpo perfecto, sus curvas y su piel brillante—. Ahora que estamos todos aquí. —Se muerde el labio inferior y pasa la lengua seductoramente, sus ojos recorriendo nuestros rostros—. Y todos queremos lo mismo, digo que nos pongamos manos a la obra.

—Hablas mi idioma —respondo.

Arlo camina hacia su espalda, su polla balanceándose con cada paso. Se presiona contra su trasero mientras ella se derrite en su pecho.

—Vengan a mí —su voz es un susurro tentador que nos atrae a Arjo y a mí hacia su frente.

Los tres la rodeamos: Arlo aún está en su espalda, sus labios presionando contra su nuca; Arjo está a su lado, besando sus labios, su lengua viajando dentro de su boca. Yo, bueno, tengo mi dedo en su coño mientras me inclino para trabajar en sus pechos. Chupo uno, mientras con mi mano libre, pellizco su otro pezón.

Ella está gimiendo en la boca de Arjo, deleitándose con el placer de seis manos acariciando su cuerpo, tocando cada rincón y grieta que se puede alcanzar.

Jamie aparta sus labios de la boca de Arjo y gira la cabeza para besar a su hermano, mientras el otro le da una nalgada, su mano viajando hacia su ano desde atrás.

Arjo y yo compartimos sus pechos. Yo chupo uno y él chupa el otro. Mi dedo está trabajando su coño mientras él trabaja su trasero. Al mismo tiempo, Arlo está ahogando sus gemidos con su beso.

Ella se ríe y lentamente se arrodilla mientras nos cernimos sobre ella. Sus manos desabrochan el botón de mis pantalones con la mirada fija en mi rostro. Sin romper el contacto visual, hurga y saca mi polla, sonriendo ampliamente.

Desvía su atención hacia Arjo y hace lo mismo, sacando su polla. Arlo ya está desnudo y tiene su polla en la mano.

Ella agarra las pollas de los dos hermanos y mientras las acaricia, abre su boca como diciéndome que inserte mi polla. No pierdo el tiempo. Sostengo su cabeza para apoyarla y hago lo que la

dama quiere.

Está deslizándose sobre mi polla, de atrás hacia adelante con precisión experta. Sin dientes, solo sus labios y su lengua. Se siente tan bien que echo la cabeza hacia atrás, gimiendo de éxtasis.

Ahora, es su mano la que se desliza sobre mi polla, tan resbaladiza por toda esa saliva que la cubre. Ha cambiado y está chupando a Arjo mientras acaricia mi polla y la de Arlo.

No sé cómo lo hace, pero pasa la misma cantidad de tiempo haciéndole una mamada a cada uno de nosotros. Ahora es el turno de Arlo.

Si no está chupando una polla, la está acariciando.

Cuando termina, un chillido juguetón escapa de sus labios mientras Arlo la levanta en sus brazos y se dirige hacia el sofá.

Arjo se quita los pantalones, yo me quito los míos, y ambos nos quitamos las camisetas, siguiéndolos a la nueva ubicación. Arjo se sienta en los cojines, con las piernas separadas, listo para recibirla. Su hermano la deposita suavemente sobre sus pies y ella se recuesta sobre el pecho de Arjo. Sus manos agarran sus pechos, apretándolos suavemente mientras ella gime.

Ella separa las piernas y yo me agacho sobre ella, comiéndome ese coño, mi lengua lamiendo su clítoris, deslizándose por su entrada húmeda, arriba y abajo.

Arlo se arrodilla en el cojín, metiendo su polla en su boca mientras ella le hace una mamada babosa, gimiendo sobre su polla.

Arjo le está estrujando los pechos, pellizcándole los pezones mientras le como el coño. Deslizo mi lengua hasta su trasero y lo lamo. Ella aparta la boca del pene de Arlo y expresa sus gemidos, masturbándolo con la mano.

Las manos de Arjo recorren todo su cuerpo, acariciando cada centímetro y pronto, tiene un dedo hundiéndose en su coño mientras el otro le manosea los pechos.

Le como el culo como si fuera su coño y puedo sentir sus piernas temblando por todas las sensaciones que recorren su cuerpo.

—¡Ay, Dios mío! Eso se siente tan jodidamente bien —gime.

No estoy seguro de qué exactamente está bien, pero supongo que es todo a la vez. Está ahogándose en un océano de placer.

Le lamo el culo, untando mi saliva hasta que está muy húmedo.

—Arjo, quiero que me folles el culo —dice entre gemidos y vuelve sus ojos hacia mí—. Teddy, fóllame el coño como si lo dijeras en serio. —Gira la cabeza y mira a Arlo—. Quiero que me folles la boca hasta que me quede sin aliento.

En esencia, quiere que todos le follemos los agujeros al mismo tiempo. Esto debería ser divertido. Ella está al mando y me gusta que sepa que está al mando.

Con una sonrisa, me levanto y posiciono mi polla en su entrada, frotando mi glande sobre sus pliegues. Por Dios, está tan jodidamente mojada.

Ella deja escapar un suave gemido cuando Arjo mete su polla en su ano, penetrando lentamente hasta que está completamente dentro. —Joder —articula con los labios.

Arlo le gira la cara mientras empuja su polla dura en su boca, yo empujo la mía en su coño palpitante.

Es una triple penetración y todo su cuerpo está temblando. Está gimiendo con la polla de Arlo deslizándose constantemente dentro y fuera de su boca. Sus labios están apretados alrededor de su carne y él tiene sus manos sosteniendo su cabeza desde atrás.

Él se retira y ella jadea en busca de aire durante unos dos segundos antes de que vuelva a entrar. Sus pechos están rebotando de un lado a otro y en el momento en que recupero el equilibrio, alcanzo a apretarlos mientras sigo penetrando su coño.

Arlo saca su polla de nuevo y ella deja escapar un grito agudo, lleno de excitación. Después de un rato, dice: —Cambien.

La ayudo a levantarse mientras todos cambiamos de posición. Yo tomo el lugar de Arjo, él toma el de Arlo y Arlo toma el mío.

Sin embargo, esta vez, ella decide montarme en vez de acostarse con su espalda en mi pecho. Mientras se sienta lentamente en mi polla, sus ojos se ponen en blanco, un testimonio de la cantidad de placer que está sintiendo.

Una vez que se ha acomodado, se inclina hacia la polla de Arjo y la toma en su boca, su mano deslizándose sobre ella para marcar el ritmo.

Arlo entra en su culo y ella tiembla, sus piernas se sacuden.

—Quiero que todos se corran en mis agujeros —dice, su voz un susurro sexy.

Arlo y yo continuamos follándole el culo y el coño mientras él le azota el trasero. Arjo le agarra la cabeza y le folla la boca hasta que empieza a ahogarse.

Un fuerte jadeo se escapa cuando él le fuerza la cabeza fuera de su entrepierna. Ella inhala entre dientes mientras un hilo grueso de saliva permanece en su polla. Él gime cuando ella comienza a masturbarlo muy rápido, su mano deslizándose a través de la humedad en su piel.

Todavía la estoy follando desde abajo. Las embestidas de Arlo son implacables y ella está gritando de éxtasis, su cuerpo temblando.

Su voz pronto se ahoga cuando Arjo empuja su polla de vuelta a su boca, follándola vigorosamente.

Escucho los gemidos de los hermanos haciéndose más profundos y sé que esto es todo. Puedo sentir la misma sensación sacudiendo mi sangre. Mis piernas tiemblan mientras me acerco más y más al clímax con cada segundo que pasa.

Arjo debe haberse retirado porque ahora podemos escuchar su voz, goteando con un hambre erótica: —Córranse dentro de mí, por favor. Háganlo. Lo quiero todo. Llenen mis agujeros.

Es lo que la dama quiere, ¿quién soy yo para negarle su petición? Además, su tono sexy fue suficiente para hacerme correr de todos modos.

Con un grueso gemido, libero mi carga, llenando su coño con mi esencia. Escucho a los hermanos mientras hacen lo mismo, llenando su culo y boca con sus cargas.

Jamie se estremece violentamente como si estuviera teniendo una convulsión mientras su cuerpo se tensa, su coño expulsando fluido. El chorro es como agua de una fuente y está tan caliente contra mi entrepierna.

Ella salta de encima de mí y se acomoda en la base del sofá, con las piernas temblando, todo su cuerpo estremeciéndose mientras lucha con la abrumadora sensación que amenaza con

consumirla. Su boca está cubierta de semen, el semen de Arjo, y mientras su tensión se alivia, levanta los ojos y nos mira fijamente.

Puedo ver el asombro y la satisfacción en sus ojos mientras se limpia el semen de la cara, esparciéndolo por su piel en el proceso.

Maldita sea...

Es lo más ardiente que he visto en mi vida.

Capítulo Trece

Jamie

Ha pasado un día desde mi discusión con Arlo, un día desde que tuve el mejor sexo de mi vida. Me detengo frente al espejo una vez más, la cuarta vez en los últimos minutos, mientras me pongo unos delicados pendientes para completar mi look.

Me estoy vistiendo para la misión de infiltrarme en el club Eden, así que necesito parecer toda una chica de fiesta. No es difícil, considerando que me gusta salir de fiesta. Me veo bien, pero los tentáculos de la ansiedad se aferran a mi corazón con más fuerza con cada respiración, enrollándose en mi pecho como una serpiente que se niega a aflojar su agarre.

Miro el reloj. Ya son las siete de la tarde. De alguna manera logré terminar de arreglarme justo a tiempo. Mi vestido de cuero negro es corto y se ajusta a mis curvas de una manera que parece pecaminosa. Mi maquillaje es oscuro y sexy, con purpurina en los párpados que hace que mi sombra de ojos se asemeje a un cielo estrellado. Mi cabello está suelto, luciendo exuberante y voluminoso.

Me pregunto qué pensarán los chicos.

Los chicos. El mero pensamiento de ellos me envía un escalofrío por la espalda, los recuerdos inundan mi mente antes de que pueda detenerlos. Son una fuerza, una oleada colectiva de calor, manos, bocas, la quemadura de cada toque, el fuego detrás de cada embestida.

Todavía puedo sentir sus manos sobre mí, la forma en que me llevaron al límite y más allá, dejándome temblando y satisfecha. Es solo un recuerdo, pero siento que mi cuerpo responde, un estremecimiento de deseo amenaza con deshacerme.

¡No, detente! ¡No hay tiempo para eso!

Sacudo esos pensamientos. No puedo distraerme. Es mi primera misión y necesito tomarla en serio.

Salgo de mi habitación y bajo las escaleras, el sonido de mis tacones marca cada paso. Los chicos están abajo hablando, pero se detienen cuando me oyen acercarme y miran hacia arriba.

Me sonrojo. Es tonto, pero me siento como las chicas de las películas bajando las escaleras la noche del baile para encontrarse con su cita.

La situación es muy diferente, ya que voy a una misión potencialmente peligrosa, no a una fiesta de secundaria, y tengo tres pretendientes, no uno. Aun así, Arlo, Arjo y Teddy reaccionan exactamente como lo hacen en las películas.

Me miran con la boca abierta, incluso mientras mis mejillas se ponen más rojas bajo su escrutinio.

—¿Qué? —rompo el silencio, aunque mi voz sale más suave de lo que pretendía—. ¿Creen que está bien?

—Oh, cariño... te ves tan... —empieza Teddy, su voz se apaga como si no pudiera encontrar las palabras.

—...hermosa —termina Arjo.

Arlo, que suele ser brusco, parece completamente desarmado. Espero que aparte la mirada y no diga nada, pero en cambio, interviene, su voz baja con deseo:

—Eres irresistible.

Me derrito por dentro, sin desear nada más que caer en sus brazos y que me devoren.

Arjo es el primero en romper el hechizo, su tono suave, pero serio.

—¿Cómo te sientes? ¿Aún crees que puedes hacerlo?

Exhalo, sus palabras me recuerdan que debo ser seria.

—Estoy un poco nerviosa —admito—. Pero definitivamente lo haré.

Una mirada de comprensión pasa por los rostros de todos.

Teddy interviene con su habitual seguridad tranquilizadora.

—Lo harás bien. Solo sé natural. Avísanos cuando veas al tipo y ayúdanos a colarnos por la parte de atrás como planeamos. Nosotros nos encargaremos del resto —hace una pausa, sus ojos fijos en los míos—. ¿Recuerdas cómo se ve?

—Sí... lo recuerdo —digo. Y es cierto. He visto el video de vigilancia suficientes veces como para tener cada detalle grabado en mi mente. El hombre que le disparó al abuelo, un bruto calvo con brazos gruesos y musculosos y tatuajes que suben por sus brazos hasta el cuello, está grabado en mi memoria. Si está en ese club esta noche, lo detectaré.

El tono tranquilo de Teddy calma algunos de mis nervios, aunque sea por el momento. La forma en que habla de ello, como si todo fuera tan simple, me ayuda a creer que podría serlo. Asiento, sintiéndome un poco más firme.

Nos ponemos en marcha, y el viaje al club es rápido. Puedo sentir la ansiedad aumentando de nuevo, creciendo a medida que nos acercamos al club. Mi mente da vueltas con posibles escenarios: *¿Y si me paralizó? ¿Y si lo pierdo de vista? ¿Y si todo sale mal?*

Finalmente, la voz de Arlo corta el silencio.

—Hemos llegado.

Lo miro a través del espejo retrovisor, sus ojos encontrándose con los míos con una calma que desearía poder reflejar. Trago saliva, mis manos frotándose entre sí, un intento inconsciente de disipar los nervios que se acumulan en mi pecho.

—¿Estás lista? —la voz de Arlo es suave, pero hay fuerza en ella.

—Estarás bien —añade Arjo desde el asiento delantero, su tono cálido y tranquilizador—. Te tenemos cubierta.

Teddy reparte los auriculares, y me pongo el mío en la oreja antes de salir del coche. Con un profundo respiro, enderezo los hombros y saco mi teléfono, fingiendo que estoy escuchando música y enviando mensajes, la imagen perfecta de la indiferencia.

Me acerco a la entrada del club, donde hay una fila casi completamente formada por mujeres con atuendos escasos y ajustados, sus cuerpos brillando bajo las luces de neón. Me uno a la cola, mi pulso acelerándose con cada paso que doy hacia adelante.

La fila avanza rápidamente, y solo estoy a unas pocas personas de la entrada cuando lo escucho. Al principio es débil, y casi lo pierdo porque mi corazón parece estar latiendo en mis oídos, pero cuando lo registro, no puedo creer lo que estoy oyendo.

¿Es esa... la canción de Misión: Imposible?

Parpadeo, sobresaltada.

—¿Qué demonios...?

—Ese fue Teddy —la voz de Arlo crepita a través del auricular en mi oído que actualmente está reproduciendo la música de la película.

—¿Qué? Se veía tensa. Pensé que sería divertido aligerar las cosas —sigue la voz de Teddy, burlona y despreocupada.

No puedo evitar la risa que se me escapa, imaginando la expresión en los rostros de Arlo y Arjo ahora mismo. Puedo imaginarlos mirando a Teddy con furia. La imagen me reconforta, y tengo que simular que escribo en mi teléfono para que parezca que estoy enviando mensajes.

Todavía estoy sonriendo cuando llego al frente de la fila. Los guardias me miran cuidadosamente, sus miradas duras y escrutadoras. Me evalúan, notando cómo estoy vestida. Me veo sexy, pero no vulgar. Satisfechos, me hacen una señal para que avance, y paso por el detector de metales. El suave pitido indica que estoy libre.

—Estoy dentro —murmuro a través del comunicador, manteniendo mi voz firme.

He estado en clubes antes —muchas veces, de hecho—, pero esto es algo completamente diferente. El aire está cargado de calor y energía pulsante, los cuerpos se balancean al ritmo del retumbante bajo que vibra a través del suelo. Las strippers actúan en pequeños escenarios, sus movimientos fluidos y seductores. Es embriagador.

Entorno los ojos, tratando de penetrar a través de las brillantes luces parpadeantes mientras escaneo la multitud. Vago de un área a otra, examinando cada rostro, pero él me elude. Incluso me aventuro en el baño de hombres, pero no está por ninguna parte. Es un hombre difícil de pasar por alto —calvo, fornido, tatuado—, pero la decepción que me corroe por no verlo comienza a asentarse.

Me dirijo a la barra, pidiendo una bebida para calmar la inquietud que se arremolina dentro de mí.

—¿Y si no está aquí? —susurro a través del comunicador, la vulnerabilidad filtrándose en mi voz.

—Tenemos buena información de que está ahí —la voz de Arjo responde, firme y

tranquilizadora.

Mi bebida llega, y doy un largo trago, sintiendo el ardor deslizarse por mi garganta. Justo cuando miro alrededor de nuevo, lo veo —*ahí está*. Camina con confianza hacia la sección VIP, con una hermosa mujer en cada brazo.

—Bingo —digo, la emoción encendiéndose dentro de mí—. Está aquí. Está en los reservados VIP.

—Entendido. Arlo y yo vamos por la parte de atrás —la voz de Teddy crepita en mi oído.

—De acuerdo, fingiré que busco el baño —respondo.

—Nos encontraremos allí —dice Teddy.

Me dirijo hacia los baños, balanceándome junto con los cuerpos en la pista de baile, hasta que estoy fuera de vista, luego me escabullo hacia la salida trasera. Es más tranquilo aquí, la música amortiguada y distante. Echo un vistazo alrededor para asegurarme de que nadie me observa antes de deslizarme por la puerta que dice: "Solo Personal".

—¡Oye, señora! ¡No puedes estar aquí! —ladra una voz, el tono agudo y autoritario.

Apenas he puesto un pie dentro. Hay dos guardias al final del pasillo, de pie frente a la puerta de salida.

Mierda. Hora de interpretar el papel.

Deslizándome dentro a pesar de sus palabras, finjo un tartamudeo de borracha, tropezando ligeramente mientras me acerco a ellos.

—Oh... lo siento... torpe de mí... debo estar un poco perdida... ¿no es este el baño de damas?

—¡Señora, le dije que no puede estar aquí! —Da un paso hacia mí, y mi corazón se acelera.

Sigo adelante, sin embargo, hasta que tiene que venir a mi encuentro en el medio. En el momento en que su mano toca mi hombro, me apoyo en él y finjo arcadas.

El guardia retrocede inmediatamente, su rostro arrugado de asco.

—¡Puaj, mierda! ¡Qué demonios!

—Lo siento, yo... —finjo otra arcada, realmente vendiéndolo—. ¡No me siento muy bien!

—¡Maldición, no dejes que vomite aquí! —se queja el guardia que se quedó en la puerta.

—¿Qué coño se supone que debo hacer? —El que me sostiene responde bruscamente—. Mierda, abre la puerta, deja que lo haga afuera. Podemos dejarla allí. Parece que ya terminó por esta noche. No hay manera de que vuelva a entrar.

Todavía con cara de asco, el de la puerta mete la llave y la gira, desbloqueándola.

¡Bingo!

—Tráela rápido —dice, con la mano aún en el pomo.

El otro guardia comienza a arrastrarme hacia la salida, pero justo entonces, la puerta es derribada de una patada, permitiendo que Teddy y Arlo entren precipitadamente. Teddy se lanza sobre el guardia de la puerta, presionando un pañuelo contra su cara. Lucha momentáneamente, pero es evidente que Teddy lo ha impregnado con algo potente. Rápidamente se desploma en el suelo, abandonando la pelea.

El guardia a mi lado grita, alcanzando su arma, pero Arlo es más rápido. Patea el arma fuera de su mano, y yo lanzo mi pie mientras el guardia me suelta, haciéndole tropezar. Arlo no desperdicia la oportunidad, agarrando la cabeza del guardia que cae y estrellándola contra su rodilla.

Así de rápido, ambos guardias son neutralizados. Arlo y Teddy se apresuran a despojarlos de sus armas y comunicadores, arrastrándolos a ambos afuera y arrojando sus cuerpos en el gran contenedor de basura del exterior.

—Vamos, movámonos —urge Arlo. Asiento, la adrenalina impulsándome mientras nos adentramos más en el club, hacia la sección VIP donde nuestro objetivo espera.

Me siento más confiada ahora que estoy con ellos. Nos dirigimos de vuelta a la sección VIP, donde nuestro objetivo está sentado con una mujer a cada lado y costosas bebidas en su mesa.

Hay un bouncer en el camino, pero Teddy se deshace rápidamente de él usando los comunicadores que tomaron de los guardias.

—Se necesita refuerzo en la salida del personal, hombres armados irrumpiendo —dice.

Observamos cómo la alarma se registra en el rostro del bouncer, y mira alrededor por un momento antes de abandonar su puesto.

Los chicos se mueven rápidamente, y yo me mantengo cerca. Llegamos a la mesa del objetivo, y me quedo detrás, justo fuera de vista mientras ellos lo abordan.

—Muy bien, señoritas... es hora de irse —declara Teddy, la autoridad en su voz inconfundible. Arlo abre ligeramente su chaqueta, revelando el brillo de su arma al hombre calvo y a las mujeres aterrorizadas. Ellas gritan, apresurándose a escapar como ciervos asustados.

El hombre calvo intenta sacar un arma de su costado, pero Arlo es más rápido. Apunta su arma hacia él.

—Ni se te ocurra.

Calvo levanta las manos en señal de rendición.

—Está bien, chicos... ¿sin presentaciones, sin nada? ¿A qué debo este trato especial?

—Tú eres el pedazo de mierda que le disparó a Freddie Long, ¿no? No creo que haya necesidad de saludos —dice Teddy, acercándose, su voz baja y peligrosa.

—No tienes a dónde correr. Estás atrapado aquí con nosotros. —Arlo quita el seguro de su arma —. Si nos dices quién te envió, lo haré sin dolor.

Todo ha ido bien hasta ahora, pero la calma en el rostro del hombre calvo me produce un escalofrío. Tengo la inquietante sensación de que podríamos estar metiéndonos en algo más grande de lo que podemos manejar.

—¿Soy yo quien está atrapado aquí con ustedes, o son ustedes quienes están atrapados aquí conmigo? —responde, su voz un gruñido bajo y amenazante.

Instintivamente, todos miramos alrededor, y el terror recorre mis venas. La atmósfera cambia en un instante. Estamos rodeados —Arlo, Teddy y yo— por hombres que parecían clientes comunes del club hace momentos, ahora acercándose, con armas desenfundadas y apuntándonos.

—Dios mío. —Las palabras se escapan de mis labios, el pánico burbujea.

—¿Pensaron que podían simplemente entrar aquí y matarme? ¿Así de fácil? —El hombre calvo

se levanta, una sonrisa siniestra se extiende por su rostro—. Ya habíamos recibido información sobre ustedes husmeando alrededor de Vincent Clooney. Sabía que vendrían aquí... así que preparé algo especial.

El arma de Arlo sigue apuntándole, pero los números están en nuestra contra y el miedo me atenaza. No quiero morir.

—¡Mátenlos! —ordena el hombre calvo, y regresa tranquilamente a su asiento, imperturbable. El sonido de los martillos de las armas haciendo clic llena el aire mientras sus hombres se preparan para disparar, y es entonces cuando una voz crepita en mi comunicador.

—Jamie... cuando diga que te agaches, tírate al suelo y busca cobertura —la voz de Arjo llega, tranquila pero apremiante.

Asiento lentamente, con el pavor acumulándose en mi estómago y las lágrimas asomando a mis ojos. Entonces llega de nuevo la orden, aguda y exigente. —¡Ahora!

Me tiro al suelo justo cuando estalla el tiroteo, el sonido es una cacofonía de violencia y caos. El cristal se hace añicos a mi alrededor, las balas silban en el aire como avispones furiosos. Veo de reojo a los hombres que nos rodean desplomarse, y me doy cuenta de que es Arjo quien nos proporciona cobertura desde fuera como francotirador, dándonos nuestra única oportunidad.

Arlo y Teddy se agachan. —Quédate aquí... —me indica Arlo, señalando una mesa cercana—. ... y no salgas hasta que yo te lo diga. —Lo único que puedo hacer es asentir, el miedo me ha clavado en el sitio.

Mientras me acurruco debajo de la mesa, observo cómo se desarrolla el caos sobre mí. Arlo y Teddy entran en acción, disparando en perfecta sincronía mientras Arjo elimina objetivos con precisión desde fuera. La escena es puro caos: sangrienta y violenta, una lucha visceral por sobrevivir. Arlo pasa sin problemas al combate cuerpo a cuerpo, moviéndose con una gracia primitiva que es a la vez aterradora y fascinante. Sus puños vuelan, cada golpe aterriza con brutal eficacia, rompiendo huesos y derribando hombres como si fueran muñecos de trapo.

La sangre salpica a mi alrededor, pintando el suelo de un espantoso tono rojo. Mi corazón se acelera, retumbando en mis oídos mientras las balas pasan zumbando, cada roce cercano es un recordatorio de lo frágil que es la vida en este momento.

Finalmente, el tiroteo cesa y un pesado silencio envuelve el caos. Arlo me busca debajo de la

mesa, su agarre es firme e insistente. —Vámonos —dice, con la voz cargada de urgencia. Salgo de mi escondite, igualando su paso junto a Teddy mientras sorteamos la carnicería: cuerpos esparcidos por el suelo, sangre acumulándose como oscuras sombras bajo nosotros.

El pánico flota en el aire, el club se vacía rápidamente mientras la gente se abalanza hacia las salidas. Vislumbro a los camareros saltando por encima de la barra, con el miedo grabado en sus rostros, mientras las strippers, desnudas y desconcertadas, huyen del escenario.

Nos estrellamos contra las puertas dobles, el rugido caótico de la multitud nos golpea como una ola. La gente huye en todas direcciones, corriendo en un frenesí desesperado. Mi mente lucha por asimilar todo lo que está sucediendo a nuestro alrededor.

Arlo se detiene, respirando pesadamente, con los ojos entrecerrados mientras escruta la escena, su mirada enfocada como un láser. —¿Dónde está? —murmura, con la voz inquietantemente calmada después del brutal sprint que acabamos de soportar.

—No lo veo —jadea Teddy a mi lado, con el rostro demacrado por el agotamiento. Instintivamente, empiezo a buscar, mis ojos recorren el caos, la multitud se desdibuja a mi alrededor.

—Debe haberse escabullido —dice Teddy, su tono por fin se relaja. Pero yo no estoy convencida. Mis ojos siguen barriendo, impulsados por algún instinto, y entonces... lo veo. Esa inconfundible cabeza calva, la que se ha grabado en mi mente tras horas de ver las imágenes de vigilancia. Está agazapado en la esquina, con el arma en alto, apuntándonos.

Antes de que pueda gritar una advertencia, el estallido de un disparo perfora el aire. Mi cuerpo se estremece cuando Teddy me empuja hacia abajo, y la bala pasa silbando, cortando el espacio donde yo había estado de pie.

—¡Arlo, agáchate! —grita Teddy, y en un instante, Arlo se lanza a cubierto, agachándose con nosotros.

—¡Muévanse! —grita Arlo, con la voz afilada por la urgencia. Nos arrastramos, corriendo hacia la cobertura de una pared cercana, las balas martillean el hormigón a escasos centímetros. Mi corazón late tan violentamente que juro que está a punto de salirse de mi pecho, cada nervio grita con adrenalina.

El tiroteo continúa implacable, cada disparo rebota contra la pared contra la que estamos

presionados. La mano de Teddy vuela hacia su auricular, y murmura: —Arjo, estamos en una situación complicada.

La voz de Arjo crepita de vuelta, firme y sin prisas. —Lo veo.

Suena otro disparo, más fuerte, diferente. Hay un breve silencio, y luego la voz de Arjo vuelve a sonar. —Lo tengo.

El alivio me invade, pesado y abrumador. Nos asomamos desde detrás de la pared, y Arlo avanza, tan sereno como siempre. —Comprobaré si aún respira —dice, caminando hacia la figura caída que yace en el pavimento.

Teddy y yo nos quedamos atrás, observando cómo Arlo se acerca. El hombre yace inmóvil, pero hay un espasmo, un movimiento apenas perceptible. Antes de que podamos reaccionar, su brazo se sacude, con el arma en la mano.

Arlo no duda. Su arma ya está en alto, y aprieta el gatillo. El disparo da en el blanco, impactando entre los ojos del hombre con una precisión escalofriante.

Y así, sin más, todo ha terminado.

Me quedo paralizada, el mundo a mi alrededor se difumina. La cruda realidad del momento se abate sobre mí. Entonces, débilmente al principio, oigo el sonido de las sirenas que aúllan en la distancia. La voz urgente de Teddy rompe la bruma. —Arlo, tenemos que largarnos de aquí. ¡La policía está en camino!

Arjo llega con el coche, y nos apresuramos a entrar, el motor ruge mientras nos alejamos a toda velocidad de la pesadilla que hemos dejado atrás. El club se desvanece en la oscuridad, engullido por la noche, pero mi mente es un torrente de imágenes vívidas: el crujido de los huesos al romperse, el sonido de las balas atravesando el aire, la sangre... tanta sangre. Nunca he presenciado nada parecido, y me estremece hasta la médula.

En medio de mi tormento, oigo sus voces, discutiendo los acontecimientos que se han desarrollado: especulando por qué el hombre disparó a mi abuelo, preguntándose si actuó solo, si era un peón en un juego más grande. Pero no puedo concentrarme en sus palabras; mi mirada está fija en la ventana, viendo pasar la ciudad, una fugaz escapada de los horrores que se me aferran.

—Jamie... —la voz de Teddy corta la niebla—. ¿Estás bien? —La preocupación tiñe su tono, pero no puedo responder. Mi voz se ha perdido, tragada por el torbellino de emociones que se agita dentro de mí.

—Esta noche ha sido demasiado... Ojalá no hubiera tenido que ver todo eso —añade Arjo desde el asiento del conductor. Arlo asiente, con la comprensión grabada en su rostro.

—Vamos a casa. Las calles pronto estarán repletas de policías. Será mejor que nos mantengamos ocultos un tiempo —dice Teddy.

—Jamie, ¿estás bien?

No puedo contestar.

¿Lo estoy?

Capítulo Catorce

Arjo

Ha pasado una semana.

Jamie había necesitado tiempo para recomponerse después del tiroteo en el club. Su descanso es merecido. Se necesita mucha fuerza para digerir la violencia que vino con la misión. Lo había tomado bastante mal esa noche. El impacto fue demasiado grande. Admito que estaba preocupado.

Me arrepentí de haberla llevado y ponerla en peligro. Me sentía culpable ya que fui yo quien lo sugirió. Arlo se había opuesto desde el principio, y no perdió tiempo en recordármelo. Habíamos hecho todo lo posible para ayudarla a superarlo, pero parecía que era más fuerte de lo que todos pensábamos.

Simplemente se tomó un tiempo para sí misma y pasó mucho tiempo al teléfono hablando con su mejor amiga, una mujer que mencionó que se llamaba Nancy. Después de eso, estuvo bien.

No puedo evitar admirarla.

El aire está cargado con el aroma de los pinos y la tierra. Miro al cielo a través de la ventana del coche. Las nubes están más oscuras.

—Parece que pronto podría llover —dice Jamie a mi lado.

Le echo un vistazo rápido. —Sí. Pronto llegaremos al hospital.

Ella había querido visitar a Freddie de nuevo, y aunque ahora tengo mis reservas basadas en cómo la trató, Jamie es una adulta, y si aún quiere seguir visitando a su abuelo, lo hará.

Llegamos al hospital momentos después y caminamos hacia la habitación de Freddie. El olor estéril a antiséptico y los pitidos de las máquinas llenan la habitación.

Jamie da pasos cortos y cautelosos hacia él mientras yo me quedo detrás de ella, agarrando el borde de la cama.

Freddie yace en la cama, con el rostro blanco como la ceniza. —Lo hemos vengado —le digo, con voz baja y firme—. El hombre que le disparó está muerto. Pero aún estamos esperando noticias de nuestros informantes sobre sus motivos.

Mi mente da vueltas con diferentes opciones sobre quién podría haber ordenado el ataque contra Freddie. A pesar de ser el fundador de la pandilla Jaguar, Freddie no tenía muchos enemigos. Se ocupaba de sus asuntos, al igual que todos los demás en el pueblo. No tenía sentido que alguien realmente lo quisiera muerto, especialmente ahora que está jubilado.

Jamie asiente, su expresión indescifrable. Normalmente puedo leerla, pero no tengo idea de lo que está pensando ahora. Durante todo el tiempo que hemos estado conduciendo, apenas ha dicho una palabra. Me está volviendo loco.

Inhalo bruscamente. —¿Nos ves de manera diferente ahora? —pregunto, incapaz de ocultar el tono de vulnerabilidad en mi voz.

No soy un hombre inseguro en ninguna forma. Hago lo que hay que hacer cuando debe hacerse, incluso si los métodos no son convencionalmente aceptables. Pero Jamie nunca había visto ese lado de mí antes. La parte oscura y horrible de mí que mantengo escondida en las sombras y que salió a jugar la semana pasada, y odio admitirlo, pero me preocupa que pueda alejarla.

Ella niega con la cabeza, con una pequeña sonrisa en los labios. —No, Arjo. Si acaso, creo que todos ustedes son confiables. Simplemente hicieron lo que tenían que hacer. El abuelo estaría orgulloso.

Mi pecho se expande. Sus palabras son como un bálsamo para mi alma, calmando las dudas que me habían atormentado.

—Sin embargo, no podemos permitirnos bajar la guardia —afirmo, con voz cautelosa—. La policía está en alerta máxima después del tiroteo, y tenemos que mantener un perfil bajo.

—Claro —murmura.

—Vamos —camino hacia ella y le ofrezco mi mano—. Necesitamos borrar esa expresión amarga de tu rostro y sé exactamente el lugar adecuado para distraerte.

Ella sonríe y pone su mano en la mía. —¿En serio?

Le guiño un ojo. —Vas a tener una cita conmigo.

No hay mejor lugar para una cita íntima que Moonlit Terrace. Es el único restaurante de lujo en las afueras de la ciudad.

La emoción vibra en lo profundo de mi estómago mientras entramos en el familiar edificio art-deco donde el Chef Lorenzo hace la mejor pasta de la ciudad. Siempre está concurrido aquí. Rodeo la cintura de Jamie con mi brazo para mantenerla cerca de mí.

Ella parece demasiado distraída estudiando nuestro entorno para notar mi toque. Las paredes están cubiertas con llamativos mosaicos de la Costa Amalfitana.

George, el gerente del lugar, me ve entre la multitud cerca de la entrada y se acerca a saludarnos. Me estrecha la mano. —Ha pasado tiempo, Arjo.

—Sí. ¿Cómo están tu esposa y los niños?

—Los niños están bien cuando no están destruyendo nuestra casa. Están en esa edad ahora. Veronica los llevó a ver a nuestra familia en Luma esta semana. —Sus ojos se mueven hacia Jamie.

—Esta es mi novia, Jamie. Jamie, este es George. —Si Jamie se sorprende de que la llame mi novia, no lo demuestra.

George sonríe y asiente en señal de saludo. —Encantado de conocerte. Dame un momento para preparar su mesa.

Un grupo de cuatro personas entra en la ya estrecha área de espera, y actúo por instinto y atraigo a Jamie hacia mi pecho. No me gusta la idea de que alguien la empuje.

Se siente tan bien en mis brazos. Su aroma a vainilla llena mis fosas nasales, y no puedo resistirme a inclinarme y presionar mi nariz contra su cabello.

La oigo contener la respiración.

Pasa un segundo. Luego dos.

—¿Arjo?

—¿Qué, Jamie?

Un anfitrión se acerca y lleva al grupo a la mesa que reservaron.

—¿Estás bien?

Sonríó contra su cabello. —Mm-hmm. Hay algunas personas caminando detrás de ti. Estabas en su camino.

—Oh. —Su aliento se extiende sobre mi pecho—. ¿Un grupo grande entrando?

—Sí. Como diez personas. Solo espera un poco más. Ya pasarán. —Hace rato que se fueron, pero mi brazo se aprieta alrededor de su cintura. Estoy disfrutando cada maldito segundo de tenerla tan cerca de mí.

Lástima que George regresa demasiado rápido.

Lo seguimos hasta el comedor, a mi mesa habitual en el encantador rincón donde Jamie y yo tendremos algo de privacidad. No necesito decirle a George qué vino servirnos. Siempre tiene una botella de mi vino favorito de una pequeña bodega cerca de San Antonio guardada por si acaso.

Jamie me pide mi opinión sobre qué pedir, y hago nuestros pedidos. Tan pronto como el camarero se va, Jamie clava sus hipnotizantes ojos azules en mí. —Podrías haberme dicho que veníamos a un restaurante elegante. Me habría cambiado. Dios, me siento tan fuera de lugar.

Frunzo el ceño. —Eres la mujer más hermosa aquí.

Su falda de seda negra abraza sus caderas con elegancia, y el suéter rojo de cachemira que lleva con los hombros descubiertos es un buen contraste con su piel pálida. Demonios, podría llevar un saco de patatas y seguiría siendo jodidamente impresionante.

—Pero... —protesta ella.

—Jamie, podrías llevar el atuendo más horrible del mundo y seguirías viéndote jodidamente hermosa. Diablos, he estado como una roca todo el día mirándote. Además, es solo una cena. Me gustaría que te concentraras en nuestra cita de esta noche, ¿de acuerdo?

Un profundo rubor se extiende por su rostro. Toma un gran sorbo de vino y traga con dificultad.

—De acuerdo.

Llega nuestra comida, y me aseguro de que Jamie coma su pan y le paso el mío también. Necesita algo que absorba todo el vino que ha bebido, y la sopa de puerros que traen como primer plato no lo va a hacer.

Ella murmura un tranquilo gracias.

Cuando termina de comer, coloco mi mano justo encima de su rodilla desnuda, rozando ligeramente su muslo interno con mi meñique.

Me mira con los ojos muy abiertos. —Arjo.

—¿Qué?

—Estamos en público —susurra duramente.

—¿Y?

Un camarero se acerca para llevarse nuestros platos de sopa vacíos. Jamie se queda sentada en silencio hasta que se va, luego alcanza por debajo del mantel y aparta mi mano de un golpe.

Me río suavemente.

La observo, con diversión bailando en sus ojos, y me maravillo de su madura sensatez. A su abuelo le dispararon, y ella tuvo que ir en una misión para atrapar al culpable. No mucha gente habría podido mantener la compostura.

Tiene una manera de mirar las situaciones serias con una claridad objetiva que encuentro increíblemente atractiva. Desde el momento en que la vi de nuevo, supe que iba a cambiar mi vida para siempre.

—Eres increíble, ¿lo sabes? —digo, con la voz apenas por encima de un susurro.

Me mira, sus ojos suavizándose. —Gracias, pero a veces no se siente así, ¿sabes? No puedo evitar pensar que tal vez si no me hubiera ido en absoluto, nada de esto habría pasado.

Niego con la cabeza, extendiendo la mano y tomando la suya. —Ni se te ocurra culparte por nada de esto. Eres más fuerte de lo que crees, Jamie. Has pasado por tanto, y sigues de pie.

Se inclina hacia mí, apoyando su cabeza en mi hombro. Giro mi cuerpo un poco hacia la derecha

y me inclino para susurrarle al oído, mordisqueándolo con los dientes. —Te ves increíble. ¿Me dejarás quitarte este atuendo cuando volvamos a casa?

—No soy una fruta —se ríe.

—Tu coño sabe como una.

Inhala bruscamente, se inclina sobre la mesa y bebe su vino de un trago.

La detengo. —Cuidado. No querrás emborracharte.

—Entonces deja de decir esas cosas en público —sisea, con las mejillas teñidas de carmesí. Dios, es tan fácil de provocar.

Pasamos un par de minutos más en el restaurante antes de despedirnos de George. Las nubes se han vuelto tormentosas, y necesitamos llegar a casa pronto. Las carreteras no son ideales cuando llueve. Tan pronto como cierro la puerta del coche, Jamie de repente presiona sus labios contra los míos, mordisqueando, lamiendo y chupando mi labio inferior.

Dejo escapar un suspiro áspero mientras se sienta a horcajadas sobre mis caderas y comienza a frotarse contra mi polla dura.

Rompo el beso y aparto su pelo a un lado, inhalando su cuello.

—Joder, nena. ¿Qué te ha entrado? —gimo.

—Debo haberme excitado con tus palabras en el restaurante —susurra, evitando mi mirada.

—Oye —agarro su barbilla y la obligo a mirarme. Sus suaves labios carnosos están hinchados por el beso, su piel está sonrojada y sus ojos azules están llenos de deseo.

Mi polla se hincha bajo mis vaqueros. Sus ojos se abren más al sentirlo también. —No tienes idea de lo mucho que me excita verte delirante de deseo solo por mí.

Paso mis manos por su pecho, sobre su cuello, por su espeso cabello, y luego bajo hasta su trasero, y aprieto con fuerza.

Ella gime suavemente. Deslizo mi palma sobre su cadera hasta la curva de su trasero. Mis dedos se deslizan por el exterior de sus piernas, subiendo su falda hasta que se vislumbra su tanga rojo

en la unión de sus muslos. Bajo la mirada y me lamo los labios ante la vista.

Jamie mueve sus caderas contra mi polla dura. Gruño y agarro su cintura. —Paciencia —la reprendo.

Suena la alarma de un coche en algún lugar de la calle, pero el ruido apenas se registra mientras me tomo mi tiempo y simplemente contemplo el cuerpo de Jamie. Merece estar en un museo, escondido de las miradas poco apreciativas de los simples mortales.

Ya no nos estamos besando. Solo la estoy tocando, escuchando el suave sonido de nuestras respiraciones y el suave golpeteo de la lluvia.

Deslizo mi palma más abajo de nuevo para agarrar un puñado de su trasero, y luego le doy una palmada en la mejilla, acariciando el ardor después.

Un gemido bajo sube por su garganta, y muerde ligeramente mi pecho para contenerlo. Hay algo tan sucio en esto. El plan era llevar a Jamie a una cita, distraerla de las cosas y llevarla a casa. Pero todo se fue por la ventana inmediatamente después de que subimos a mi coche. Estaba lejos de la velada romántica que había planeado para ella.

Froto la tira de sus bragas entre sus nalgas, arriba y abajo, deteniéndome justo antes de llegar al material húmedo entre sus muslos.

—Arjo... —gime, con la voz impregnada de desesperación.

Alcanza entre nosotros y toca mi erección. Desliza su mano arriba y abajo por mi longitud dura, desde la base hasta la punta.

Inhalo bruscamente entre los dientes, bajando la mirada para verla frotar mi miembro a través de mis vaqueros.

Nunca habría imaginado que ser tocado a través de mis vaqueros en mi coche justo afuera de un restaurante sería tan excitante. Solo el sentir sus pequeñas manos luchando por cubrir mi polla vestida por completo envía una ola nebulosa de lujuria a través de mi sangre.

—Joder, Jamie —gruño y presiono mis labios contra los suyos. Ajusto la consola y dejo que el asiento del coche se deslice completamente hacia atrás. Las ventanas están tintadas y nadie puede vernos en esta posición.

Es irracional. Irresponsable. Es todo lo que no soy, pero me importa un carajo. No me interesa que sean las ocho de la noche de un sábado, ni que estemos en mi coche en un estacionamiento público donde cualquiera podría acercarse y vernos. La deseo, y la voy a tener.

Agarrando el cordón de su tanga, rompo la tela en su cadera, y ella jadea fuertemente.

—¡Arjo!

—Shh, te compraré otro par.

Sus bragas caen por un muslo, dejándola completamente expuesta a mis ojos.

Paso un pulgar por sus pliegues húmedos. Un escalofrío estalla bajo su piel.

Le subo el suéter por encima de la cabeza y bajo las copas de su sujetador para dejar al descubierto sus pechos. Me inclino para atrapar un pezón en mi boca. Mis manos sueltan su cabello para apretar un pecho mientras lamo y chupo el otro. Cambio para darles igual atención. Golpeo el costado de uno para verlo temblar, y luego lo muerdo con avidez.

Observo cómo los ojos de Jamie giran hacia atrás, mi polla palpita intensamente. Si no entro en ella pronto, podría correrme así.

—Saca mi polla —gruño con dureza.

Las manos temblorosas de Jamie trabajan en la hebilla de mi cinturón, sacándome. Me bombea con su puño una vez. Joder.

Le subo la falda hasta la cintura, luego agarro sus caderas y la empujo hacia abajo hasta que se hunde hasta la mitad de mi longitud.

Gimo.

Ella jadea.

—No sé si duraré mucho —digo entre dientes. Joder, su coño me aprieta como un tornillo.

Una de mis manos baja y encuentra su clítoris. Lo froto en movimiento circular, y luego mi boca encuentra sus pechos de nuevo, lamiendo y chupando. Ella gime fuertemente, y muy lentamente, se desliza hacia abajo, tomándome completamente dentro de ella.

—Joder —respiro pesadamente, mirando hacia donde estamos conectados. Agarro sus muslos con fuerza suficiente para dejar moretones, la tensión irradiando de mi cuerpo, cada músculo tenso—. Joder, creo que nunca superaré lo apretada que estás, Jamie.

Ella tiembla sobre mí, sus muslos temblando. Presiona su cara contra mi cuello.

—Fóllame, Jamie. —No reconozco mi voz. Suena ronca y gutural. Apenas puedo mantener el poco control que me queda. Si no empieza a moverse, podría perder todo mi control y follarla duro, y no creo que esté lista para eso todavía.

Ella comienza a moverse lentamente, meciendo sus caderas en un movimiento circular, frotándose contra mi polla.

—Tienes una maldita suerte de que estemos en un coche ahora mismo —gimo contra su oído.

Mis manos están por todas partes: por su espalda, agarrando puñados de su cabello para inclinar su cabeza como quiero, sujetando sus caderas para frotarla más fuerte contra mí. Le doy una palmada en el trasero, muerdo su cuello y garganta, chupo sus pezones. Ella gime y me besa.

—No pares —jadea—. No pares. Me voy a correr.

Presiono mi frente contra la suya, ambos casi hiperventilando mientras embisto una y otra vez.

—Oh, Arjo —grita ella—. Ahí mismo. Sí. —Mis músculos arden, mi cabeza da vueltas, pero no rompo el ritmo, porque si me muero ahora mismo, así es como quiero irme.

—Ah —gime, su cuerpo tensándose y su respiración temblando.

Se queda en silencio y luego... echa la cabeza hacia atrás y grita. —¡Oh, Dios!

Apoya su barbilla contra mi pecho y jadea pesadamente.

—Quiero... —Traga saliva con dificultad mientras se inclina hacia atrás y me mira—. No te has corrido.

—Lo sé. Te has adaptado, ¿verdad?

Con los ojos entrecerrados, asiente, luciendo confundida. Es casi adorable.

—Bien.

Agarro sus caderas, nos junto pecho contra pecho, y la hago rebotar sobre mi erección. Duro. Arriba y abajo. Sus gemidos y quejidos se vuelven más fuertes. Mis dedos se extienden en la ventana mientras busco equilibrio.

—Oh, Dios, oh, Dios.

La siento apretarse a mi alrededor mientras alcanza el clímax por segunda vez. Trago su ruido con mi boca. Y, con una última embestida castigadora y un temblor, termino dentro de ella.

Me mira, su rostro sonrojado y brillante con una ligera capa de sudor. —¿Crees que alguien nos vio? —pregunta suavemente.

Levanto una ceja y me río por lo bajo. —¿*Después* de lo que acabamos de hacer?

Ella ríe suavemente. Niego con la cabeza divertido. Esta tiene que ser una de las tres cosas más locas que he hecho en mi vida, y no me arrepiento de nada.

Capítulo Quince

Jamie

El tiempo vuela tan rápido. Cada día se ha ido mezclando con el siguiente con la misma rutina. El médico dice que el abuelo está estable, pero aún no responde. Sugirió que le habláramos, que nuestras voces podrían hacerlo volver.

Así que los chicos han estado viniendo conmigo a menudo, llenando la habitación con sus historias y risas, esperando despertar algo dentro de él. Yo, por otro lado, no he tenido mucho que decir. Las palabras parecen atascarse en mi garganta cada vez que lo intento.

Esta noche, estoy detrás de la barra con Teddy, mezclando bebidas. El bar está tenuemente iluminado, el cálido resplandor de las luces superiores crea un ambiente acogedor. El aroma de la madera añeja y el cuero se mezcla con el fuerte olor a cítricos y el dulce aroma del whisky. La presencia de Teddy es una constante reconfortante, su sonrisa fácil y su broma juguetona son una distracción bienvenida.

—Tierra llamando a Jamie —bromea Teddy, agitando una mano frente a mi cara—. Te estás quedando en las nubes otra vez.

Parpadeo, volviendo al presente.

—Lo siento, solo estaba pensando.

—¿En Freddie? —pregunta, suavizando su tono.

Asiento, incapaz de ocultar la preocupación grabada en mi rostro. Teddy se acerca y me da un apretón tranquilizador en la mano.

—Es fuerte. Se recuperará.

Caemos en un ritmo, el tintineo del hielo contra los vasos y el suave murmullo de la conversación a nuestro alrededor crean un fondo relajante. Los clientes habituales entran, saludándome con gestos y sonrisas.

Los dedos de Teddy se mueven rápidamente, mezclando bebidas con facilidad practicada.

Comienza a hacer un Mojito, aplastando expertamente hojas frescas de menta con jugo de lima y azúcar. El refrescante aroma de la menta llena el aire mientras añade un chorrito de ron y lo corona con agua con gas.

Esta noche, lleva una camisa negra que se adhiere a su cuerpo musculoso como una segunda piel. Está metida en sus pantalones negros ajustados que abrazan sus piernas perfectamente, acentuando cada tendón y curva. Los zapatos elegantes que lleva añaden un toque de sofisticación a su aspecto. La tela de su camisa se estira y ondula con cada movimiento, resaltando los relieves de sus músculos.

La visión de él me envía un escalofrío por la espalda. Es tan innegablemente atractivo. Me aclaro la garganta y me obligo a apartar la mirada, concentrándome en la tarea en cuestión. Me subo las mangas y me pongo el delantal por la cabeza. Mis muslos se frotan entre sí y siento el aire frío morder mis piernas expuestas. El arrepentimiento me invade por haber elegido una falda tan corta esta noche. El frío es implacable.

El bar está vivo con el murmullo de la conversación y el tintineo de los vasos. El olor a cerveza derramada y el tenue aroma a colonia se mezclan en el aire, creando una atmósfera embriagadora. Cruzo miradas con Teddy al otro lado de la barra y una lenta sonrisa se extiende por su rostro, una que no puedo evitar devolver.

La rocola en la esquina toca una mezcla de rock clásico y blues, las melodías se entretajan en el aire y añaden al ambiente relajado.

Estoy limpiando la barra cuando noto que se acerca un grupo de mujeres. Llevan trajes a medida y vestidos elegantes. Su cabello está peinado a la perfección, sin un mechón fuera de lugar, y su maquillaje es impecable. Parecen haber venido directamente del trabajo.

Cuando llegan a la barra, miro a Teddy. Está absorto en una conversación con otro cliente, sus manos moviéndose hábilmente mientras mezcla una bebida. Los otros camareros están igualmente ocupados, yendo y viniendo para mantenerse al día con las demandas del local lleno. Es una noche ocupada, y todos están en alerta.

Una de las mujeres, una morena alta con impactantes ojos verdes, se apoya en la barra y me sonríe.

—¿Nos puedes preparar un cosmopolitan, por favor? —pregunta, su voz suave y confiada. Las otras asienten en acuerdo, sus ojos brillando con anticipación.

Un cosmopolitan. Conozco la receta de memoria: vodka, triple seco, jugo de arándano y un chorrito de lima fresca. He visto a Teddy hacerlo dos veces esta noche justo frente a mí. Puedo hacer esto.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras alcanzo los ingredientes. Nunca he hecho un cosmopolitan en mi vida. Demonios, nunca he mezclado bebidas. Pero como dice el dicho, siempre hay una primera vez para todo. Además, el bar está lleno y todos están ocupados. Si hay algo que pueda hacer para ayudar, lo haré.

Comienzo con el vodka, vertiéndolo en la coctelera. Luego viene el triple seco, su aroma dulce y cítrico llenando el aire. Añado el jugo de arándano, su color rojo profundo arremolinándose bellamente con los otros ingredientes. Finalmente, exprimo una lima fresca y agito la mezcla vigorosamente, el hielo tintineando contra la coctelera de metal. Mis manos están sorprendentemente firmes y mis movimientos seguros.

Unos minutos después, la bebida está lista. La vierto en una copa de martini enfriada, el líquido asentándose suavemente. Se la paso a las mujeres con una sonrisa.

—Su bebida está lista —digo, mi voz firme a pesar de las mariposas en mi estómago.

Bien, momento de la verdad.

La morena toma un sorbo primero, sus ojos se ensanchan ligeramente cuando los sabores golpean sus papilas gustativas. Tararea encantada, una sonrisa extendiéndose por su rostro.

—¡Esto está bueno! —exclama, sus amigas asintiendo en acuerdo mientras toman sus propios sorbos.

Exhalo bruscamente, el alivio inundándome. Las observo mientras se dirigen a su mesa, sus risas resonando en mis oídos. Misión cumplida.

—Vaya. Lo manejaste bastante bien —dice Teddy, apareciendo a mi lado con una sonrisa. Saca diferentes botellas de alcohol de la nevera, sus movimientos fluidos y practicados—. Pude ver que les gustó —añade, sin levantar la vista mientras comienza a mezclar una combinación de bebidas que nunca he visto antes.

—Aprendes rápido —agrega, su voz cálida con aprobación. No puedo evitar sonreír, un sentimiento de orgullo creciendo dentro de mí.

Levanto la mirada y sonrío ligeramente.

—Gracias. Supongo que tengo un buen maestro.

Él se ríe.

—La adulación te llevará lejos conmigo.

Me río. Las últimas semanas han sido bastante intensas, pero todos han sido increíblemente solidarios. Teddy me trae al bar para distraerme cuando puede, Arjo me lleva a un paseo semanal por la ciudad, mientras que Arlo simplemente aparece cuando le apetece y me saca en su moto.

Nunca en mis sueños más locos imaginé estar enredada en una relación no con uno, sino con tres hombres increíblemente atractivos, cada uno tan diferente como el día y la noche.

Teddy es la encarnación del sol, siempre con una sonrisa en su rostro y tiene la personalidad más acogedora de todos. Teddy es el tipo de chico que conocerías en un camino oscuro y abandonado y no te asustarías. También es el único sin tatuajes. Su actitud despreocupada y su atuendo formal contrastan marcadamente con la rudeza del resto de la pandilla, dando una vibra de playboy sin esfuerzo.

Arjo es el silencioso. Es un misterio envuelto en silencio. Aunque no habla mucho, sus ojos verdes, siempre cautelosos, parecen albergar mil pensamientos no expresados. Hay una profundidad en ellos que no logro descifrar. Su silencio es uno de sus rasgos más atractivos y, a pesar de lo callado que es, no parece tener problemas para hablarme sucio en privado. Mis piernas se tensan al pensar en lo que sucedió en su coche la semana pasada. Fue lo más loco que he hecho en público jamás.

Luego está Arlo, la nube de tormenta taciturna. Su rostro a menudo muestra un profundo ceño fruncido, sus ojos oscuros ardiendo con una intensidad que puede ser tanto intimidante como emocionante. A primera vista, parece un hombre en guerra con el mundo, listo para derribar a cualquiera que se atreva a cruzarse en su camino. Pero bajo ese exterior duro yace un corazón que poco a poco se ha abierto a mí. Sus raras sonrisas son prueba del progreso que ha hecho conmigo.

Todos me tratan con tanto amor a su manera, que casi me siento abrumada por ello. Y a pesar de la situación actual, no puedo evitar maravillarme por la forma en que estos tres hombres han llegado a significarlo todo para mí, cada uno a su manera especial.

En un momento, sorprendo a Teddy observándome y le dedico una sonrisa juguetona.

—Sabes, no tienes que hacerme de niñera —le bromeo.

—No estoy haciendo de niñera —responde con una sonrisa—. Solo me aseguro de que estés bien.

Pongo los ojos en blanco, pero no discuto.

Las horas pasan mientras trabajamos codo con codo, sirviendo bebidas, riendo con los clientes. Teddy se toma un momento para enseñarme algunas recetas de cócteles "básicos", aunque los resultados finales sugieren que mis habilidades necesitan algo de pulido. Aun así, se ríe, paciente como siempre.

El bar finalmente comienza a calmarse, la música flota suavemente por la sala, y algunos clientes se balancean bajo el tenue resplandor de las luces. Mi mente divaga, repasando todo el caos de aquella noche en esa misión, toda la tensión de no saber cuándo, o si, el abuelo despertará del coma, pero entonces la voz de Teddy atraviesa mis pensamientos turbulentos, tranquila y juguetona.

—Oye... hay algo especial que quiero mostrarte —dice con un brillo en los ojos.

—¿Especial? ¿Como qué? —Levanto una ceja, mi curiosidad despertada.

Su sonrisa se ensancha.

—Es una bebida —dice, inclinándose como si revelara un secreto—. No está en el menú. Mi propia mezcla personal, una combinación que nadie más conoce.

Hay un toque de orgullo en su voz, como si estuviera desvelando un tesoro oculto.

—¿Cómo se llama? —pregunto, atraída por su entusiasmo.

Tamborilea con los dedos sobre la mesa, alargando el momento con un redoble travieso.

—¡El Especial de Teddy! —anuncia con grandilocuencia. Su entusiasmo es contagioso, y no puedo evitar reírme.

—De acuerdo —digo, sonriendo—. Entonces, ¿qué lleva?

Levanta un dedo, negando con la cabeza.

—Oh, no, señorita. Esa es información clasificada. Tendrás que probarlo.

Con un guiño, se vuelve hacia la barra, seleccionando cuidadosamente las botellas, sus movimientos deliberadamente ocultos de mi vista.

—No espíes —me advierte, mirando por encima del hombro.

Espero, la anticipación creciendo, y finalmente, me presenta la bebida con un orgulloso floreo.

—Aquí tienes... hasta el fondo.

La vista es impresionante. Es como nada que haya visto antes, este tono de azul hipnotizante, profundo en el fondo, desvaneciéndose en un tono más claro en la parte superior, y una ligera neblina de vapor se eleva del hielo, añadiendo una nota mística. Lo levanto, encontrando su mirada con una sonrisa, y doy un sorbo tentativo.

Los sabores explotan en mi lengua, vibrantes y complejos, a la vez dulces y refrescantemente ácidos. Es extraordinario, como la alegría pura capturada en un vaso. Mis ojos se abren de sorpresa. El placer debe ser obvio en mi rostro porque Teddy me observa con una sonrisa conocedora, su orgullo cálido e inconfundible.

Sin pensarlo dos veces, doy un sorbo más profundo, saboreándolo. La bebida hace su magia inmediatamente, una suave euforia extendiéndose por mi cuerpo, calidez y relajación en perfecto equilibrio. Todo se siente más brillante, más rico: las luces brillan, la música se hunde más profundamente en mi alma, incluso las risas a nuestro alrededor parecen más ligeras.

Me vuelvo hacia Teddy, una sonrisa iluminando mi rostro.

—¡Guau! ¿Qué es esta cosa? —digo, sin aliento.

Por un momento, solo me mira, absorbiendo mi expresión con algo suave en su mirada. Su mano se acerca, sus dedos rozando mi mejilla, y su toque es como una chispa.

—Te ves hermosa cuando sonríes —murmura, su voz gentil.

Sus palabras calan en mí, calentándome, y luego añade suavemente:

—El Especial de Teddy es algo que inventé para sobrellevar los días difíciles. O para compartir cuando alguien realmente lo necesita.

Su voz baja, llevando una crudeza que tira de mi corazón.

—Después de todo por lo que has pasado últimamente... después de lo que viste en esa misión, y con Freddie en coma... Pensé que podrías necesitarlo.

Una oleada de gratitud y calidez me inunda, tan fuerte que casi me abruma. Alcanzo hacia él, y me envuelve en sus brazos, atrayéndome en un abrazo profundo y reconfortante. Su abrazo es un refugio.

Cierro los ojos, respirando su aroma, su calidez y olor envolviéndome como un bálsamo. Teddy no es solo encantador, o irresistiblemente guapo; es considerado y amable, su corazón tan sólido como su humor. Este abrazo, esta cercanía, se siente como más consuelo del que jamás esperé encontrar.

Mientras lo abrazo, mi corazón se acelera, mis pensamientos se nublan, pero una cosa está clara. Este hombre significa más para mí de lo que jamás hubiera imaginado.

Capítulo Dieciséis

Arlo

Ya ha pasado casi un mes desde aquella noche violenta.

El estallido de mi rifle de francotirador aún resuena en mis oídos, las balas cortando el aire como susurros de muerte. Teddy y yo peleando, puños encontrando carne y hueso mientras destrozábamos a los hombres como si fuera instinto. Fui implacable, en mi elemento, cada disparo preciso, cada movimiento calculado, mi cuerpo impulsado por el deseo de vengar a Freddie.

Ella también estaba allí. Lo vio todo. Demonios, fue parte de ello.

Mi mente repite esos momentos una y otra vez, como un disco rayado que no puedo apagar. Jamie... lo está manejando mejor de lo que esperaba, mejor que la mayoría de las personas después de ver ese tipo de brutalidad. Todavía está bien, incluso después de ver caer a los hombres, pasando de seres vivos a cadáveres en cuestión de segundos. Pude ver el impacto en ella, cómo le afectó. Pero se está adaptando. Ha estado saliendo con Arjo y Teddy, riendo de nuevo, redescubriendo su alegría de vivir.

Es impresionante, realmente. Pero bueno, es ella. Jamie es la mujer más extraordinaria que he conocido. La forma en que se movió esa noche, infiltrándose en el club como si lo hubiera hecho cien veces antes, sin una sola grieta en su confianza. No se inmutó. No entró en pánico. Siguió el plan, aunque era la primera vez que hacía algo así. Es algo especial.

Nos tiene a todos enganchados. Arjo, Teddy y yo. Hay esta profunda e innegable atracción hacia ella que todos sentimos. Está ahí, entendida. Y ninguno de nosotros puede sacudirla.

Pero luego está Freddie. El viejo. Su abuelo. El hombre que nos salvó a Arjo y a mí de la pesadilla de nuestra infancia, que le dio a Teddy una familia cuando no tenía ninguna. Freddie nos acogió, nos dio un propósito, nos dio vidas que valía la pena vivir. Y aquí estamos, acostándonos con su nieta. Sé que no lo aprobaría. Estaría furioso, más que furioso. Y una parte de mí siente que lo estoy traicionando. Está acostado en una cama de hospital, luchando por mantenerse con vida, y nosotros estamos aquí... enredados en algo que no deberíamos estar.

Pero se siente correcto. Dolorosamente correcto.

—Oye —la voz de Jamie me saca de la espiral de mis pensamientos. Suave, juguetona—. ¿Alguna vez dejas de cavilar? —Viene a pararse a mi lado en el balcón.

Resoplo con brusquedad, tratando de sacudirme el pensamiento. —No estaba cavilando —digo, aunque ambos sabemos que es una mentira.

—Claro... —dice ella, entrecerrando los ojos juguetonamente—. A veces desearía poder ver dentro de esa cabeza tuya.

Ahí está de nuevo, esa atracción que tiene sobre mí, irresistible y magnética. Está ahí de pie, su rostro una mezcla de inocencia y audaz confianza, y me atrapa.

Me muevo sin palabras, cerrando la distancia entre nosotros. Mis manos encuentran su camino alrededor de su cuerpo, atrayéndola hacia mí. Mis labios se encuentran con los suyos, y por un segundo, ella se queda desconcertada, sorprendida. Pero luego se derrite en el beso, inclinándose hacia adelante, y quedamos atrapados en este momento. El beso dice todo sobre mi deseo, mi necesidad de ella, y el peso incómodo de lo que esto significará cuando su abuelo despierte.

Cuando me aparto, sonrío con suficiencia. —Eso es un pequeño vistazo de lo que hay en mi cabeza.

Ella sonrío ante eso, pero la expresión en su rostro cambia, volviéndose pensativa. Su ceño se frunce ligeramente antes de hablar. —Supongo que es hora de ir a ver al abuelo hoy. Estoy lista.

Las palabras golpean como una repentina ráfaga de aire frío. *Cierto, la visita al hospital.* Hemos estado yendo regularmente, tratando de ayudar de cualquier manera que podamos. Los médicos dijeron que nuestra presencia, nuestras voces, podrían estimular algo, ayudarlo a despertar del coma. Y sé que se supone que debemos ir hoy. Pero ahora... no me siento listo. Todavía no. Tal vez sea porque quiero más tiempo con ella, o tal vez sea por la culpa que me carcome. La idea de que Freddie despierte y sepa lo que está pasando entre nosotros me hace sentir un nudo en el estómago.

—Tenemos algo de tiempo —digo, tratando de mantener mi voz ligera—. Estaba pensando que podríamos hacer algo divertido primero.

Ella parpadea, y luego, para mi sorpresa, se ríe... un sonido brillante e inesperado. Parpadeo,

desconcertado, la confusión retorciéndose en mi mente y debe ser evidente en mis facciones.

Ella recupera el aliento, todavía sonriendo. —¿Divertido? ¿En serio? No lo sé... siempre eres tan serio. No creo que sepas siquiera cómo divertirme.

Siento que mis cejas se fruncen. —¿Qué? Por supuesto que sé cómo divertirme.

Su sonrisa es burlona, su mirada bailando con desafío. —Sí, claro.

Es exasperante. Y también increíblemente atractivo. La combinación enciende algo en mí, una feroz necesidad de demostrarle que está equivocada.

—Muy bien, entonces —digo, agarrando su mano—. Te mostraré cómo me gusta divertirme. — La llevo hacia las escaleras, sintiendo un fuego en mi pecho. *¿Diversión, eh? No tiene idea de lo que viene.*

En unos pocos pasos, estamos afuera, dirigiéndonos hacia mi moto. La vista de ella siempre me llena de orgullo... las líneas elegantes, los destellantes acentos plateados sobre las ruedas. Es más que solo una máquina; es una extensión de mí.

—Vamos a dar un paseo... pero no es el tipo de paseo al que estás acostumbrada —digo, mirándola mientras nos acercamos.

Jamie se ríe, ese sonido ligero y juguetón que hace. Es cálido y sin reservas, un sonido que nunca deja de afectarme. Alcanza el casco que está en la parte trasera de la moto. —Está bien, grandulón... —se burla, su voz goteando burla.

Me acerco más, dejando que mi altura y mi corpulencia proyecten una sombra sobre ella. Inclina la cabeza hacia mí, con curiosidad en sus ojos, mezclada con algo más profundo. Me inclino, y ella refleja el movimiento, pero justo antes de que nuestros labios se encuentren, me echo hacia atrás y le arrebato el casco de la mano.

—Sin cascos... quiero que sientas cada segundo de esto —digo con una sonrisa de suficiencia, retrocediendo hacia la moto.

—¡Imbécil! —Me golpea el hombro, riendo, y yo dejo escapar una pequeña risa también. Ya es hora de que me venga un poco por todas sus burlas.

En un instante, estamos en la moto, el motor rugiendo mientras la llevo a uno de mis lugares

favoritos. Hemos montado juntos antes, pero siempre he sido cauteloso, le he hecho usar casco, he mantenido la velocidad controlada. Pero hoy no. Hoy, va a ver lo que esta moto realmente puede hacer, y lo que yo puedo hacer en ella.

Pasamos por el bar, y algunos de los otros motociclistas ya están afuera. Cuando me ven, instintivamente nos siguen, formando una formación detrás de nosotros. Veo a Jamie mirándolos por el espejo retrovisor. Su agarre se aprieta alrededor de mi cintura, y no puedo evitar sonreír, sabiendo lo que viene a continuación.

Pronto, estamos en las afueras de la ciudad, dirigiéndonos hacia un largo tramo de carretera que se desvanece en el desierto más allá. Levanto la mano, haciendo señas a los demás para que se queden atrás. Se detienen, observando mientras continuamos solos por la carretera.

—¿Por qué se están deteniendo? —pregunta Jamie, con voz curiosa.

—Porque yo se los ordené. Vamos a necesitar algo de espacio —digo, sin poder ocultar la travesura en mi voz.

—¿Un poco de espacio para qu...?

Antes de que pueda terminar, acelero a fondo, la moto sale disparada, alcanzando más de ciento sesenta kilómetros por hora en segundos. El agarre de Jamie se aprieta, y no puedo evitar reír, la emoción de la velocidad recorriendo mi cuerpo.

—¡Arloooooooo! —grita ella, su cabello azotando con el viento, su cuerpo presionado fuertemente contra el mío. Empujo la moto con más fuerza, inclinándome hacia la aceleración mientras el mundo a nuestro alrededor se vuelve borroso.

Más adelante, veo un camión acercándose hacia nosotros en el carril opuesto, y una sonrisa maliciosa se dibuja en mi rostro. *Hora de subir la apuesta.* Me desvío hacia su camino, la distancia entre nosotros disminuyendo con cada segundo.

—Arlo... ¿qué estás haciendo? —grita, su voz teñida de miedo.

Me mantengo en silencio.

—¡Arlo, el camión! ¡Vamos directo hacia él!

No digo nada. El camión toca la bocina, sus luces parpadean, una advertencia estridente de lo

que está a punto de suceder.

Espera... espera...

Justo antes del impacto, giro bruscamente, volviendo a nuestro carril mientras el camión pasa rugiendo, el aire de su estela golpeándonos. El conductor grita algo, pero se ahoga con el rugido de la moto y la emoción que recorre mi cuerpo.

—¿Qué coño? —grita Jamie, su voz temblando de shock mientras la miro por el espejo. Su cara está pálida, los ojos abiertos de incredulidad.

—Vas a querer agarrarte fuerte para esta parte —le grito en respuesta.

—¿Qué? ¡Me estoy agarrando tan fuerte como puedo!

Su agarre se aprieta aún más, y puedo sentirla aferrándose a mí como si su vida dependiera de ello, porque así es. La descarga de adrenalina es eléctrica.

Acelero, luego freno bruscamente, haciendo un giro cerrado que hace que la moto se deslice de lado. El polvo y el humo se levantan a nuestro alrededor mientras Jamie se aferra, prácticamente pegada a mi espalda. La mayoría de los motociclistas se estrellarían haciendo un movimiento como este, pero lo he hecho suficientes veces como para saber cómo controlarlo. En un rápido movimiento, nos hago girar en la dirección de la que veníamos, y vuelvo a acelerar.

—¡Maldito lunático! —grita Jamie, pero hay una alegría salvaje en su voz.

Me río, la euforia burbujeando en mí. —¡Pensé que querías divertirme un poco! ¡Déjate llevar!

Pasamos volando junto al camión de nuevo, y esta vez, el conductor no se contiene. —¡Que te jodan! —grita.

Antes de que pueda responder, Jamie me sorprende gritando de vuelta: —¡Que te jodan a ti también! —Su voz está llena de emoción, su energía igualando la mía, y me provoca un escalofrío.

Hago un caballito, la rueda delantera levantándose del suelo, y Jamie ya no está gritando, está vitoreando. —¡Yuhuuuu! —grita, su risa contagiosa.

La miro por el espejo retrovisor, y en ese momento, el tiempo parece detenerse. Su sonrisa, la

forma en que se ha lanzado a esta locura conmigo, todo se siente perfecto. Encaja en mi mundo de una manera que nunca imaginé que alguien podría. Pero debajo de esa perfección, está el pensamiento de Freddie. La culpa me carcome, negándose a ser silenciada.

Damos la vuelta hacia donde los demás están esperando. Les hago señas para que se dispersen, y se dispersan mientras disminuimos la velocidad, dirigiéndonos de vuelta a la ciudad.

—Entonces... ¿qué te pareció la diversión? —pregunto, mirando por encima de mi hombro.

Jamie solo se ríe, sacudiendo la cabeza, todavía zumbando por el paseo. —Estás loco, ¿lo sabías? —dice, pero hay admiración en su voz.

El viaje al hospital es breve, pero la adrenalina de antes persiste entre nosotros, haciendo que el peso de lo que nos espera se sienta aún más pesado. Hacemos una parada rápida para comprar flores, algo sencillo, no demasiado brillante, acorde con la naturaleza sombría de la visita. A medida que nos acercamos al hospital, la realidad comienza a asentarse. Siento esa sensación familiar de temor que tengo cada vez que vengo aquí.

Freddie, una vez tan poderoso, yace allí inmóvil, conectado a máquinas que mantienen su cuerpo con vida. Siempre es una visión impactante. Este hombre me enseñó tanto, moldeó tanto de mi vida, y ahora... está reducido a esto. Nunca se vuelve más fácil.

Nos sentamos junto a su cama en silencio, una enfermera revisa brevemente sus signos vitales antes de dejarnos solos. Miro a Jamie, su rostro ilegible mientras lo mira fijamente. Sé que hay mucho pasando por su mente. Me contó sobre la difícil relación que tuvo con él, las cosas que soportó en el internado al que la envió. No puedo imaginar qué tipo de emociones mezcladas debe estar sintiendo ahora mismo.

El único sonido en la habitación es el pitido rítmico del monitor cardíaco, un recordatorio de que Freddie todavía está aquí, aunque no esté realmente presente. Me muevo incómodo, el silencio presionándonos.

—Tal vez esta vez, deberías hablarle —sugiero en voz baja. Pero ella no responde, ni siquiera me mira. Su mirada permanece fija en Freddie.

—Los médicos dijeron que podría ayudar —continúo, con voz suave, sin querer presionar demasiado—. Arjo, Teddy... todos lo hemos intentado. Pero tú aún no.

Jamie suspira, el sonido pesado, cargado de años de palabras no dichas. —El abuelo y yo... nunca nos llevamos bien —dice, su voz distante—. Si escuchar las voces de ustedes tres no pudo despertarlo, no hay forma de que la mía lo haga. Sé que soy a quien menos quiere.

Sus palabras me duelen profundamente. Odio verla así, tan resignada, tan segura de que significa tan poco para él. Pero tengo que creer que los lazos familiares significan algo, que escuchar su voz podría despertar algo en Freddie.

—Jamie —digo suavemente—, eres su nieta. Su sangre. Eso tiene que contar para algo. Tiene que significar algo.

Ella hace una pausa, pareciendo considerar mis palabras, y finalmente, habla. Su voz es temblorosa, pero hay una fuerza en ella que me sorprende.

—Hola, abuelo —comienza suavemente—. No te lo vas a creer, pero soy yo, Jamie. —Fuerza una risa, pero se quiebra bajo el peso de sus emociones—. Estoy aquí con Arlo. Arjo y Teddy también vienen a menudo. Todos están preocupados por ti, pero sigo diciéndoles que eres fuerte. Que vas a estar bien.

Hay una larga pausa. Ella levanta la mirada, parpadeando rápidamente para contener las lágrimas. —Sé que no siempre nos entendimos. Demonios, probablemente despertarías solo para gritarme por llorar ahora mismo —bromea débilmente—. Pero... solo quiero que sepas que todos estamos aquí. Yo estoy aquí. Y espero que te mejores, abuelo.

Su voz se quiebra en la última palabra, y ya no puede contener las lágrimas. Corren por su rostro, e intenta limpiarlas, pero es inútil. El dolor que ha estado embotellando durante tanto tiempo finalmente desborda.

Observo impotente cómo se derrumba, sus sollozos llenando la habitación. Ha dejado de contenerlo todo, y mientras me mira, puedo ver que está al borde de un colapso total. Me muevo hacia ella, y se levanta para encontrarse conmigo, derrumbándose en mis brazos. La sostengo con fuerza mientras llora en mi pecho, su cuerpo temblando por la fuerza de su dolor.

El peso de su dolor es insoportable. La acerco más, tratando de ofrecer todo el consuelo que puedo, pero se siente como si nada fuera suficiente. Sus lágrimas empapan mi camisa, y presiono mis labios en la parte superior de su cabeza, deseando poder llevarme todo su dolor.

Me aparto ligeramente para mirar su rostro, y la intensidad en sus ojos casi me deja sin aliento.

Está vulnerable, expuesta, sus emociones al descubierto. Antes de que pueda pensar, levanto su barbilla con mi dedo y la beso, suavemente al principio, pero cuando ella se inclina, presionando sus labios con más fuerza contra los míos, la sostengo más apretadamente, queriendo que sienta cada onza de calidez que puedo ofrecer. Ella necesita esto, y yo también.

Entonces, de repente, un sonido interrumpe el momento. Al principio es débil, apenas perceptible. Una tos.

Nos separamos, y me giro hacia la cama, mi corazón deteniéndose en mi pecho.

Freddie. Está tosiendo, luchando por quitarse el tubo de oxígeno de la boca. Está despierto.

Me quedo paralizado, incapaz de comprender lo que estoy viendo. Jamie también se queda en silencio atónito antes de entrar en acción, gritando: —¡Enfermera!

La enfermera entra corriendo, quitando rápidamente el tubo mientras Freddie continúa tosiendo, el áspero sonido llenando la habitación. Estoy clavado en el suelo, incapaz de moverme, mi mente corriendo para ponerse al día con la realidad mientras la enfermera lo atiende.

Y entonces, a través de la tos, Freddie logra hablar. Su voz es ronca, débil, pero sus palabras golpean como un martillo mientras aparta a la enfermera para poder mirarnos.

—Cómo te atreves, Arlo —croá, sus ojos ardiendo de furia—. ¿Qué crees que estás haciendo con mi nieta?

El nudo en mi garganta se siente como si pudiera ahogarme. Intento formar palabras, decir algo, cualquier cosa, pero nada sale.

Y entonces, antes de que pueda reaccionar, las piernas de Jamie ceden. Se desploma hacia adelante, y apenas la atrapo antes de que golpee el suelo.

—¡Jamie! —grito, sacudiéndola suavemente, pero no responde. Sus ojos están en blanco, su cuerpo flácido en mis brazos mientras pierde el conocimiento.

Capítulo Diecisiete

Jamie

Al despertar, lo primero que noto es el olor penetrante y medicinal que parece adherirse a todo. Mi cabeza palpita con un dolor sordo, y mi boca se siente seca como papel de lija. Parpadeo contra las duras luces fluorescentes y me doy cuenta de que estoy acostada en una cama de hospital.

Puedo oír el murmullo distante de voces desde el pasillo, el ocasional traqueteo de un carrito siendo empujado, y el suave zumbido del aire acondicionado. El intercomunicador se activa, anunciando un código o llamando a un médico, no puedo distinguir bien.

La cama en la que estoy acostada es bastante estrecha e incómoda, con sábanas blancas y crujientes que susurran con cada movimiento. La almohada bajo mi cabeza es delgada y llena de bultos, y puedo sentir la textura áspera de la bata de hospital contra mi piel, sus lazos clavándose en mi espalda.

Sobre mí, una serie de monitores emiten suaves pitidos, sus pantallas muestran mis signos vitales en una serie de líneas verdes y rojas. Junto a la cama hay un soporte para suero, con el líquido transparente goteando constantemente en el tubo conectado a mi brazo.

A través de mi mirada borrosa, veo figuras agrupadas en una esquina de la habitación.

La voz calmada de Arjo: —Freddie no va a tomarse esto bien.

Luego la voz ronca de Arlo, fría y con un filo de acero: —Aun así, tendremos que decírselo.

Una voz que no reconozco corta a través de la niebla: —Oh, está despertando.

Intento sentarme, pero una ola de mareo me obliga a recostarme de nuevo. —¿Qué pasó? —Mi voz suena débil, incluso para mis propios oídos.

—Te desmayaste —murmura Arjo, colocando su mano en mi hombro—. Te trasladaron a esta sala de inmediato.

Sacudo ligeramente la cabeza y me enfoco en ellos. Todos me rodean, con la preocupación

grabada en sus rostros.

Mis extremidades se sienten pesadas y poco cooperativas, y hay un ligero temblor en mis manos mientras me masajeo la frente.

Comienzan a bombardearme con preguntas.

—¿Cómo te sientes?

—¿Estás bien?

—¿Necesitas algo?

—Estoy bien —murmuro. Apenas puedo reconocer mi propia voz.

—Es una suerte que ya estuvieras en el hospital —dice una voz detrás de los chicos. Levanto la mirada para ver a un joven de cabello castaño, con gafas y una bata blanca.

Ah, el médico.

Comienza a hacerme preguntas rutinarias, su voz profesional y amable. —¿Cómo te sientes? ¿Cómo has estado durmiendo? ¿Cuándo fue tu último período?

¿Qué? Mi mente se queda en blanco por un segundo, luego comienza a correr. Un momento. No puede estar insinuando lo que creo, ¿verdad?

La sangre se drena de mi rostro mientras las preguntas circulan en mi mente, preguntas que ni siquiera me he permitido pensar.

Mis palmas se apoyan en mis mejillas. *¿Cuándo fue la última vez que realmente tuve mi período?* Mi mente se topa con un muro en blanco. ¿Podría estar realmente embarazada? Es decir, he tenido sexo sin protección con los chicos, y han pasado tantas cosas. Definitivamente es posible.

¡Mierda! ¿Cómo no me di cuenta de esto?

El pánico se apodera de mí nuevamente, y el médico, al ver la expresión en mi rostro, se da cuenta de lo impactada que estoy. —Está bien —dice suavemente—. Primero hagamos una prueba de embarazo. Haré que una enfermera venga a tomar una muestra de sangre —termina

antes de salir de la habitación.

Una enfermera entra unos minutos después, ofreciendo una sonrisa gentil mientras prepara la aguja. El pinchazo es rápido, y ella extrae la sangre con facilidad practicada, pero todo lo que siento es una inquieta urgencia burbujeando bajo mi piel. Necesito saber si realmente estoy embarazada, y necesito saberlo ahora.

—¿Cuánto tiempo hasta que estén los resultados? —La pregunta se me escapa, mi tono agudo por la impaciencia.

Ella mantiene su voz suave, tranquilizadora. —Podría tomar un poco de tiempo... —Pero su calma hace poco para aplacar el nudo de ansiedad que se aprieta dentro de mí.

—¿Podría obtener una prueba para hacerla yo misma? —pregunto, tratando de sonar casual, aunque sé que mi urgencia es clara.

Ella duda solo un momento, pero luego asiente. —Por supuesto —dice.

Momentos después, me encuentro en el baño, mirando mi reflejo en el espejo con el kit de prueba de embarazo en mis manos temblorosas. Mi respiración sale en jadeos cortos y superficiales, casi hiperventilando. Mis pensamientos se desvían hacia Nancy y cómo estuve allí para ella cuando pasó por esto.

Se me ocurre llamarla, pero no. Esto es algo que tengo que hacer por mi cuenta.

Espero unos minutos, que se sienten como una eternidad. Finalmente, reviso el resultado. Positivo.

Reviso el segundo y el tercero, solo para estar segura. Y la línea rosa me devuelve la mirada. Positivo. Positivo.

Me desplomo en el suelo del baño con un jadeo de shock, mi cabeza dando vueltas con pensamientos. Estoy embarazada. Con un bebé real. Y uno de los hombres afuera va a ser padre.

Mi mente corre, tratando de procesar la información. El baño de repente se siente demasiado pequeño, el aire demasiado espeso.

Justo en este momento, pienso en Nancy una vez más. Me pregunto cómo se habría sentido ella. Pero mi situación es más complicada. Estos eran hombres que mi abuelo prácticamente había

criado. Están en una pandilla de motociclistas, por el amor de Dios. ¿Y si no quisieran tener un hijo? ¿Estoy siquiera lista para ser madre?

Siento una gota de agua en mis manos. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. Sorbiendo, me limpio las lágrimas con el dorso de las manos.

Vamos, Jamie. Es hora de ponerte los pantalones de niña grande. Soy una adulta inteligente y capaz. Tengo tres hombres increíbles esperándome justo afuera de esta puerta. Esta es solo otra oportunidad para comenzar un nuevo capítulo en mi vida. Dios, soy un maldito desastre.

Me pongo de pie e inhalo profundamente, saliendo del baño. Arjo, Arlo y Teddy miran las pruebas de embarazo en mi mano y mi rostro pálido, y la comprensión se dibuja en sus caras. Se acercan y me abrazan con fuerza.

—Estamos aquí para ti —promete Arlo, con voz firme.

—Lo que quieras hacer —dice Teddy, frotándome la espalda.

—Te apoyaremos —afirma Arjo, colocando su mano en mi vientre.

Mi corazón se expande con un torbellino de emociones, y luego estoy llorando, con las manos cubriendo mi rostro. Estoy abrumada. Aliviada. Y, posiblemente, hormonal.

Inhala profundamente, sus aromas me calman. No puedo creer que pronto voy a ser madre. Es aterrador y emocionante al mismo tiempo. Pero de una cosa estoy segura: con estos hombres a mi lado, todo va a estar bien.

Se oye un golpe en la puerta, y todos nos damos la vuelta cuando el abuelo entra tambaleándose, arrastrando su suero con él.

—Freddie, ¿qué estás haciendo? —exclama Teddy—. No deberías estar fuera de la cama tan pronto.

Los ojos del abuelo se fijan en las pruebas de embarazo en mis manos. Su rostro se contorsiona de rabia mientras se gira hacia Arlo. —¡Bastardo!, ¿te atreviste a ir tras mi nieta?

Se vuelve para mirarme. —¿Embarazada? ¿De su hijo? —Su dedo apunta en dirección a Arlo.

—Abuelo, por favor —empiezo, pero él ya está en plena diatriba.

—¡Cómo te atreves! —le grita a Arlo de nuevo, su voz ganando fuerza con cada palabra—. ¿Crees que puedes hacer lo que te dé la gana y arruinar la vida de mi nieta?

La mandíbula de Arlo se tensa, pero antes de que pueda responder, Arjo interviene. —Puede que no sea de Arlo —dice, con voz calmada pero firme.

Los ojos del abuelo se abren de par en par, su ira ahora dirigida a Arjo. —¿Qué quieres decir con que puede que no sea de él?

—Podría... podría ser mío —dice Arjo, su voz vacilante—. O... tal vez de Teddy.

Su mirada recorre a los tres y a mí, y la comprensión se dibuja en su rostro. —¿Qué? —Su ira se enciende, y se vuelve hacia mí—. No te crié así, Jamie. ¿En qué demonios estabas pensando? —ruge.

—¡Y ustedes tres! Pensé que me tendrían más respeto y que no irían tras mi nieta de una manera tan vergonzosa.

Mi corazón late con fuerza, y siento que las lágrimas pican en las esquinas de mis ojos. —¡Basta! —grito, mi voz cortando la tensión en la habitación—. ¡Ya basta!

Ya he tenido suficiente. —¡No todo se trata de ti! —grito, mi voz haciendo eco en la habitación estéril.

—¿Cómo lo sabrías? —responde el abuelo—. Siempre hiciste que todo se tratara de ti. Eras una niña tan difícil. Y ahora está claro que mis intentos de disciplinarte y criarte adecuadamente fallaron.

Sus palabras me hieren profundamente, pero mantengo mi posición. —Oh, lo siento. ¿No me volví callada como querías?

—Todo lo que hacías era encerrarte en tu habitación y no hablarme —dice entre dientes.

—¿Hablarle? ¿Por qué lo haría? ¿Eh? Me enviaste a un lugar donde fui abusada durante la mayor parte de mi adolescencia. ¡No puedes actuar como si fueras un buen abuelo cuando ni siquiera pudiste protegerme de mis abusadores! —Me limpio las lágrimas de rabia de los ojos. Ya no me importa nada.

El abuelo hace una pausa, su rostro palideciendo. —¿Abuso? ¿De qué diablos estás hablando?

Arlo habla, su voz firme pero fría. —En el internado al que fue Jamie, usaban violencia física, la golpeaban y le hacían cosas horribles. La encerraban en confinamiento solitario cuando no se alineaba.

Los ojos del abuelo se abren de par en par por la conmoción. —¿De qué demonios estás hablando? Solo dijeron que iban a enderezar a los niños.

Me río sarcásticamente, con la voz quebrada. —Me enderezaron, vaya que sí. Me azotaron tanto que a veces apenas podía sentarme sin sentir los malditos golpes. Me azotaron tanto que mis dedos se rompieron varias veces. Me azotaron tanto que me arrojaban al confinamiento solitario por las cosas más pequeñas, y casi me volví loca.

Cuando termino, la habitación está completamente en silencio. Se podría oír caer un alfiler. El abuelo me mira, sus ojos suavizándose solo una fracción. —Jamie...

Pero no puedo quedarme. Las paredes parecen cerrarse, y necesito aire. Negando con la cabeza, murmuro: —No puedo hacer esto ahora. —Luego me doy la vuelta y salgo corriendo de la habitación, con la visión borrosa por las lágrimas.

El sonido de mis pasos hace eco en el pasillo estéril, pero no me detengo hasta que estoy afuera, el aire fresco golpeando mi rostro como un chapuzón de agua.

Me dirijo hacia el coche, con la mente acelerada. Necesito salir de aquí. De repente, otro coche frena bruscamente frente a mí. Doy un paso atrás, con el corazón latiendo con fuerza. —¿Qué demonios?

Dos hombres saltan del coche, sus rostros completamente enmascarados. Antes de que pueda reaccionar, me agarran, su agarre como hierro. Intento gritar, pero colocan un paño húmedo sobre mi nariz, arrebatándome la conciencia.

Lucho, pero es inútil. El pánico me invade mientras me arrastran hacia el coche y lo último que veo es el hospital desvaneciéndose en la distancia mientras el coche se aleja a toda velocidad.

Capítulo Dieciocho

Teddy

Salgo del edificio, apresurándome para alcanzar a Jamie después de la intensa discusión con el anciano.

No esperaba que las cosas se calentaran tan rápido entre ellos... demonios, no esperaba descubrir lo que todos acabamos de descubrir. Pero no estoy pensando en eso ahora.

Ella es mi única preocupación en este momento. Está molesta y no debería estar sola en este estado.

Estaba justo detrás de ella menos de un minuto después de que saliera furiosa. La llamé cuando entró al ascensor. Estoy seguro de que me escuchó, pero ni siquiera miró atrás, y para cuando llegué allí, las puertas del ascensor ya se habían cerrado y estaba bajando. Era un viaje más largo tomar las escaleras, así que simplemente esperé el siguiente ascensor.

Mientras mis ojos se ajustan a la luz del sol, la veo frente a mí, marchando enojada por el estacionamiento del hospital. Casi sonrío porque, incluso cuando está molesta, se ve tan linda, pero antes de que la sonrisa llegue a mis labios, algo llama mi atención.

Cuando pasa frente a uno de los vehículos estacionados, una furgoneta de repente acelera hacia adelante, conduciendo justo a su lado y haciéndola saltar de sorpresa. Al segundo siguiente, las puertas traseras se abren de golpe y dos hombres enmascarados saltan, agarrándola. Uno le fuerza un pañuelo en la cara y el otro la agarra por las piernas.

Mis pies se mueven antes de que pueda procesar lo que estoy viendo, y empiezo a correr hacia ellos, gritando:

—¡Oye! ¿Qué mierda creen que están haciendo, bastardos?

Al notar que me acerco, comienzan a empujarla apresuradamente dentro de la furgoneta a pesar de sus forcejeos. Ella no es ni de lejos lo suficientemente fuerte como para darles problemas, así que ya están dentro de la furgoneta y alejándose cuando llego a unos cinco pies de ellos.

—¡Mierda! ¡Maldita sea! —Mientras la furgoneta comienza a salir del estacionamiento hacia la

calle principal, me detengo derrapando y cambio de dirección, corriendo hacia mi coche en su lugar. No puedo alcanzarlos a pie.

—¡Mierda! ¡Mierda! —Las maldiciones salen febrilmente mientras salto dentro, mis manos temblando mientras meto las llaves en el encendido, pisando el acelerador a fondo.

Escucho mis neumáticos chirriar ruidosamente mientras salgo en reversa de mi lugar de estacionamiento y acelero tras ellos. Mi agarre alrededor del volante se aprieta mientras mis ojos se fijan en la carretera. Mi pie está presionado contra el pedal, manteniendo el vehículo a la vista.

—¡Oye, ten cuidado, imbécil! —me grita un conductor al azar, sacando la cabeza por su ventana mientras paso a toda velocidad, casi llevándome su espejo lateral conmigo.

Ignoro al hombre. No tiene idea de lo que estoy pasando en este momento. Los neumáticos del vehículo chirrían fuertemente mientras toma un giro brusco hacia otra calle. Con destreza, freno de golpe, virando, mi coche en persecución.

Deben haberse dado cuenta de que los están persiguiendo, porque su coche avanza, acelerando con intención despiadada.

—¡Mierda!

Saco mi teléfono y marco el número de Arlo. Necesitan saber lo que está pasando.

—Vamos, vamos, contesta —murmuro, mi tono cargado de urgencia mientras alterno la mirada entre el teléfono y la carretera.

—Teddy —responde desde la otra línea, su voz fría aún más fría.

—Arlo, tenemos una situación... ¡se han llevado a Jamie! —grito al teléfono, mi cuerpo inclinándose hacia un lado mientras tomo una curva peligrosa.

—¿Qué? —su voz se eleva con preocupación.

—¡La han secuestrado, hermano! —viene mi respuesta. Estoy cambiando de marcha y acelerando hacia adelante.

—¡Mierda! —ladra por el teléfono, su frustración palpable.

—Los tengo a la vista, los estoy persiguiendo —digo mientras el sonido de mi motor rugiente llena el aire.

—¿Qué está pasando? —escucho la voz de Arjo en el fondo.

—Han secuestrado a Jamie —le informa Arlo.

—¿Qué carajo? —la voz de Arjo vibra a través del teléfono—. ¿Cómo? ¿Quién se la llevó?

Puedo escuchar los sonidos de ajetreo en el fondo, y está claro que están corriendo mientras hablan conmigo.

—No estoy seguro. Todos llevaban máscaras —respondo y añado casi de inmediato—, pero prometo que no perderé su rastro.

—Ten cuidado, Teddy —me dice Arjo.

—Arjo y yo iremos justo detrás de ti en mi moto —grita Arlo—. Activa tu ubicación en vivo para que podamos seguirte. Y... Teddy, no te enfrentes a ellos. Es mejor que solo los sigas y nos guíes hacia ellos para que podamos atacar con refuerzos en lugar de irrumpir y que te maten. No sabremos dónde encontrarla si te hacen daño.

Aprieto los dientes ante sus instrucciones, mi mandíbula se tensa mientras mi ceño se frunce en desacuerdo. Eso va a ser difícil de hacer, porque no hay manera en el infierno de que me quede sentado en el coche esperando mientras esos malditos enfermos lastiman a Jamie.

—Teddy, ¿me escuchas? Repito, no te enfrentes a ellos —añade, esta vez, su voz cargada de énfasis—. No te enfrentes a ellos.

Aprieto mi agarre en el volante, observando el vehículo que acelera frente a mí. Por mucho que me duela admitirlo, Arlo tiene razón: enfrentarlos solo sería tonto e irracional.

Mi corazón se acelera ante la posibilidad de que las personas que acaban de llevarse a Jamie puedan ser los mismos tipos detrás del tiroteo de su abuelo.

—Mierda —maldigo en voz baja.

Si son los mismos tipos, entonces deben haberla visto con nosotros en el club. *Mierda*. Sacudo la cabeza en un intento de aclarar mi mente de las cosas horribles de las que estas personas son

capaces. Podrían torturarla, infligirle todo tipo de dolor. Pobre Jamie inocente. Mierda.

El pensamiento de eso me aterroriza, y entonces recuerdo que está embarazada.

¡Oh, Dios mío! Está embarazada.

Jamie tiene un maldito bebé en su vientre. Esto está tan jodido. Todavía no he asimilado su embarazo... ninguno de nosotros lo ha hecho. Básicamente, hay dos personas en peligro ahora mismo: Jamie y el niño que lleva dentro, que podría ser mío o de cualquiera de los gemelos.

Maldita sea.

¿Y Arlo espera que no intervenga? Sacudo la cabeza, pensando en este bebé por solo un segundo.

Estoy a punto de responder, de decirles que los escucho, pero lo siguiente que oigo es el sonido de la ventanilla de mi lado haciéndose añicos, acompañado del crujido del metal y el chirrido de las ruedas al retorcerse.

Mi cabeza se gira bruscamente hacia la derecha mientras los fragmentos de vidrio cortan mi mejilla y sien. Siento las desagradables punzadas de estos trozos mientras el mundo a mi alrededor se disuelve en el caos.

El violento tirón de mi coche me lanza contra la puerta. Oigo cómo mi cinturón de seguridad se tensa, clavándose en mi hombro y reteniéndome mientras el coche vuelca de lado.

No tengo control sobre lo que está sucediendo, y ocurre tan rápido. Estoy suspendido en el aire, sin peso. Indefenso. Siento como si me dieran un puñetazo en el estómago cuando los airbags explotan, golpeando mi cara y pecho.

Soy zarandeado como un muñeco de trapo mientras el coche sigue volcando. Las ventanillas laterales y el parabrisas son ahora una dentadura irregular de cristales rotos. Mi cabeza sigue golpeando contra objetos, y mis oídos están llenos del sonido de metales crujiendo y cristales rompiéndose.

Pronto, todo termina, y estoy colgando boca abajo con un dolor palpitante en la cabeza y un fuerte zumbido en los oídos. Gruño de dolor, desorientado por el accidente. Mi respiración es entrecortada mientras el cinturón de seguridad me aprieta fuertemente contra el pecho.

El mundo a mi alrededor da vueltas, las voces que resuenan son indistintas, y me esfuerzo por

comprender los destrozos que me rodean.

Intento moverme, pero estoy atrapado.

Un coche se detiene y oigo el sonido de pasos acercándose. No estoy seguro si es amigo o enemigo, pero necesito salir de este desastre. El accidente interrumpió mi llamada con los gemelos, y ahora deben estar preguntándose qué pasó.

Jamie sigue en mi mente, y necesito alcanzar a esos hombres. No estoy pensando con claridad, pero incluso en medio de todo este caos y desorden, su seguridad es lo único que me importa.

Los trozos de vidrio crujen bajo un par de botas mientras una figura se agacha frente a la ventana rota.

Giro la cabeza pero no puedo ver claramente la cara de la persona. Chasquea la lengua con desprecio y me dice:

—Tienes suerte de que necesitemos enviar un mensaje.

Mierda. Es uno de ellos. Intento alcanzar mi arma, pero estoy demasiado débil.

—Dile a Jaguar que Crimson Night nunca olvida una humillación —dice, con su voz destilando veneno.

El hombre se pone de pie y oigo sus pasos alejarse. Se sube a un coche y se marcha.

Siento la sangre agolpándose en mi cabeza mientras cuelgo. Estoy luchando por liberarme, pero mis ojos se sienten cansados y fatigados. Pronto, mi visión se vuelve borrosa y las voces a mi alrededor comienzan a desvanecerse. Puedo oír el sonido de sirenas aullando a lo lejos, probablemente han llegado vehículos de emergencia. Intento mantenerme despierto, pero mis ojos están pesados y todo da vueltas.

—Jamie —murmuro, con voz débil y apagada, cerrando finalmente los ojos mientras me alejo de la consciencia.

Capítulo Diecinueve

Jamie

Dios mío.

Esto no está pasando.

Esto no puede estar pasando.

En un momento, estaba corriendo fuera del hospital con lágrimas cayendo por mi rostro, y al siguiente, me estaban empujando dentro de un coche estos hombres malvados.

La parte trasera de la furgoneta es estrecha, el aire denso con el olor a gasolina y cuero viejo. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, cada latido resonando en mis oídos como un tambor.

La furgoneta arranca bruscamente, los neumáticos chirriando contra el asfalto, y soy lanzada contra la pared. El dolor irradia a través de mi cráneo, y reprimo un grito, el sabor del cobre llenando mi boca.

Mis manos instintivamente rodean mi estómago. Mierda, mi bebé. El pánico atraviesa mi pecho mientras respiro profundamente.

Mi mente vaga hacia Arlo, Arjo y Teddy. Lo comprensivos que fueron. Literalmente acabábamos de enterarnos de que iba a ser madre. Aprieto los brazos alrededor de mi estómago, sintiendo el calor de mi propia piel bajo mis dedos.

Una oleada de miedo me invade. ¿Y si le pasa algo al bebé? Ni siquiera puedo soportar la idea. Tomo una respiración temblorosa, mi pecho se oprime mientras la realidad se hunde más profundamente. Si algo saliera mal, no creo que pudiera perdonarme a mí misma.

Ya puedo sentir el creciente sentido de maternidad floreciendo dentro de mí. Es como si el universo hubiera despertado algo primario en mi interior, un impulso crudo y protector que grita por mantener a mi bebé a salvo a toda costa.

Presiono mi oreja contra el costado de la furgoneta, escuchando el rugido amortiguado del motor, el zumbido vibrando a través de mis huesos. El camino debajo de nosotros es accidentado, cada

bacho y bache sacudiendo mi cuerpo, haciendo que mis dientes castañeteen. Mis dedos raspan contra el interior áspero de la furgoneta buscando cualquier debilidad, cualquier forma de escapar, pero no hay nada.

Mi respiración se vuelve entrecortada, el aire caliente y viciado. Puedo sentir el sudor corriendo por mi espalda, la bata de hospital pegándose a mi piel.

El coche gira violentamente, y soy lanzada hacia un lado, mi hombro golpeando contra el duro metal.

—¡Mierda! —gimo.

Puedo oír la grava crujiendo bajo los neumáticos, el vehículo acelerando, el motor rugiendo más fuerte. El pánico se agarra a mi garganta, mi mente corriendo con mil pensamientos, ninguno de ellos bueno.

Me esfuerzo por escuchar, por captar cualquier sonido que pueda darme una pista sobre a dónde vamos, pero todo lo que oigo es el incesante zumbido del motor y el ocasional golpe de algo golpeando los bajos del coche.

Cierro los ojos, tratando de calmar mi respiración, pero la furgoneta es sofocante, el calor y el ruido presionándome por todos lados. El coche pasa por otro bache, mi cabeza golpeando la pared una vez más. Las estrellas explotan detrás de mis párpados, y muerdo con fuerza mi labio.

¿Qué coño está pasando?

Mi mente corre con miles de pensamientos. No puedo imaginar por nada del mundo quién querría secuestrarme. Trago nerviosamente.

¡Piensa, Jamie. Piensa!

Entonces el coche se detiene repentinamente. Oigo pasos acercándose. Las puertas traseras se abren de golpe y entrecierro los ojos ante la luz del sol que momentáneamente me ciega.

—Sal —ordena una voz áspera.

Me inclino hacia adelante, mis caderas gritando en protesta mientras salto torpemente de la furgoneta.

—Camina —ordena la voz de nuevo, esta vez con un empujón que me hace tropezar hacia adelante.

Le echo un vistazo rápido. Tiene el pelo castaño claro y piercings en las cejas que brillan bajo los duros rayos del sol. Los tatuajes se enroscan por sus brazos, cada uno más grotesco que el anterior.

Mi mirada se desplaza al segundo hombre, que está sacando metódicamente armas del asiento delantero. Muchas, muchas armas. El tintineo metálico de cada arma, mientras las coloca en el techo del coche, me provoca un escalofrío.

Su mirada penetrante se fija en la mía, sus ojos oscuros y sin vida. Mi cuerpo se estremece de miedo. Definitivamente no es alguien con quien me gustaría cruzarme.

Da un paso adelante, sus botas haciendo un sonido crujiente en la grava. Doy un paso atrás, pero él agarra mis manos y me arrastra hacia adelante. Comienza a atarme las manos con bridas. El plástico áspero se clava en mi piel, cada giro y tirón enviando agudas punzadas de dolor a través de mis muñecas. Puedo sentir las bridas empezando a cortar mi carne mientras las aprieta una y otra vez. Una vez que ha terminado, recoge su arma y un maletín, y se dirige con paso firme hacia el almacén abandonado frente a mí.

—He dicho que camines —gruñe el tipo detrás de mí, colocando el frío metal del cañón de una pistola contra la parte trasera de mi cabeza.

Mis ojos se llenan de lágrimas, y mi cuerpo tiembla de miedo. Empiezo a caminar hacia adelante, observando cuidadosamente los alrededores.

Necesito escapar. Pero no puedo hacer eso sin averiguar dónde estoy ahora mismo.

Oigo el zumbido distante de ruido de máquinas y lo que suena como pájaros cantando. El aire está cargado con el olor a polvo y óxido, y creo que puedo oler también un toque de metal.

Finalmente entramos al almacén, y el penetrante olor a gas y sudor golpea mi nariz, haciéndome sentir náuseas.

El almacén en sí huele a una mezcla de hormigón húmedo y metal oxidado, con un leve toque de aceite y gasolina flotando en el aire. El olor a moho de madera vieja y podrida se mezcla con el olor acre y penetrante de productos químicos, haciendo que mi nariz se arrugue de incomodidad

una vez más.

Al otro lado de la habitación tenuemente iluminada, a unos diez pasos de distancia, noto una figura encorvada en un sofá desgastado. La luz parpadeante de una sola bombilla suspendida sobre nosotros proyecta sombras espeluznantes, haciendo que la escena parezca algo salido de una pesadilla.

—¡Jamie! ¡Es un placer conocerte por fin! —se burla la voz, destilando malicia. Entrecierro los ojos, tratando de distinguir la figura mientras se acerca. Tiene el pelo rapado a los lados, revelando un cuero cabelludo marcado con cicatrices. Su nariz está ligeramente torcida, como si se hubiera roto y nunca se hubiera curado correctamente. Sus labios están secos y agrietados, pero son sus ojos los que llaman mi atención. La mirada verde penetrante parece inquietantemente familiar.

—¿Quién eres y qué quieres de mí? —exijo, luchando por mantener el temblor fuera de mi voz. De repente, la habitación se vuelve más fría, el frío se cuela hasta mis huesos.

—Verás, Jamie —se pone de pie y camina hacia mí, rodeándome como un depredador que evalúa a su presa. Puedo oler el aroma a cuero viejo y cigarrillos rancios que emana de él—. Lo que quiero es bastante simple, y quién soy... —desliza un dedo por mi brazo, enviando un escalofrío por mi columna y dejando la piel de gallina a su paso—. Estoy seguro de que tu abuelo lo sabe.

Frunzo el ceño, la confusión se mezcla con el miedo.

—¿Qué quieres decir? —Mi abuelo puede que conozca a mucha gente peligrosa, pero no muchos saben que tiene dos nietas. El pensamiento me revuelve el estómago.

Se ríe, un sonido como metal raspando contra metal, áspero y chirriante. Se coloca frente a mí, su rostro contorsionado por la rabia.

—Me lo quitó todo. Yo era el líder de Crimson Night, una de las bandas más grandes del vecindario —escupe, con amargura impregnando sus palabras—. Todo iba bien hasta que Jaguar, la maldita banda de tu abuelo, aplastó a Crimson Night —gruñe, su voz goteando amargura—. ¿Tienes idea de lo que es que te arrebaten todo? Ni siquiera contó como una guerra. Fue una masacre debido a lo fuerte que era. Todo mi duro trabajo, desapareció así sin más. Todos esos buenos y leales hombres, muertos.

Su voz se endurece, un tono más oscuro la atraviesa.

—Aproveché la oportunidad para escapar, y estaba a punto de lograrlo, pero él no se conformó con eso. Me siguió hasta mi casa como un perro rabioso. Habría sido más digno si me hubiera matado, pero no. Me hizo encerrar en la cárcel por una patética acusación de abuso infantil... por culpa de dos mocosos inútiles.

¿Usó el sacrificio de sus hombres para escapar? ¿No significa eso que huyó de la batalla como un cobarde mientras sus hombres luchaban y morían?

Trago saliva con dificultad, mi garganta seca. No puedo decir eso en voz alta. El hombre frente a mí es peligroso. Es un hombre que lo ha perdido todo y que no tiene nada más que perder. Tengo la sensación de que debo elegir mis palabras con cuidado. Pero, ¿por qué me suena familiar esta historia?

Inclina la cabeza, con una mirada conocedora en sus ojos.

—¿No quieres saber quiénes eran esos niños?

—No creo que sea asunto... —me interrumpo, mi mente corriendo... no, no puede ser.

—Ah, veo que lo has descubierto —dice, una sonrisa espeluznante extendiéndose por su rostro.

—¿Eres el padrastro de Arlo y Arjo? —balbuceo, mi tono incrédulo.

—Eres inteligente, te lo concedo —asiente, acercándose más. Su aliento es rancio, golpeando mi cara como una ola de putrefacción—. Ahora, en cuanto a lo que quiero —dice simplemente—, venganza. Todo lo que construí se ha ido por culpa de tu abuelo y sus hombres. Me lo quitaron todo y luego me encerraron en una celda. Pero ahora, es mi turno. Verás, he estado planeando esto durante años, incluso cuando aún estaba tras las rejas.

Se ríe de nuevo, como un maníaco.

—Verás, a Freddie no le importan muchas cosas, pero ¿vosotras dos? Sus preciosas nietas, sí, por vosotras mataría. ¿Y qué mejor regalo que darle tu cadáver?

El pavor se asienta en mi estómago, pero cuadro los hombros y mantengo la cara serena. Parece el tipo de persona que se alimenta del miedo, y me niego a darle esa satisfacción. Acumulo saliva en mi boca y le escupo.

—Los gemelos te encontrarán. Y cuando lo hagan, ¿adivina qué? Desearás no haber salido nunca de la cárcel. Estás cometiendo el peor error de tu vida.

No lo veo venir. Su mano golpea mi cara con tanta fuerza que me deja ciega por un segundo, y caigo al suelo, gimiendo y saboreando el gusto metálico de la sangre en mi boca. Por el rabillo del ojo, lo veo agacharse frente a mí. Agarra mi barbilla con fuerza y me obliga a mirarlo.

—Suenas igual que los hombres de tu vida. Estúpida y arrogante —gruñe furioso—. He cambiado de opinión. No te mataré. No, eso sería demasiado fácil. Pero te haré sufrir. Desearás que hubiera sido lo suficientemente misericordioso como para matarte, Jamie Long. ¡Llévala al almacén! —ordena a uno de los hombres de antes.

Las lágrimas nublan mi visión, difuminando la habitación tenuemente iluminada en una neblina de sombras y luz parpadeante. El dolor de su bofetada aún arde en mi mejilla.

Manos ásperas agarran mis brazos, arrastrándome desde el suelo. Mis piernas se sienten débiles, pero las obligo a moverse, tropezando hacia adelante mientras me empujan. Mis muñecas siguen atadas, y las bridas me están lastimando la piel. Están apretadas, pero aún puedo deslizar mis muñecas. Solo necesito tiempo... tiempo para idear un plan. Tiempo para escapar.

Capítulo Veinte

Arjo

—¡Mierda! ¡Joder! —Me agarro el pelo largo y negro, la frustración hierve al ver el estado de la moto de Arlo. Mis puños se cierran, con ganas de golpear algo, pero me contengo.

—Han rajado las ruedas —le grito a Arlo—. Debieron hacerlo antes de llevársela.

—¡Hijo de puta! —gruñe Arlo, ya sacando su teléfono. Lo observo mientras marca, su voz aguda y urgente. Está llamando a los chicos para asegurarse de que nos traigan un coche.

Sus ojos arden de furia, tiene la mandíbula apretada y, aunque parece tener más control que yo, sé que está igual de furioso. Sus piernas tiemblan contra el suelo, sus ojos se entrecierran.

Hay mucho en juego aquí y ahora, y estamos atrapados en este maldito hospital mientras esperamos que los chicos nos traigan un coche. Incluso si logran llegar rápido con un vehículo, hemos perdido el rastro. No tenemos ni idea de adónde se llevaron a Jamie, ni siquiera una dirección hacia dónde ir, realmente. No tenemos nada. Y cada segundo que pasa sin respuestas, cada agonizante segundo que nos dejan en la oscuridad, los captores de Jamie ganan más tiempo para hacerle Dios sabe qué. El solo pensamiento hace que mi sangre hierva, la rabia arde bajo mi piel.

Teddy estaba a punto de enviarnos su ubicación, hacia dónde se dirigía, antes de que la línea se cortara en un estruendo que aún resuena en mis oídos. Teddy es como un hermano para mí, y la imagen de él tirado en algún lugar, herido, solo y sangrando, hace que apriete los puños hasta que mis nudillos se ponen blancos.

No sabemos dónde están. Somos impotentes para alcanzarlos, para hacer algo. Y esa impotencia me carcome, desgarrándome por dentro.

Todavía estoy lidiando con la realidad de que Jamie está embarazada. Realmente embarazada. Nunca imaginé cómo me sentiría, pero es como si un instinto feroz y protector hubiera echado raíces dentro de mí, una necesidad de estar ahí para ella. Y sé que Teddy y Arlo también lo sienten. Si decide quedarse con este bebé, estamos listos. La apoyaremos y entraremos en la paternidad juntos sin pensarlo dos veces.

Esto lo cambia todo: hay un bebé involucrado, y el viejo no podría haber elegido mejor momento para despertar que ahora. Es como si todo se estuviera desmoronando frente a nosotros. Freddie está tan enojado. Está furioso y decepcionado de nosotros. Odio que lo esté, pero también odio que siga tratando a su nieta como si fuera una adolescente que no sabe lo que quiere.

Está enojado con nosotros, pero yo también estoy enojado con él. Sé que Arlo también está molesto.

Freddie es la razón por la que la secuestraron. Si no la hubiera alejado con sus palabras que destilaban furia y resentimiento, desdén y disgusto, tal vez ella no habría tenido ninguna razón para irse. Si tan solo la hubiera escuchado como ella había pedido, tal vez aún estaría aquí y estaría a salvo.

Ella se había defendido, expresando sus sentimientos, ¿pero a qué precio? Todo esto es su culpa y espero que nada le pase a ella o a Teddy. No estoy seguro de cómo reaccionaría, de lo que haría.

Volvemos al edificio del hospital, apenas conteniendo nuestra ansiedad mientras esperamos en el área de recepción. De repente, la puerta principal se abre de golpe y un par de enfermeras empujando a un hombre herido en una camilla entran. Reconocería esa figura en cualquier momento y lugar.

—¡Es Teddy! —anuncia Arlo, poniéndose de pie de un salto.

Ambos corremos hacia las enfermeras, pero una de ellas se interpone en nuestro camino.

—Lo siento, no pueden estar aquí —dice, levantando una mano para bloquearnos.

—Es nuestro hermano... —mis ojos captan su placa de identificación—... Grace —le lanzo una mirada severa, frunciendo el ceño, insinuando mi impaciencia.

La enfermera rubia me lanza una mirada fulminante, sin inmutarse por mi ceño fruncido.

—Bueno, señor, su hermano ha sufrido un accidente y necesita atención médica. Así que voy a tener que pedirle que se haga a un lado, por favor.

—¿Qué te pasó, Teddy? —pregunta Arlo, ya de pie a su lado.

—Los niveles de oxígeno están bajando —advierte la otra enfermera, su tono cargado de

urgencia.

Grace mira hacia atrás. —Presión en la herida de la cabeza, ahora —Vuelve su mirada hacia mí—. Señor, no quiero tener que pedirselo de nuevo. Muévase —Sus cejas se estrechan, su frente adornada con profundas arrugas.

—Está bien, esto no tomará más de un minuto —dice Teddy, su voz débil y apagada—. Es importante.

Grace duda por un momento con ese molesto ceño fruncido en su rostro antes de hacerse a un lado. —Tienen treinta segundos.

—Oye, háganos —Sostengo la mano de Teddy mientras mi hermano se para a su lado en la camilla.

—¿Qué pasó? —pregunta Arlo, sus ojos rojos de ira.

—Me chocaron por el costado —dice, haciendo una mueca. Su cabeza está sangrando y su cabello empapado en sangre. Tiene cortes menores que marcan su rostro y brazos—. Los hombres que lo hicieron... dijeron que le dijeran a Jaguar que Crimson Night nunca olvida una ofensa.

Se me corta la respiración y siento un escalofrío recorrer mi espalda. Arlo y yo intercambiamos miradas, nuestros ojos brillantes de furia.

—Leí las placas... —continúa Teddy antes de recitarnos el número de placa de la furgoneta—. Pueden rastrearlos...

—Muy bien, se acabó el tiempo —dice la enfermera Grace y empuja la camilla por el pasillo.

La mirada de Teddy permanece fija en nosotros incluso mientras se lo llevan. —La tienen. Esos bastardos tienen a Jamie —La rabia en su voz no era en absoluto sutil—. Encuentren a esos cabrones y tráiganla a casa.

Mientras las enfermeras desaparecen por la esquina, Arlo me mira, apretando la mandíbula con ira. Crimson Night... nunca pensamos que volveríamos a oír hablar de esa pandilla. Ahora sabemos quién está detrás de esto. El ataque a Freddie y ahora el secuestro de Jamie. Todo apunta a una persona. Nuestro padrastro. Estamos seguros porque pasamos nuestra infancia sabiendo que el bastardo era capaz de cosas terribles.

Su pandilla se llamaba Crimson Night. Después de que Freddie y Jaguar acabaran con él, estábamos tan seguros de que él y su pandilla habían desaparecido para siempre. ¿Cuándo demonios salió de la cárcel?

Era un hombre cruel que se especializaba en torturar y hacer sufrir lentamente a la gente hasta que suplicaban la muerte. Le encantaba causar dolor a los débiles.

El mero pensamiento de que Jamie esté a merced de este hombre hace que mi pecho se agite rápidamente. Lo único que quiero es meterle una bala en el cráneo.

Arlo hace lo que Teddy dijo. No pierde tiempo en llamar a nuestro contacto en la comisaría y presionarlo para que rastree la furgoneta usando las placas.

Logra encontrar la furgoneta en las cámaras de tráfico y, mientras habla, mi cerebro trabaja a toda velocidad tratando de trazar un mapa de adónde podrían haberla llevado. Muy pronto, se hace evidente. Miro a mi hermano y puedo ver que él también lo ha descubierto. Sabemos adónde la está llevando.

Fueron a un almacén que Arlo y yo conocemos demasiado bien. Es donde Crimson Night solía llevar a las personas que capturaba. Nos había llevado allí una vez... para mostrarnos lo que nos pasaría si no hacíamos lo que él decía en casa. La imagen de él serrando los dedos de un hombre me había atormentado durante años.

No podemos dejar que Jamie permanezca en las garras de ese hombre. Envío la dirección del almacén a nuestro contacto y pronto confirma que teníamos razón, la furgoneta está registrada allí.

Ahora que tenemos una ubicación, una dura certeza se asienta en mi pecho, alimentando una feroz determinación que puedo sentir irradiando también de Arlo.

—¿Alguna noticia de los chicos? —pregunto.

—Están en camino —responde.

Sin nada más que hacer que jugar con nuestros pulgares y esperar, Arlo y yo volvemos a la habitación de Freddie, la familiar práctica de informarle se apodera de nosotros, incluso en este momento. Habíamos tenido que quedarnos para ayudar a las enfermeras a sujetarlo después de que Jamie se fuera hecha una furia porque estaba furioso. Estábamos en su habitación cuando

llegó la llamada de Teddy. Sabe que algo sucedió, pero ya estábamos saliendo por la puerta antes de que pensáramos en decírselo. Tan pronto como entramos, la mirada de Freddie se clava en nosotros.

—¿Qué demonios está pasando? —espeta.

—Jamie fue secuestrada —explico secamente—. Rajaron nuestros neumáticos y Teddy sufrió un choque mientras los perseguía, así que estamos atrapados hasta que los chicos nos traigan un nuevo transporte.

—¿Quién se atrevería a tocar a mi nieta? —ruge Freddie.

—Es Crimson Night —responde Arlo, su voz firme pero deshilachada en los bordes—. Teddy dice que se lo dijeron después del accidente.

Los ojos de Freddie se abren de par en par, el shock cruzando su rostro, y por un momento, el silencio llena la habitación. Puedo verlo retrocediendo pasos, excavando en recuerdos removidos solo por el nombre.

Con el rostro contorsionado por la ira, la voz de Freddie corta el aire, afilada y acusadora. —¿Dejaron que se la llevaran?

La acusación golpea como un puñetazo, impactándome con fuerza. Pasa un instante, y luego Arlo gruñe: —La recuperaremos.

—¡Más les vale! —espeta Freddie, su voz tensa de furia—. Me descuido un segundo, ¿y de repente han dejado embarazada a mi nieta... y ahora ha sido secuestrada?

Arlo frunce el ceño, murmurando: —No tenemos tiempo para escuchar esto. —Es un murmullo quedo, apenas audible, pero Freddie lo oye.

—¿Qué carajo acabas de decirme, muchacho? ¡Mírame cuando te estoy hablando!

La mirada de Arlo se levanta de inmediato, y fulmina a Freddie con la mirada, quien ya se está incorporando de su cama.

—¿Te atreves a desafiarme?! —La voz de Freddie explota en un feroz rugido que sacude el aire a nuestro alrededor.

—¿Puedes callarte por un maldito segundo? —responde Arlo. Las palabras son crudas, cortando la tensión. Me quedo paralizado de la impresión, e incluso Freddie parece aturdido en silencio. La habitación queda en silencio, nada más que el áspero ritmo de nuestra respiración llena el espacio.

No es propio de Arlo hablarle así a Freddie. Nunca lo había visto tan al límite con el viejo. Es como si ni siquiera le importara.

.

Después de un momento, la voz de Arlo baja, su mirada firme e inflexible. —Vamos a recuperarla... lo cual es más de lo que tú hiciste cuando era niña. Ya sabes, cuando se escapó. — El tono de Arlo es cortante, pero creo que Freddie necesita escucharlo.

El rostro de Freddie se contorsiona, su ira deslizándose mientras algo más profundo y oscuro cruza sus ojos. —¡Era una chica terca que se escapó! —Sus palabras son defensivas y desafiantes.

—Era una niña —sisea Arlo, su voz como un gruñido bajo—. Una niña que necesitaba a su abuelo, pero no pudiste sacar la cabeza de tu trasero ni por un maldito segundo para verlo.

Las palabras se asientan en el silencio como una piedra hundiéndose en el fondo de un pozo oscuro. Por el más breve momento, capto un destello en los ojos de Freddie. Una mirada atormentada, tal vez incluso arrepentimiento, acecha justo debajo de su exterior endurecido.

Antes de que alguien pueda decir algo más, el momento se ve interrumpido por el teléfono de Arlo sonando. Lo miro, y él lo levanta para mostrarme que es Ryan, uno de los otros chicos, antes de contestar.

Después de un momento, se vuelve hacia mí y asiente. —Están aquí —confirma.

Sin decir una palabra más, Arlo gira sobre sus talones, dirigiéndose hacia la puerta, y yo lo sigo.

—Vamos a buscarla —gruñe, su voz oscura de furia—. Y hagamos que esos bastardos paguen por atreverse a ponerle una mano encima.

Capítulo Veintiuno

Jamie

El pasillo por el que camino es un corredor sombrío y abandonado, con sus estrechas paredes cubiertas de un musgo verde y espeso que parece retorcerse como zarcillos vivos. El aire apesta a humedad y putrefacción, cargado con el hedor de la descomposición. Escucho el goteo distante del agua resonando en las paredes. El suave correteo de las ratas en las sombras me pone la piel de gallina.

Cada paso envía una punzada de dolor a través de mi cuerpo, mis pies palpitan en protesta contra el suelo frío e irregular. Me concentro en la sensación, usándola para mantenerme con los pies en la tierra, para mantener el pánico creciente a raya.

Llegamos a una pesada puerta de metal al final del pasillo, su superficie oxidada y llena de cicatrices. El hombre a mi lado forcejea con un juego de llaves, el tintineo resonando en el silencio como un toque de difuntos. La puerta se abre con un chirrido, revelando una habitación pequeña y estrecha.

El aire en el interior es rancio y mohoso, denso con el olor a sudor y mugre. Me empujan dentro, tropezando hasta caer de rodillas en el suelo frío y duro.

—Ay —gimo de dolor, mirando mi rodilla raspada.

La puerta se cierra de golpe detrás de mí, el sonido reverberando a través del pequeño espacio como una trampa.

Respiro profundamente, tratando de calmar mi corazón acelerado. No puedo darme el lujo de entrar en pánico, no ahora. Miro hacia abajo, a mi muñeca, donde las bridas de plástico se clavan profundamente en mi piel, la carne alrededor hinchada y roja, rezumando gotas de sangre.

La habitación es un espacio sucio y estrecho, las paredes revestidas con estanterías oxidadas y cajas que parecen cernirse sobre mí, proyectando largas y ominosas sombras. Me arrastro hacia una de las estanterías, usándola para ponerme de pie. Mis piernas están temblorosas, como gelatina, pero las obligo a sostenerme. Mis músculos tiemblan de miedo y agotamiento.

Necesito encontrar algo afilado, algo que pueda usar para cortar las bridas. Escaneo las estanterías, mis ojos esforzándose en la tenue luz, que parece sofocarme. Allí, en el estante superior, veo un destello metálico: un pequeño clavo oxidado que sobresale de una caja de madera.

Alzo la mano, mis dedos rozando la madera áspera, sintiendo las astillas clavarse en mi piel. Mis músculos gritan en protesta, pero me estiro y logro agarrar el clavo.

Está viejo y doblado, pero lo suficientemente afilado para hacer el trabajo. Golpeo la caja, haciendo una mueca cuando produce un ruido estridente que resuena en el silencio como un grito.

Hago una pausa, escuchando por si alguien viene. Nadie viene. El silencio es inquietante.

Me siento apresuradamente en el suelo, con la espalda contra el estante, y arrastro la caja frente a mí y posiciono el clavo contra las bridas, serrando de un lado a otro. El clavo se resbala y se clava en mi piel, sacando sangre.

Pero no me detengo. Sigo serrando, con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho. El sudor gotea por mi rostro, mezclándose con lágrimas de frustración y miedo.

Los minutos pasan, cada uno sintiéndose como una eternidad. Mis manos están temblando, mis muñecas en carne viva y sangrando. Finalmente, siento que las bridas comienzan a ceder.

—Vamos, vamos —gruño, y con un último tirón desesperado, se rompe.

Flexiono mis muñecas, tratando de recuperar algo de sensibilidad y haciendo una mueca por el dolor. Hay marcas rojas y furiosas formando círculos delgados alrededor de ellas.

Echo otro vistazo a la habitación. Mis ojos se ajustan a la oscuridad, y veo los contornos siniestros de muebles viejos cubiertos de polvo y telarañas.

Tiene que haber algo, una forma de escapar. Recorriendo las paredes con la mirada, miro hacia arriba y veo una pequeña ventana sucia en lo alto de la pared.

¡Sí! Es mi única oportunidad.

Me muevo silenciosamente, mis pasos amortiguados por la gruesa capa de polvo en el suelo. Me pongo de puntillas y empujo la ventana.

No se mueve.

Aprieto los dientes y empujo con más fuerza, sintiendo los músculos de mis brazos tensarse, mis articulaciones crujiendo en protesta. La ventana cruje, sus bisagras oxidadas gritando en resistencia. Justo cuando comienza a ceder, escucho pasos acercándose: pasos pesados y deliberados que resuenan por el pasillo.

—¡Mierda, mierda, mierda! —susurro con dureza, el pánico surgiendo a través de mí como una ola. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, amenazando con estallar a través de mi caja torácica.

Me lanzo detrás de una pila de cajas viejas, mi cuerpo temblando de miedo. Las cajas se balancean sobre mí, sus bordes ásperos clavándose en mi piel.

La puerta se abre con un chirrido, sus bisagras gimiendo en protesta. Contengo la respiración, mirando a través de un estrecho hueco entre las cajas. Un hombre entra en la habitación, su silueta perfilada por la tenue luz del pasillo. Es alto y de hombros anchos, sus movimientos deliberados y amenazantes, como un depredador acechando a su presa.

Sus ojos escanean la habitación, buscándome. Son fríos, calculadores, desprovistos de cualquier humanidad.

Veo un tubo oxidado tirado en el suelo cerca, su metal corroído y descascarado. Alcanzo a cogerlo, mis dedos cerrándose alrededor del frío metal. Se siente sólido, reconfortante.

El hombre se acerca más, sus pasos resonando por la habitación. Sus ojos se estrechan, su mirada barriendo el espacio.

Espero hasta que está casi frente a mí, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

Entonces me levanto de un salto y balanceo el tubo con toda mi fuerza. Conecta con un golpe nauseabundo. La cabeza del hombre se echa hacia atrás. Su cuerpo se desploma en el suelo, inconsciente. La sangre se acumula alrededor de su cabeza. Un líquido oscuro y viscoso se extiende por el suelo.

Las náuseas me invaden ante la horrible visión de su cuerpo, pero no tengo tiempo para sentirme enferma.

No tengo tiempo para nada.

No pierdo ni un segundo, mis piernas bombeando furiosamente mientras suelto el tubo y salgo corriendo de la habitación, mi corazón latiendo como un martillo neumático en mi pecho. El largo pasillo tenuemente iluminado se extiende ante mí, sus luces fluorescentes parpadeantes proyectando sombras inquietantes y danzantes en las paredes.

Mis pies palpitan de agonía, los talones magullados y sangrando, pero me niego a detenerme. Sigo corriendo, mi mente fijada en una sola cosa: escapar.

Giro a la derecha, mi cuerpo momentáneamente oculto mientras me aprieto contra la pared, mi pecho agitado por el agotamiento. Nerviosamente echo un vistazo rápido a la vuelta de la esquina, mis ojos escaneando el espacio vacío frente a mí y la puerta justo fuera de este infierno, a solo veinte pasos de distancia.

Este es el momento.

Una última mirada.

Una última oportunidad.

Hago una carrera desesperada.

Solo un poco más.

De repente, suena un disparo, el sonido ensordecedor en el espacio confinado, haciendo que me duelan los tímpanos. Me congelo, mi corazón se salta un latido.

No, no, no.

No puedo arriesgarme a que me disparen, no ahora que sé que estoy embarazada.

Me giro lentamente, con las manos en alto en señal de rendición.

Un hombre sale de las sombras, con su arma apuntándome. Es el mismo de antes que sacó todas las armas de la furgoneta. Sus ojos son fríos, desprovistos de cualquier emoción, compasión o humanidad.

Parece una máquina, programada para matar.

Antes de que pueda reaccionar, me agarra, su agarre como el hierro. Me arrastra hacia una silla

metálica atornillada al suelo.

—¡No, por favor! —suplico desesperadamente, mi voz temblando.

Lucho con fuerza, tratando de liberarme de su agarre brutal. Pero es como si no me oyera, no me viera, no sintiera mi miedo. Sus ojos permanecen vacíos, sin respuesta, inflexibles ante mis súplicas.

Me fuerza a sentarme en la silla, asegurando mis muñecas y tobillos con pesadas correas. El cuero está frío contra mi piel, y puedo sentir el pánico creciendo en mi pecho.

Mi corazón late tan fuerte que estoy casi segura de que él puede oírlo. Un maletín marrón yace sobre la mesa, parcialmente abierto, revelando su contenido. Cuchillos de diferentes formas y tamaños.

Instrumentos de tortura diseñados para infligir dolor y sufrimiento. Mi mente da vueltas. El miedo me abruma. Miedo por mí, por mi hijo nonato.

—¡Por favor, déjame ir! —suplico, mi voz quebrándose.

Las lágrimas corren por mi rostro. Calientes. Saladas.

—Por favor —ruego—. ¡Te daré lo que quieras! ¡Lo que sea! ¡Te diré lo que sea! ¡Solo por favor no me hagas daño! ¡Estoy embarazada!

Mis palabras salen atropelladas, frenéticas, desesperadas. El hombre permanece impasible, inafectado. Alcanza el maletín y extrae un cuchillo reluciente. Su hoja brilla en la tenue luz. Mi corazón se detiene. Mi respiración se entrecorta. Estoy paralizada por el miedo.

—¡Por favor! —grito—. Por favor, no me hagas daño.

Mi cuerpo empieza a temblar.

Cada músculo, cada tendón, cada célula vibra de pavor.

Voy a morir.

No quiero morir.

Justo cuando está a punto de empezar a cortar mi piel, la puerta se abre de golpe y suena un

disparo ensordecedor. La cabeza del hombre se echa hacia atrás, sus ojos congelados en shock, mientras la sangre me salpica como una pintura macabra. Grito, mi voz perforando el aire. Estoy temblando en la silla metálica, mi visión borrosa por las lágrimas.

El olor cobrizo de la sangre llena el aire, mezclándose con el olor acre de la pólvora, asfixiándome. Mi corazón late a toda velocidad, amenazando con salirse de mi pecho.

—Hey, hey, hey. Jamie, está bien —escucho una voz familiar frente a mí, el tono preocupado de Arjo cortando a través del caos.

Abro los ojos lentamente, mi visión aclarándose para ver el rostro de Arjo, grabado con preocupación, sus ojos escaneándome en busca de heridas. Su mirada se detiene en las manchas de sangre en mi ropa, su mandíbula apretada.

—Joder, me alegro tanto de que estés a salvo —dice otra voz detrás de mí. El alivio de Arlo es palpable.

Giro la cabeza para ver a Arlo caminando hacia mí, su rostro una mezcla de alivio y enojo.

—Siento que lleguemos tarde —añade, su voz teñida de arrepentimiento.

El alivio se extiende por mi pecho mientras Arjo desabrocha las restricciones, liberándome del frío agarre de la silla metálica.

Cubro mi rostro con mis manos temblorosas, mi cuerpo sacudiéndose mientras empiezo a sollozar fuertemente, las lágrimas corriendo por mi cara como un arroyo.

—Yo-yo pensé que iba a morir —balbuceo, mi voz quebrándose, las palabras saliendo atropelladamente.

—No bajo nuestra vigilancia —gruñe Arjo, colocando sus manos en mis muslos, su tacto anclándome.

Arlo avanza, sus ojos escaneando el almacén en busca de señales de peligro, su mirada deteniéndose en el cuerpo sin vida desplomado en el suelo.

—Tenemos que movernos. Ahora —dice, su voz urgente, baja.

La habitación es un borrón de movimiento y sonido mientras me ayudan a ponerme de pie,

sosteniéndome como muletas.

Todavía puedo sentir los ojos sin vida del hombre sobre mí, su sangre manchando mi ropa como una insignia de supervivencia. La imagen de sus ojos sin vida me persigue, un recordatorio escalofriante de lo cerca que estuve de perderlo todo.

Pero con Arlo y Arjo a mi lado, sé que estoy a salvo. Por ahora.

Capítulo Veintidós

Arlo

Teníamos razón.

Por supuesto que la trajo al almacén.

Mis brazos rodean a Jamie, su cuerpo tiembla contra el mío. Su rostro está golpeado y magullado. Sus labios están partidos y ensangrentados, y su piel, normalmente radiante, está marcada por el polvo y la mugre. El remordimiento me corroe por haber llegado tarde. Pero al menos llegamos justo antes de que ese hijo de puta asqueroso le pusiera las manos encima. Ni siquiera quiero pensar en lo que habría hecho con esos cuchillos.

Arjo camina en silencio a nuestro lado, sus ojos escudriñan los alrededores en busca de amenazas. El almacén está vacío, salvo por el hombre que yace en un charco de su propia sangre justo detrás de nosotros y el hombre muerto que Arjo encontró en el cuarto de almacenamiento. ¿Podría el otro haber huido? No es del todo imposible. Nuestro padrastro siempre ha sido un cobarde, escondiéndose detrás del poder de Crimson Night.

El almacén es uno de los numerosos escondites que creó. Echo otro vistazo a sus paredes, manchadas por años de negligencia. El aire está cargado con el hedor del moho y el óxido, mezclándose con el sabor metálico de la sangre. La luz tenue se filtra a través de las ventanas rotas.

Nuestros pasos producen un sonido áspero contra el frío suelo de concreto mientras nos dirigimos hacia la salida. Entonces, un repentino chasquido nos detiene en seco.

—Ah, ah, no tan rápido —dice una voz con desdén, enviando un escalofrío por mi columna.

Todos nos damos la vuelta y nos encontramos cara a cara con el único hombre que nunca esperé volver a ver: mi padrastro. No ha cambiado nada. Lleva su ropa habitual, un par de jeans gastados, una vieja camiseta negra sucia y una chaqueta de cuero. Observo su nariz torcida, el arco de sus cejas y esos ojos verdes, aún llenos de rabia. Su cabello negro azabache ahora tiene mechones grises.

De niños, Arjo y yo nunca conocimos realmente a nuestro padrastro. Era un fantasma en nuestras vidas, siempre ocupado en lo que él llamaba "negocios de la pandilla". Sabíamos que teníamos un padrastro, pero era como si estuviera muerto para nosotros.

Los recuerdos de repente vuelven. El terror de los momentos en que estábamos a su merced, la impotencia. Todo vuelve precipitadamente, duro e implacable, mientras recuerdo un incidente particularmente desgarrador de mi infancia. Arjo y yo corríamos por la casa, nuestras risas resonaban por los pasillos, cuando accidentalmente tiramos una botella de cerveza que mi padrastro había dejado en la mesa.

—Se va a enojar mucho —murmura Arjo, su voz temblando de miedo mientras miramos los trozos de vidrio esparcidos por el suelo.

Quiero decir algo, tranquilizarlo, pero las palabras se me atascan en la garganta. Estoy igual de aterrorizado. Nuestro padrastro tiene un temperamento notoriamente volátil, y una vez que algo lo enfurece, entra en un ataque de rabia, destruyendo todo y cualquier cosa a su paso.

De repente, la puerta se abre de golpe, y yo salto, corriendo al lado de Arjo y agarrando sus manos. Nuestro padrastro entra tambaleándose, el hedor del alcohol es fuerte en el aire.

Oh no.

Sus ojos, inyectados en sangre y salvajes, se fijan en la botella rota y luego se vuelven hacia nosotros. —¡Mocosos! —ruge, abalanzándose sobre nosotros con una ferocidad que hace que mi corazón lata con fuerza. Nos pateo, empuja y golpea, su rabia es una fuerza aterradora.

Pero no lloraré. Tampoco lo hará Arjo. Sabemos que mostrar cualquier signo de debilidad solo lo empeorará.

Inhalo bruscamente, empujando el oscuro recuerdo a un rincón de mi mente.

—¿Cómo pudiste hacer esto? —exijo, mi voz temblando de furia.

—Estás exagerando —suspira con naturalidad—. Deberías estar agradecido de que la mantuve con vida.

La ira hierve en mi interior y doy un paso adelante, pero Arjo me detiene. —No deberías haber vuelto —digo entre dientes—. Tu presencia no es bienvenida.

Sonríe con sorna. —No volví por ustedes. Vine por la pandilla que Freddie me robó.

Por supuesto, eso es todo lo que siempre le importó. Su maldita pandilla.

—No ha salido exactamente como lo planeé... —murmura, con voz baja y cargada de veneno—. Por lo que estoy escuchando, el viejo bastardo podría haber despertado... así que creo que ustedes, muchachos, entenderán que no puedo dejar que Jamie simplemente salga de aquí.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de una intención siniestra. Y entonces lo entiendo, como si se encendiera un interruptor en mi cabeza. Él es quien ordenó el ataque contra Freddie. Él es quien hizo que le dispararan a Freddie, dejándolo en esa cama de hospital, luchando por su vida. Mis ojos se abren de par en par mientras las piezas encajan, pero antes de que pueda asimilar todo esto por completo, su voz se eleva, aguda y furiosa.

—¡Freddie pagará, de una forma u otra!

En un instante, saca una pistola y apunta a Jamie. El instinto se apodera de mí. Me lanzo sobre él, desviando el arma hacia la pared. La bala rebota con un estruendo ensordecedor.

—¡Arjo, saca a Jamie de aquí! —grito, luchando por el control del arma en el suelo. Arjo duda, pero vuelvo a gritar—: ¡Ahora!

Agarra a Jamie y sale corriendo, dejándome solo con nuestro padrastro.

—¡No! —gruñe, mirando detrás de mí. Aprovechando el momento, le arrebató el arma, le golpeo la mano contra el suelo y la aplasto con mi pie.

—¡Deberías haberme dejado matarla! —me grita.

—No mientras yo esté aquí.

Entonces lo golpeo.

Con toda mi maldita fuerza y rabia, lo golpeo.

Una y otra vez, lo golpeo. Con toda la fuerza que puedo, lo golpeo por atreverse a venir tras de mí. Por atreverse a tocar a Jamie.

Por lastimar al amor de mi vida.

Por hacer que gritara y llorara indefensa, tal como nos hizo hacer a Arjo y a mí cuando éramos niños.

Logra dar un par de débiles puñetazos, pero sus patadas y golpes no son tan dolorosos como cuando era niño. Sin embargo, las heridas emocionales siguen siendo igual de crudas.

Me doy cuenta de lo decepcionado que estoy de él, de cómo nunca esperé que cambiara, pero tampoco esperaba que fuera tras la mujer que amo.

—¿De verdad... de verdad vas a matar a tu viejo por algo como esto? —jadea.

—Tú no eres mi viejo. No eres mi padre. —Lo golpeo de nuevo.

Cambio de manos, lanzando un gancho de izquierda a su mandíbula ya dislocada.

Lo castigo por lo que ha hecho en el pasado, por lo que iba a hacer, por convertir mi infancia en un infierno viviente.

La sangre empapa mis manos. Los huesos ceden.

Y no me detengo.

No me detengo hasta que es irreconocible. Irreconocible como el líder de Crimson Night.

Irreconocible como hombre.

La furia burbujea bajo mi piel, como una olla de agua a punto de desbordarse. Siempre ha estado ahí, cada segundo de vigilia de cada día. Y solo bastó un destello de calor para que todo estallara.

A veces, me pregunto si la rabia que llevo en lo profundo de mi ser alguna vez disminuirá. Ha pasado más de una década, y aun así crece más feroz cada día. Antes, hacer cosas como esta me daba cierto alivio, unos momentos de desahogo. Pero, como un adicto que necesita más cada vez para alcanzar ese éxtasis, incluso esto ha perdido su capacidad para calmar a los demonios furiosos en mi alma.

Continúo golpeándolo, y no me detengo hasta que mi pecho jadea y mis manos duelen tanto como mi corazón.

—Todo esto, solo por una mujer —balbucea frente a mí, tambaleándose, con el rostro

ensangrentado.

—No solo una mujer. La mujer que amo, maldita sea. ¿Cómo te atreves a tocarla? ¿Cómo te atreves? —gruño y lo golpeo directo en la boca.

Yace en el suelo inmóvil. Miro las gotas de su sangre en mi bota negra, y la furia burbujeante se acerca peligrosamente a la superficie.

Mis botas están hechas de los mejores materiales, pero me importa un carajo que se ensucien de sangre. Lo que sí me importa es que Jamie me las compró hace unas semanas. Aprieto los puños tan fuerte que siento como si mis antebrazos estuvieran a punto de explotar, mis nudillos tornándose blancos.

Rechino los dientes y estiro el cuello para aliviar un poco la tensión que se filtra en cada músculo y tendón de mi cuerpo. El bastardo permanece postrado a mis pies, pero eso no lo salvará.

Una ira ardiente, como el calor de un horno abierto, arde a través de mí, impulsando mi pie hacia su cabeza. No solo una vez, sino una y otra vez. Sigo pateándolo hasta que mis botas están cubiertas de sangre, cráneo y cerebro.

—¿Arlo? Ya es suficiente —la voz de Arjo corta a través de la bruma, sobresaltándome. Ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado. Mi respiración sale en jadeos entrecortados, mi pecho agitado—. ¿Dónde está Jamie? —exijo, notando que vino solo.

—Está en el coche, esperándote —responde con calma.

Miro hacia abajo al cuerpo sin vida desparramado ante mí. Está muerto. Un fuerte exhalo se me escapa, y siento que la tensión en mis músculos comienza a aliviarse. Años de cargar una carga invisible de trauma parecen disiparse. Es como si la mano fantasma en mi hombro finalmente se hubiera levantado.

—Vámonos —murmuro.

—Solo una cosa más —murmura Arjo. Observo cómo saca una pistola de su cintura y apunta al cuerpo de nuestro padre, disparando repetidamente. El sonido de los disparos retumba en el almacén.

—Ahora sí podemos irnos —dice con calma, un gesto de alivio suavizando sus facciones.

Asiento en silencio, y salimos del almacén juntos. El aire frío muerde mi piel mientras diviso a Jamie sentada en el coche, con la cabeza asomada por la ventana. Abre la puerta y se dirige hacia nosotros mientras nos acercamos, su rostro grabado con preocupación.

Corre hacia mí, sus ojos escaneando mi cuerpo.

—¿Estás bien? Estaba tan preocupada... Yo...

La interrumpo con un beso firme y duro. Al separarme, miro sus ojos azules, sus cejas fruncidas en confusión.

—No vuelvas a correr hacia mí así. Estás embarazada, por el amor de Dios.

—Estoy embarazada, no paralítica —refunfuña.

Trago saliva y presiono un beso en su frente.

—Dios, me vuelves loco, y estoy total y completamente enamorado de ti, Jamie Long.

Siento un alivio extendiéndose por mi pecho. Se siente tan bien finalmente admitirlo en voz alta. Estoy irrevocablemente enamorado de Jamie Long y me vuelve loco. De una buena manera.

Pasa un momento.

—Yo también te amo —susurra, y cierro los ojos aliviado.

Doy un paso atrás mientras Arjo se acerca a ella.

—Creo que este podría ser el momento adecuado para confesar también lo loco y profundamente enamorado que estoy de ti. Tu presencia trae color a mi vida, y no puedo esperar para formar una familia contigo. Todos nosotros.

Jamie sorbe, con lágrimas brotando.

—Vaya, estas hormonas del embarazo —murmura, limpiándose los ojos. Mi mirada cae sobre las líneas de enojo en su muñeca, y mi mandíbula se tensa.

—Yo también te amo, Arjo —dice, presionando un breve beso en sus labios.

—Vamos —digo, dirigiéndome al coche—. Volvamos al hospital.

Capítulo Veintitrés

Jamie

Siento los ojos irritados mientras me obligo a abrirlos.

La habitación en la que estoy está bendecidamente oscura, con solo una pequeña cantidad de luz filtrándose a través de las persianas entrecerradas, así que me esfuerzo por abrirlos más.

Mi cerebro se siente confuso y me duele la cabeza, pero puedo recordar fragmentos.

Recuerdo haberme quedado dormida en el coche por puro agotamiento.

Recuerdo que me examinaron.

Recuerdo a Arlo gritando cuando un enfermero intentó desvestirme.

Puedo recordar despertarme en el coche y extender la mano para tomar la de Arjo.

Todo es borroso y nebuloso, pero comienza a volver a mí.

Y... dejo que el alivio de estar viva me inunde... recuerdo que llegaron justo a tiempo.

Y lo sé. Sé que si no hubieran aparecido, ese hombre me habría matado.

Me late la cabeza, pero la giro hacia un lado, tratando de percibir mi entorno.

Debo estar en una habitación de hospital, pero no sé cuánto tiempo ha pasado.

El olor estéril del antiséptico mezclado con el tenue aroma de flores frescas llega a mi nariz.

El sonido de una silla crujiendo llama mi atención hacia la esquina lejana, y sentado allí, en la oscuridad, está Arlo. Inclinado hacia adelante, con los codos sobre las rodillas y la cabeza gacha, se ve... exhausto.

—Arlo —mi garganta está tan adolorida que solo sale el sonido de la A. Pero es suficiente para que levante la cabeza de golpe.

Me mira fijamente, sus ojos recorriendo cada centímetro de mí que no está cubierto por esta sábana almidonada.

Puedo sentir presión en el lado de mi cabeza, donde golpeó repetidamente el costado de la furgoneta, y estoy segura de que hay un bulto allí. Y cuando abrí la boca para hablar, pude sentir el moretón en mi mejilla de cuando su padrastro me golpeó.

Intento tragar y siento el dolor rodeando mi cuello, de cuando lloré desconsoladamente, suplicando que no me mataran.

Las lágrimas se derraman y Arlo se tambalea al ponerse de pie.

Malditas hormonas del embarazo.

Siento una mano apretando mi hombro y me giro de lado, mi mirada cayendo sobre Arjo y Teddy.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Arjo, su voz impregnada de preocupación—. Te desmayaste inmediatamente después de subir al coche.

Intento negar con la cabeza. Supongo que la adrenalina se agotó y de repente sentí el impacto de lo que mi cuerpo ha pasado.

Pero el movimiento duele demasiado y me veo obligada a cerrar los ojos.

El clic del picaporte girando hace que mantenga los ojos cerrados mientras más luz se filtra desde el pasillo.

Cuando la puerta se cierra, los abro un poco.

Arlo se ha movido de manera que su espalda está contra la pared lejana y de pie junto a mi cama está el médico que creo que me ha estado tratando.

—Hola, Jamie —lo observo notar las lágrimas en mis mejillas—. ¿Cómo te sientes?

Mi labio tiembla y lucho por pronunciar las palabras. —Me duele la cabeza.

Él asiente lentamente. —Tu cuerpo ha pasado por un par de horas difíciles. También tienes una leve conmoción cerebral y algunos moretones superficiales. Afortunadamente, no hay lesiones

internas y solo necesitas descansar. Te darán el alta mañana. Ah, y tu bebé también está bien.

Dirige su atención a los chicos en la habitación. —Necesita estar tranquila, mental y físicamente, durante al menos una semana. Sus golpes y moretones sanarán bien, pero la conmoción cerebral es seria, así que necesita quedarse en cama. Nada de televisión, nada de teléfono. Solo descanso.

Observo a los chicos mientras él les habla. Asienten en silencio, bajando la barbilla.

El médico se vuelve hacia mí. —Te programaré una cita para que vuelvas en cuatro semanas para revisar tu lesión en la cabeza.

—De acuerdo —susurro—. ¿Puedo cambiarme esta bata, por favor? —pregunto, señalando la bata de hospital que llevo puesta. Aunque esta es nueva, todavía me recuerda lo que pasó y no necesito eso ahora.

Mira a Arjo. —¿Trajeron ropa cómoda?

—Eh, sí —dice Teddy y camina hacia la esquina de la habitación, recogiendo un bolso de lona.

—Bien. ¿Quieres que envíe a una enfermera para ayudarte...?

—¡No! —gritan. Una ligera sonrisa roza mis labios.

El médico asiente. —Muy bien entonces.

Cuando se va, Teddy se acerca con el bolso. —¿Debería ayudarte a cambiarte?

—Sí —respondo. La palabra sale rasposa, pero es audible.

El pecho de Teddy se expande con una inhalación, luego rodea la cama hasta mi lado.

Sus grandes manos son cuidadosas mientras me ayuda a incorporarme. Arjo y Arlo me ayudan a estabilizar los hombros cuando estoy sentada, con las piernas colgando al borde de la cama, mientras Teddy se agacha frente a mí.

Para desatar los lazos de la bata del hospital, Arlo y Arjo tienen que soltar mis hombros.

Su ausencia me hace sentir inestable, así que extendiendo las manos y coloco mi palma sobre el hombro de Teddy.

Finalmente, con la bata quitada, Teddy me pone una camiseta suelta sobre la cabeza, una que reconozco como suya. Su aroma familiar inunda mis fosas nasales desde la tela, y me envía una agradable sensación de confort y alivio.

Luego, se inclina ligeramente ante mí, todavía favoreciendo su rodilla, con un par de sus pantalones de chándal en la mano, y los desliza por mis piernas, subiendo los elásticos por mis pies, de modo que el material extra se arremolina en mis tobillos. Me doy cuenta de que deben ser el par que una vez le dije que me gustaba. El acto calienta mi corazón.

Llega hasta la mitad de mis muslos, lo más lejos que puede llegar conmigo aún sentada, y luego saca un par de sus calcetines y me los pone.

—Aquí —dice Arjo, y levanto la mirada para verlo sosteniendo un vaso con una pajita en mis labios.

Agradecida, tomo un sorbo. El agua fría alivia mi garganta adolorida.

—Gracias —exhalo bruscamente y me recuesto en la cama.

Giro la cabeza para mirar a Teddy, su rostro marcado por los moretones. La culpa me corroe y no puedo evitar sentirme responsable por sus heridas. Si tan solo no hubiera perseguido el vehículo que me secuestró, no habría tenido ese accidente de coche. Él capta mi mirada y de inmediato niega con la cabeza.

—Ni se te ocurra culparte, Jamie —me reprende Teddy con suavidad—. Estoy bien. De verdad. No deberías culparte por nada de esto.

Intento sonreír, pero es difícil superar la culpa. —Es que odio verte herido.

Arlo se acerca, su mano descansando sobre mi hombro. —Todos estamos aquí porque nos preocupamos por ti. Eso es lo que importa.

Arjo asiente en acuerdo, una sonrisa juguetona se extiende por su rostro. —Sí, y además, la cara de Teddy se ve mejor con algunos moretones. Le da carácter.

Todos estallamos en carcajadas.

En ese momento, la puerta cruje al abrirse y el abuelo entra. El ambiente cambia al instante, la ligereza es reemplazada por un silencio pesado y tenso. Respiro profundamente y miro a los

chicos.

—Me gustaría estar a solas con el abuelo por un rato —digo suavemente.

Asienten comprensivamente, cada uno dándome un apretón tranquilizador antes de salir de la habitación. Una vez que se han ido, me vuelvo hacia el abuelo, con el corazón latiéndome en el pecho.

—No pensé que querías verme —gruñe, acomodándose en la silla junto a la cama—. Pero tenía que venir a verte. Especialmente después de lo que ese hijo de puta te hizo. Lo siento mucho, Jamie. No esperaba que fuera tras mi familia. Debería haberlo sabido. —Sacude la cabeza con amargura—. No parecía el tipo de hombre que deja las cosas pasar.

—Abuelo —comienzo, con la voz temblando ligeramente—, está bien. Estoy bien ahora. Estoy bien. Sin embargo, necesitamos hablar de todo.

Él asiente lentamente, su mirada nunca dejando la mía. —Lo sé. Fui estricto, demasiado estricto. Pensé que estaba haciendo lo mejor para ti. Sabes, después de la muerte de tus padres, cuando te trajeron conmigo, no sabía qué hacer. Demonios, nunca había criado a un niño antes. No sabía qué hacer. Creía que necesitaba criarte con mano dura, pero eso fracasó rápidamente. No me hablabas y me evitabas cada vez que podías. Pensé que solo estabas siendo rebelde. Fue entonces cuando me encontré con el internado, donde prometieron enderezarte. —Sacude la cabeza ante la última frase—. No me di cuenta de que lo decían de manera literal.

Respiro profundamente, los recuerdos de mi infancia vuelven a mí. —Ahora sé que querías lo mejor para mí, pero mi escuela era abusiva. Los profesores, el ambiente... era horrible. Me sentía tan sola. Quise decírtelo muchas veces, pero no pude reunir el valor para hacerlo. Siempre estabas cerca, pero al mismo tiempo, parecías tan distante.

Sorbo por la nariz mientras los recuerdos vuelven a mí. Mi tiempo en el internado estuvo lleno de rutinas duras y disciplina estricta, pero un incidente se destacaba más vívidamente que el resto. Fue el día en que me atreví a cuestionar a la mujer que nos instruían llamar "Directora".

Todo comenzó una mañana fría. Estábamos formados en el patio, temblando en nuestros delgados uniformes, esperando la carrera diaria de las cinco de la mañana. No podía entender por qué teníamos que soportar esta rutina agotadora todos los días. Después de todo, solo éramos niños. Reuniendo todo mi valor, levanté la mano y pregunté: —Directora, ¿por qué tenemos que levantarnos tan temprano y correr? Se siente demasiado tedioso para nosotros.

Sus ojos se estrecharon y el aire a nuestro alrededor pareció congelarse. Los otros niños me miraron fijamente, sus rostros una mezcla de shock y miedo. Los labios de la Directora se curvaron en una sonrisa delgada y cruel. —¿Cómo te atreves a cuestionar mi autoridad frente a todos? —siseó—. Necesitas aprender tu lugar, Jamie.

Antes de que pudiera reaccionar, ordenó a dos de los estudiantes mayores que me llevaran a confinamiento solitario. Mi corazón latía con fuerza mientras me arrastraban a una pequeña habitación oscura al final del edificio. La puerta crujió al abrirse y me empujaron dentro. La puerta se cerró de golpe detrás de mí, sumergiéndome en la oscuridad.

La habitación era estrecha y asfixiante, con apenas espacio suficiente para sentarse. Las paredes parecían cerrarse sobre mí, y el aire estaba cargado con el olor a humedad y decadencia. Podía escuchar los sonidos lejanos de la escuela afuera, pero se sentían a un mundo de distancia. Estaba sola, verdaderamente sola, en este espacio oscuro y confinado.

Abracé mis rodillas contra mi pecho, tratando de hacerme lo más pequeña posible. Mi mente corría con pensamientos de escape, pero no había salida. Sentí una ola de pánico creciendo dentro de mí, mi respiración volviéndose corta y entrecortada.

El tiempo perdió todo significado en esa habitación. Los minutos se sentían como horas, y las horas se sentían como días. Traté de distraerme pensando en tiempos más felices, pero la oscuridad parecía tragarse incluso mis recuerdos. Sentí un miedo profundo y corrosivo de que me olvidarían, dejándome pudrir en esta pequeña y miserable celda.

Finalmente, la puerta volvió a crujir y la luz áspera del pasillo inundó la habitación. Entrecerré los ojos contra el brillo, mis ojos ajustándose lentamente. La Directora estaba allí, su expresión ilegible. —¿Has aprendido tu lección, Jamie? —preguntó fríamente.

Asentí débilmente, demasiado exhausta y aterrorizada para hablar. Ella se hizo a un lado y yo salí tambaleándome de la habitación, mis piernas temblando. Los otros estudiantes evitaron mi mirada mientras me dirigía de vuelta al dormitorio.

Sacudo los horribles recuerdos. Me niego a dejar que mi infancia traumática tenga control sobre mi vida presente y futura. El pasado debe permanecer en el pasado.

El rostro del abuelo palidece y se inclina hacia adelante, sus manos fuertemente entrelazadas. —Ni siquiera tengo las palabras adecuadas. Fui tan terrible contigo. No tenía idea. Si lo hubiera sabido, te habría sacado de allí inmediatamente. Lo siento mucho, Jamie.

La habitación queda en silencio por un momento, el peso de sus palabras flotando en el aire. Podía ver el dolor y el arrepentimiento grabados en sus facciones, y me rompió el corazón. A pesar de todo, sé que siempre había querido lo mejor para mí, aunque sus métodos hubieran sido equivocados.

Las lágrimas pican en las esquinas de mis ojos, pero las parpadeo para alejarlas. —Te creo, abuelo. Pero hay algo más de lo que necesito hablarte. Es sobre mi vida amorosa.

Él levanta una ceja conocedora. —¿Te refieres a los chicos?

Asiento levemente. —Sí. Arlo, Arjo y Teddy. Los amo a los tres, abuelo —digo, con el corazón latiéndome en el pecho—. Sé que no es tradicional, pero es lo que quiero. Ellos me hacen feliz, y quiero estar con todos ellos.

Todos esos años que pasé anhelando estar en otro lugar... creo que de alguna manera tal vez ahora sé que se supone que debo estar aquí.

Durante años, había soñado con el sol y su calidez, con cómo se sentiría.

Y ahora, cuando miro a Arlo, Arjo y Teddy, veo la luz en sus ojos, y sé que ellos son la calidez que estaba esperando.

Por un momento, hay silencio. Luego, el abuelo suspira, un sonido profundo y cansado. — Siempre he creído en la tradición, pero ahora veo que los tiempos están cambiando. Definitivamente va a hacer que mucha gente hable, pero si te hacen feliz, eso es todo lo que me importa.

El alivio me invade, y extendiendo la mano para tomar la suya. —Gracias, abuelo. Significa mucho para mí que lo entiendas.

Él aprieta mi mano suavemente, sus ojos llenos de arrepentimiento y esperanza. —He cometido muchos errores, pero quiero arreglar las cosas. Trabajemos en tener una mejor relación, empezando ahora.

Sonrí a través de mis lágrimas, sintiendo que un peso se levanta de mis hombros. —Me gustaría mucho eso.

Capítulo Veinticuatro

Teddy

Flexiono suavemente la rodilla y un gemido escapa de mis labios mientras se afloja el nudo. Ha pasado una semana desde que regresamos a casa. Afortunadamente, no hubo conmoción cerebral, solo algunos cortes y moretones por el vidrio roto, y una rodilla torcida que está casi curada.

Jamie también está bien. Aparte de las náuseas matutinas ocasionales, está saludable, y el bebé también.

—No deberías estar de pie y moviéndote, Teddy —dice Jamie, su voz teñida de preocupación.

Arqueo una ceja hacia ella y continúo caminando hacia el refrigerador en la cocina. —Podría decir lo mismo de ti. El hecho de que estés completamente recuperada ahora no significa que no debas descansar. Has estado correteando por toda la casa desde que regresaste —respondo sin mirarla. Me sirvo un vaso de agua en la cocina.

—Eso es porque —comienza ella, su voz acercándose—, tengo muchas cosas en mente, ¿sabes?

Me doy la vuelta y me apoyo contra el fregadero de la cocina. —¿Como qué?

Jamie se mueve nerviosamente. —Es solo que yo... yo...

—¿Tú qué? —la animo.

—Es que ni siquiera estoy segura de si me amas —murmura, con las mejillas teñidas de carmesí.

Frunzo el ceño, genuinamente confundido. —¿De qué estás hablando?

Ella suspira profundamente. —Quiero decir, Arjo y Arlo ya me dijeron cómo se sentían. Pero tú no. No me has dicho nada, y yo...

Me acerco y la silencio con un beso firme. Me separo y la miro a los ojos. Están llenos de duda e incertidumbre. Me maldigo por hacerla sentir así.

Exhalo bruscamente y presiono mi frente contra la suya. —Lamento que te sintieras así. Sentí que las cosas estaban empezando a volver a la normalidad y necesitabas todo el descanso posible sin ningún estrés. Si hubiera sabido que estabas preocupándote tanto, te habría dicho cuánto te amo, Jamie Long.

—¿En serio? —chilla, agarrando el borde de mi camisa.

—Sí. En serio. Estoy completamente enamorado de ti, Jamie, y no puedo esperar para formar una familia contigo.

—Yo también te amo, Teddy —dice, y siento que mi estómago se llena de mariposas.

Mierda. Realmente estoy enamorado.

—Pero —afirma, sonando dudosa—. ¿Qué hay del bebé?

—¿Qué pasa con el bebé? —pregunto.

Ella se humedece los labios. —¿No quieres saber quién es el padre? Podría ser tú, Arjo o Arlo.

Niego con la cabeza, una ligera sonrisa tirando de la comisura de mis labios. —No necesito saberlo. Arjo, Arlo y yo ya decidimos criar al bebé como nuestro. No nos importa quién sea el padre. Lo criaremos juntos.

—¿Hablas en serio? —jadea Jamie.

—Sí —responden Arjo y Arlo al unísono detrás de nosotros. Jamie mira hacia atrás y chilla de emoción, abrazándome fuertemente.

Río profundamente y agarro su cintura con fuerza. Inclino mi frente, mis labios rozando su oreja, y no me pierdo la forma en que se estremece ante mi toque. —¿Por qué no subimos y te mostramos cuánto te amamos realmente?

Un gemido escapa de la boca de Jamie, y eso es todo el consentimiento que necesitamos.

**

Las largas pestañas oscuras de Jamie revolotean contra sus mejillas mientras se recuesta sobre sus codos y nos mira a Arlo, Arjo y a mí.

Me quito la camiseta por encima de la cabeza, y sus ojos recorren mi pecho. Se lame los labios y murmura con aprecio. —¿Ves algo que te guste?

Ella niega con la cabeza. —Podría ser mejor.

Le dedico una sonrisa mientras me quito los pantalones.

—Ten cuidado con esa boca ingeniosa, Jamie —dice Arlo mientras se acerca a mi lado y comienza a quitarse la ropa también.

—Seréis gentiles conmigo, ¿verdad? —Su ronroneo seductor evade la parte lógica de mi cerebro y va directo a mi miembro.

Río suavemente. —Cariño, llevo más de una semana sin hacerte el amor. ¿Qué tan gentil crees que puedo ser, mm?

Su respiración se entrecorta y sus ojos se ensanchan. —No se equivoca —gruñe Arjo, subiéndose a la cama con Jamie—. Pero sabemos que estás embarazada, y tendremos cuidado.

Muevo la cabeza hacia la cama. —Desnúdala.

Se ríe con malicia y se aparta, moviéndose hacia arriba en la cama y permitiéndome ocupar su lugar. Separo más sus piernas, con los ojos fijos en sus labios rosados, tan húmedos, suaves y tentadores. Su gemido es ahogado por los labios de Arjo, y sus manos recorren su cuerpo, apretando y acariciando. Ella se retuerce bajo nuestro tacto, desesperada y ansiosa, y eso me pone más duro que el hierro.

Paso mi lengua por su clítoris hinchado, y ella levanta las caderas, gimiendo en la boca de Arjo. Coloco mis manos en sus muslos internos, la sujeto y succiono el botón húmedo de carne en mi boca, rodeándolo con mi lengua mientras su sabor me inunda. Comer coño es uno de mis placeres favoritos en la vida, y el suyo es más dulce que la miel.

Sin dejarla respirar, Arjo se traga sus gemidos y quejidos.

Sus muslos tiemblan bajo mis palmas, y yo chupo y lamo su suave carne, llevándola al borde. Rodeo su entrada con la punta de mi dedo, y su humedad sedosa me cubre mientras sus gemidos se vuelven más insistentes.

Presionando un beso en la parte superior de su muslo, dejo que su clímax se desvanezca mientras

continúo rozando mi dedo alrededor de su agujero. —¿Quieres que entre en ti, Jamie?

Arjo finalmente rompe el beso, y ella jadea en busca de aire. —Sí.

Arlo la besa esta vez, y yo me deslizo hasta los nudillos dentro de ella. Me recompensa con un torrente de excitación sedosa. Está tan apretada y caliente, y mi polla anhela tomarla, pero necesito prepararla para mí. No puedo evitar el sentimiento dentro de mí, una necesidad persistente de ser gentil esta vez. Me adentro más, frotando la punta de mi dedo sobre la suave carne de las paredes de su coño.

Su espalda se arquea mientras hundo mis dedos completamente dentro, sus músculos apretándose con fuerza. Dulces jugos se deslizan por mi dedo, y los lamo con avidez. Ella me busca, agarrando ciegamente mi cabello mientras la follo con mis dedos en caricias provocadoras, prolongando su placer con el conocimiento de que será aún más dulce cuando se corra para nosotros.

Teniendo un poco de piedad de ella, vuelvo a comerla mientras la follo con mis dedos, y ella iguala mi ritmo embestida por embestida, moviendo sus caderas hasta que nos movemos al unísono. Añado un segundo dedo a su apretado coño, y su mano cae de mi cabello. Los suaves gemidos que Arlo silencia se vuelven más insistentes mientras aumento cuidadosamente mi ritmo.

Estoy moviendo mis dedos dentro de ella con un ritmo gradual, cada embestida llegando un poco más rápido que la anterior, cada una de ellas igualada por el movimiento de sus caderas. Es una vista hermosa, sus gemidos ahogados como música para mis oídos...

Y entonces ella alcanza el pico de su crescendo.

Se corre, y es dulce y satisfactorio y ruidoso y desordenado. Su corrida humedece mis dedos, goteando en mi palma. Arlo rompe el beso, permitiendo que un grito gutural escape de su pecho.

Les sonrío a él y a Arjo, y sus ojos brillan con una especie de satisfacción que solo puede venir de llevar a la chica de tus sueños al pico absoluto del placer.

Delicadamente agarro sus caderas y la volteo sobre la cama. Su cara se hunde en el colchón.

Un gruñido inesperado sale de mi garganta ante la vista de su perfecto trasero esperando que lo tome. Paso mi mano sobre sus nalgas y aprieto una en mi palma.

—Oh Dios —gime, pero sale ahogado.

Aparto sus bragas a un lado, exponiendo su coño a todos nosotros. Ella inhala bruscamente, y un gemido desesperado escapa de sus labios.

—He extrañado tanto este coño —gruño profundamente, arrastrando mi dedo índice por su centro—. Estás empapada.

Rodeo su clítoris con la punta de mi dedo, y ella empuja su trasero contra mí, cabalgando mi mano. Continúo trabajando su clítoris mientras froto mi pulgar contra sus paredes internas, masajeando su carne suave.

Me inclino sobre ella, mi boca presionada cerca de su oreja mientras sus dulces jugos corren hacia mi palma. —Mírate, empapando mis dedos, eres una niña tan buena para mí. —Curvo la punta de mi pulgar, y ella gime. Mi pequeña zorra necesitada.

—Teddy —gime mi nombre, sus paredes ondulándose a mi alrededor mientras su liberación se acerca. Pero no quiero que se corra de nuevo todavía. Quiero tener mi polla enterrada profundamente dentro de ella cuando la haga desmoronarse a mi alrededor otra vez. Quiero que tiemble mientras mi polla embiste en su cuerpo perfecto.

Saco mi pulgar de ella, luego froto mi dura polla alrededor de su entrada resbaladiza. Ella empuja hacia atrás, y puedo decir que me quiere ahora mismo, así que la complazco. Introduzco la punta primero, luego me deslizo lentamente toda mi longitud dentro de ella.

Coloco mis manos en sus caderas, manteniéndola firme mientras salgo y vuelvo a entrar en ella, arrancando un gemido ronco de su garganta. —Estás tan jodidamente apretada.

Ella arquea su espalda y gime fuertemente.

Mis embestidas son medidas, mis caderas moviéndose hacia adelante y hacia atrás en caricias llenas de cuidado. Casi me sorprende a mí mismo, cada parte de mí grita por ir tan duro y rápido como humanamente pueda... pero no puedo evitarlo. Ella es algo precioso y delicado para mí ahora.

Pero entonces ella me mira, con lujuria desbordando en sus ojos. —¡Fóllame, Teddy! ¡Más fuerte!

Se siente como liberar algo en mi cabeza. Embisto más fuerte, y sus caderas y muslos golpean

contra la cama. Coloco mi mano debajo de su estómago y la levanto. Arlo se mueve a su lado derecho, apretando su polla. La jala con más fuerza hasta que el líquido preseminal se acumula en la hendidura, goteando sobre su piercing. Inclina su cabeza hacia atrás, un profundo gemido rodando en su garganta.

—¿Vas a ser una buena chica y chupar mi polla mientras Teddy te folla?

Giro mis caderas, pasando la cabeza hinchada de mi verga sobre el punto sensible dentro de ella, ese que la hace maullar como una gata callejera en celo.

Reprimo una sonrisa cuando sus hermosos ojos se ponen en blanco.

—Sí —gime, mirando a Arlo. La punta de su polla está a centímetros de su cara, y yo empujo dentro de ella, la fuerza moviéndola hacia adelante. Sus labios rozan su carne, y ella ronronea y saca su lengua para lamer su corona húmeda. Él golpea ligeramente el extremo de su longitud en sus labios cerrados y le sonrío. —Abre para mí, nena.

Sus labios se separan, y él se desliza dentro de ella, murmurando una maldición bajo su aliento mientras ella lo traga entero. Arjo también se mueve más arriba en la cama, y la mano de Jamie se mueve casi instintivamente, envolviendo su polla.

Nuestras miradas se encuentran, y todos bajamos la vista hacia ella. Joder, se ve tan condenadamente bien así.

Gime, y el sonido viaja a través de su cuerpo directamente hasta la punta de mi polla.

Murmura algo ininteligible y luego, como si estuviera decidida a hacerse oír, aparta la polla de Arlo de su boca.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Estáis siendo suaves conmigo?

Sus ojos, su voz... todo es tan sensual que me lleva al borde, y puedo ver en las caras de Arjo y Arlo que está teniendo el mismo efecto en ellos. Había oído que las mujeres embarazadas estaban más cachondas... quién diría que lo experimentaría de primera mano.

Salgo de ella lentamente, mi miembro brillando con sus dulces jugos, para luego hundirme de nuevo hasta la empuñadura.

Mueve su mano de un lado a otro mientras continúa haciéndole una paja a Arjo, mientras Arlo le

folla la garganta. La visión hace que la sangre se precipite hacia mi polla. Gimo profundamente y la follo con más fuerza. Mi cuerpo está cubierto de una gruesa capa de sudor, y mi pelo se pega a mi piel, pero no me detengo.

La follo como nunca he follado a nadie en mi vida, con embestidas brutales, duras y castigadoras. La emoción me consume, volviéndome loco incluso mientras mi rodilla palpita de dolor. Es como si la intensidad del momento adormeciera por completo cualquier dolor que pudiera sentir. Arlo iguala mi fervor, acariciando su hermosa garganta como un animal enloquecido, y Arjo embiste con más fuerza contra sus manos.

Y que me jodan, pero ella lo aguanta todo sin derramar una gota de sudor. Y se ve jodidamente exquisita haciéndolo.

Y cuando se deshace, apretando mi polla en su estrecho coño y empapándome con su corrida, caigo por el precipicio junto a ella. Mientras mi cabeza da vueltas y mi corazón amenaza con salirse de mi pecho por la fuerza del orgasmo que me ha arrancado, tengo un momento de absoluta claridad.

Jamie Long va a ser mi maldita muerte, y no lo querría de otra manera.

Epílogo

Jamie

—¡Más alto, papi! —chilla Catherina mientras Teddy la empuja en el columpio de nuestro enorme jardín trasero—. ¡Más alto!

—Es una pequeña temeraria —dice Arjo sobre nuestra primera hija mientras me rodea la cintura con el brazo—. Me pregunto de quién lo habrá sacado.

Le doy un codazo juguetón en las costillas.

—Probablemente de sus padres.

Él se ríe.

—¡Mami, papá, ¿ven qué alto estoy llegando? —nos grita Catherina.

—¡Ten cuidado! —le grito de vuelta.

Me vuelvo hacia Arjo.

—Necesito agua. Vuelvo enseguida.

—Espera, deja que yo lo haga.

—Arjo —suspiro—. Estoy embarazada, no lisiada.

—Lo sé, es solo que...

Pongo mis dedos sobre sus labios, disfrutando de cómo se le abren los ojos.

—La cocina está a solo unos pasos. Estaré bien.

Suspira profundamente y me mordisquea el dedo juguetonamente.

—Está bien —refunfuña.

Suelto una risita y me dirijo a la cocina. Los suaves sonidos de risas y gritos resuenan por la casa

mientras Arjo y Teddy intentan mantener a Catherina bajo control.

En serio, esa niña tiene la energía de un león.

Han pasado tres años desde que di a luz, y cada vez que veo sus ojos grises y su pelo rubio despeinado, me acuerdo de aquellos caóticos primeros días.

Pensé que el parecido increíble que tenía con Teddy crearía una brecha entre Arlo, Arjo y yo, pero no podría haber estado más equivocada. Han sido los padres más comprensivos que podría haber pedido.

Puede que el vecindario aún nos lance miradas curiosas —mi relación poco convencional con los chicos a menudo levanta cejas—, pero nada de eso importa. Lo que realmente cuenta es el amor y la dedicación que todos ellos vuelcan en nuestra familia.

Cambio de opinión en el último momento y saco el zumo de manzana de la nevera. Me sirvo un vaso y me lo bebo de un trago, saboreando la frescura. Es exactamente lo que necesito para este tiempo ridículamente caluroso.

Me apoyo en la encimera de la cocina y miro alrededor. Es increíblemente moderna, llena de elegantes electrodomésticos de acero inoxidable, paredes en tonos pastel marrones y brillantes armarios blancos. Es sencilla, justo como yo quería.

Miro de reojo y mi mirada se posa en el sobre marrón que hay en la pequeña cesta de madera sobre la encimera. Temple ha enviado otra carta. Ahora envía cartas semanalmente, y postales también. Parece que está disfrutando realmente de su viaje de autodescubrimiento y me alegro por ella.

Es difícil creer lo lejos que hemos llegado. Después de que me dieran el alta en el hospital, los chicos ya habían arreglado todo para nuestro nuevo apartamento.

Me quedé impactada. Nos habíamos mudado a un apartamento en la ciudad de al lado y todo parecía un sueño. Sentía que por fin tenía el control de mi vida.

Dejando el vaso vacío en la encimera, camino hacia la estufa y recojo el pequeño coche de juguete que hay encima. Arlo debe haberlo olvidado aquí ayer, mientras me ayudaba con Catherina en la cocina.

Hablando de Arlo, ha estado fuera todo el día. Algo relacionado con Jaguar. Recuerdo la primera

conversación sería que tuve con los chicos después de mudarnos juntos. Estaba preocupada por que siguieran en la banda mientras estábamos a punto de formar una familia, especialmente después de lo que me pasó a mí.

Afortunadamente, no se enfadaron. En su lugar, me aseguraron que estaría a salvo y que serían más cuidadosos, atendiendo solo a cosas importantes que requirieran su atención. Han pasado tres años y estoy empezando a aceptar que Jaguar es una parte esencial de sus vidas e identidades. Sé lo mucho que significa la banda para ellos, y nunca les pediría que le dieran la espalda, especialmente porque he estado entrelazada con esta vida desde la infancia.

Saco mi teléfono y marco el número de Nancy. He estado olvidando muchas cosas últimamente, y ahora que me acuerdo, debería llamarla. No puedo evitar recordar lo molesta que estaba cuando se enteró de que estaba embarazada y también me habían secuestrado; su reacción fue una mezcla de incredulidad, miedo y frustración.

A pesar de lo mucho que intenté evitar que viniera, se presentó en mi puerta al día siguiente con una caja de chocolates y mi helado favorito, y exigió que le contara todo. No se lo contaría a cualquiera, pero ese único acto fue la gota que colmó el vaso y me sacó de la depresión en la que estaba a punto de caer.

La línea suena durante un rato, y finalmente contesta, con voz alegre y burlona.

—¡Chica! Pensé que te habías olvidado de mí. ¿Cuándo vas a venir a visitarme? Y no digas "pronto" como siempre haces. ¡Necesito una fecha específica! —Puedo imaginarla con las manos en las caderas, exigiendo respuestas.

Suelto una risita y me acerco a la ventana, viendo a Catherina en el columpio con Teddy y Arjo balanceándola de un lado a otro.

—Prometo que iré pronto —respondo, mirándolos una vez más—. Y, um, puede que tenga otra sorpresa para ti —añado, frotando suavemente mi vientre hinchado.

—¿Sorpresa? —pregunta, sonando confundida.

Me quedo en silencio, esperando a que lo descifre.

—No me digas... ¿estás embarazada otra vez? —Grita tan fuerte que tengo que apartar el teléfono de mi oreja.

Después de que se haya calmado, lo acerco de nuevo a mi cabeza.

—Claro, ya que estás en ello, ¿por qué no llamo a la puerta de todos tus vecinos y se lo digo también?

Nancy se ríe, su tono es juguetón pero genuino.

—Yo todavía espero que mis maridos dejen de intentar dejarme embarazada, ¿y tú estás embarazada otra vez? ¿Es que una chica no puede tener un respiro?

Mis labios se curvan en una sonrisa.

—¿Quién ha dicho que quiero un respiro? Resulta que me gustan las actividades específicas que llevan a hacer un bebé.

Ella jadea ruidosamente.

—¡Jamie! ¡Zorra!

Me río a carcajadas, mi cuerpo temblando de risa. De repente, oigo un chillido.

—¡Abuelo! —grita Catherina a todo pulmón. Salta del columpio, corre por el jardín y se lanza a los brazos de su bisabuelo.

—Tengo que irme ahora, Nancy —me despido a regañadientes de Nancy, prometiendo ir con Catherina muy pronto. Salgo de la cocina y encuentro a mi abuelo en la sala de estar, sosteniendo a Catherina en sus caderas.

—Hola, abuelo —saludo con la mano.

Sus ojos se suavizan al mirarme.

—Hola, Jamie. ¿Cómo estás?

Bajo la mirada hacia mí misma y me río ligeramente.

—Bueno, muy embarazada, como puedes ver.

Él se ríe a carcajadas, con los ojos arrugados en las comisuras mientras Catherina juega distraídamente con su barba.

El abuelo y yo hemos logrado reparar nuestra tensa relación. Ahora tenemos conversaciones que no terminan en discusión, y parece que estamos de acuerdo en bastantes cosas estos días también.

La puerta se abre y entran Arjo, Teddy y Arlo. Arlo se acerca a mí, extiende la palma sobre mi vientre y me da un breve beso en la frente.

—Perdón por llegar tarde. Las cosas se complicaron en el taller.

—No pasa nada —digo con una sonrisa—. Llegaste justo a tiempo, y eso es lo que importa.

Me besa la frente de nuevo y me agarra por la cintura, acercándose más. Cierro los ojos e inhalo profundamente, el aroma a aceite y óxido es un recordatorio constante de Jaguar. Inclino la cabeza hacia un lado y miro a Catherina sentada en la pierna de Arjo, observándolo a él, a Teddy y al abuelo mientras hablan. Parece tan interesada en su conversación, casi como si la entendiera.

Me río, abrumada de amor por esta hermosa familia que hemos creado todos. Tener una familia así no estaba en mis planes, pero ciertamente no me quejo.

De repente, siento una punzada aguda de dolor en la parte baja del vientre.

—Ay —gimo, poniendo la mano sobre mi barriga.

Arlo me mira.

—Jamie, ¿qué pasa? —pregunta con tono urgente.

El abuelo, Teddy y Arjo también me miran, con expresiones de confusión en sus rostros.

Sonrío con tensión, sintiendo que el dolor desaparece.

—No es nada, solo...

—¡Ay! —jadeo de nuevo. Esta vez, el dolor agudo se duplica.

Entonces siento que el agua me corre por las piernas. Miro hacia abajo y veo el charco de agua en el suelo.

—Mierda —dicen todos al unísono, palideciendo.

Vamos a tener otro bebé.

A pesar del dolor, no puedo evitar reírme mientras los tres hombres entran en un pánico preocupado, alborotándose a mi alrededor y apresurándose hacia el coche.

La vida no puede ser mejor que esto.